

3 1761 07803032 7





AGONÍAS DE NUESTRO TIEMPO

LAS VELEIDADES DE LA FORTUNA

PÍO BAROJA

AGONÍAS DE NUESTRO TIEMPO

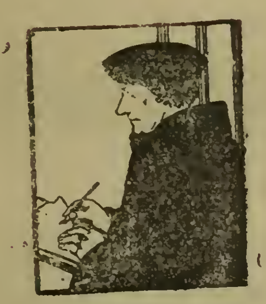
El Gran Torbellino del Mundo (2.ª edición) .... 5 ptas.
Las Veleidades de la Fortuna .... 5 ptas.
Los Amores Tardíos .... 5 ptas.

PIO BAROJA

(AGONÍAS DE NUESTRO TIEMPO)

LAS VELEIDADES DE LA FORTUNA

NOVELA



EDITORIAL CARO RAGGIO
MENDIZÁBAL, 34, MADRID

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34. MADRID

PRÓLOGO

Habla con frecuencia Gracián —dice Joe—, y habla con cierto gusto y delectación de los desvanes del mundo; así, la soberbia es para él la Hija sin padre en los desvanes del mundo.

Al leer al retorcido ingenio bilbilitano, uno se figura los desvanes del mundo como enormes guardillones de una casona hispánica, llenos de trastos viejos, de artefactos antiguos, arrumbados allá de cualquier modo.

Muchos han creído ver en los tales desvanes del mundo un orden y una armonía preestablecida; otros han encontrado un sistema de compensaciones. Para los primeros y para los segundos siempre el trasto viejo tiene su utilidad y su objeto, el veneno su antídoto y la negación su afirmación.

El instinto de que todo en la vida está compensado, es un instinto muy popular que nace de un

anhelo de justicia. Así, en los cuentos los enanos feos son muy listos; los gigantes, muy torpes y muy brutos. En las religiones, los que sufren en el mundo gozan en el cielo, y al contrario. En la literatura romántica, Lucrecia Borgia, muy guapa, es de espíritu abominable; en cambio, Cuasimodo, muy feo, es de alma casi celestial.

En contra de estos buenos trascendentalismos morales, religiosos y literarios, los demás no hemos podido vislumbrar en tales guardillones mundanos más que desorden caótico, obscuridad, casualidad; la rifa hecha por la Fortuna sin seso, con su clásica rueda, de los bonitos juguetes salidos antes de su cuerno, y hasta un poco de olor diabólico, que sería de azufre si el diablo no hubiese substituído modernamente un olor tan sencillo y tan rudo por otros perfumes y esencias más penetrantes y enervadores, elaborados en las mejores fábricas alemanas de productos químicos.

Para la serie de profesores moralistas y providencialistas, que empieza en Plutarco y Dion Crisóstomo y sigue hasta los filósofos, como Emerson, y los naturalistas, como Fabre, pasando por los Bossuet y demás sermoneadores de pedantería, en todo hay lecciones morales, o por lo menos compensaciones, desde el canto del ruiseñor hasta la matanza del cerdo, desde el águila que planea en el aire hasta el sapo que canta entre las hierbas.

Nosotros, sin duda, no disponemos de la antena para recoger esas ondas morales de los desva-

nes del mundo, y encontramos en ellos únicamente desorden, fuerzas que se entrechocan y se cruzan, casualidad y fatalidad, y, casi casi, un poco de olor diabólico, sino de azufre, como decimos antes, de uno de esos perfumes fabricados en Alemania y que tienen nombres en francés de valses zinganescos: Un jour viendra! T'en souviens tu?, o algo parecido.

La araña se come a la mosca. ¡Dios sea loado!; el pompilo, a la araña. ¡Alah es grande!; el pájaro, al pompilo. ¡Jehovah es eterno!, el gato, al pájaro, y a veces el hombre se come al gato, deliberadamente o porque le den gato por liebre. ¡Qué suma de sabidurías y de compensaciones!...

Una pequeña aventura en el desván lleno de cosas incongruentes, un viaje de exploración por entre trastos antiguos y arrumbados y artefactos nuevos y sin tradición, es este libro, según dice nuestro amigo Joe.

Para un buen discípulo de Heráclito, nada hay viejo en el mundo: todo es nuevo, lo viejo como la nuevo. Hasta las ideas y los dogmas, y las figuras literarias cuajadas en un molde, cambian y evolucionan.

El Hamlet de hoy no es el Hamlet del tiempo de Shakespeare, ni el Don Juan de hoy es el de Tirso, ni el Don Quijote de hoy es el de Cervantes.

Nos encontramos, aunque quizá no seamos dignos de ello, ante un nuevo período histórico y literario. Este período tiene que dar su flor. Tardará

mucho en darla; quizá cien años, como el cactus secular; pero la dará. El que primero ponga esa flor en la boutonniere de su levita o de su chaqueta, dará una prueba de su perspicacia y de su dandysmo.

PRIMERA PARTE

HOSTILIDAD CONYUGAL

I

Viena era una sonata de Mozart, con intermedios de Strauss. Gran metrópoli, alegre, aristocrática, marchaba al compás de un adagio tranquilo.

Poseía la gracia, la elegancia, la música, las mujeres bonitas, los diplomáticos, los príncipes, los jesuítas y las pelucas...

En ella quedaba un rastro de Italia y de la Europa Meridional, algo de España, un poco de Oriente y otro poco de Occidente.

Se sentía Viena cosmopolita por naturaleza y aristocrática de corazón. Cantaba su canción refinada y bailaba el vals, sobre sus tacones rojos, del brazo de su viejo y apolillado Habsburgo. Desgraciadamente, la elegante dama bailaba sobre un volcán. El vecino plebeyo de Berlín le metió en los terribles trotes de la guerra y, al perder la partida, le pusieron el cuchillo en la garganta.

El velche y el anglo, con el garrote en la mano, hicieron pasar a la noble señora del trono al lavadero.

Hoy Viena guarda en el corazón el recuerdo de su viejo y apolillado Habsburgo, compañero de valses y de minuetos, y su memoria tiene la nostalgia de las pasadas grandezas.

La ciudad elegante y aristocrática está de luto riguroso, quizá todavía por mucho tiempo...

Viena era una sonata de Mozart, con intermedios de Strauss.

Viena.—*Croquis sentimentales.*

EN EL EXPRESS

Salidas de Viena, por la mañana, Pepita y Soledad marchaban en un vagón de primera en el express, cruzando el campo austriaco. Veían a veces distraídamente a lo lejos la faja, tan pronto azul, tan pronto verde y morada, del Danubio, que se extendía por los valles como un estanque, se estrechaba entre rocas, flanqueado de montañas erizadas de castillos en ruinas.

Al decir, el mozo del restorán: comienza el primer servicio, las dos hermanas se levantaron de sus respectivos asientos y se encaminaron hacia el dinning-room.

Se hallaba éste muy lejos. El tren era enorme.

Fueron balanceándose, tropezando en las pa-

redes de los pasillos con los vaivenes, producidos por la rápida marcha, hasta llegar al comedor.

No había mesa vacante para las dos y estuvieron vacilando en sentarse separadas, hasta que un señor, alto, rubio, vestido de chaquet negro y con abundante melena rubia, se levantó y les invitó a sentarse a su mesa.

—Siéntense ustedes —les dijo en francés, sonriendo—. Aquí hay una silla vacante y además el sitio de un amigo que parece que no quiere venir.

Pepita y Soledad se sentaron a la mesa.

—Les conozco a ustedes del hotel Bristol, de Viena —dijo el señor del chaquet—. Me llamo Paul Stolz; soy diputado del Parlamento suizo.

A esta presentación, Pepita contestó:

—Nosotras somos españolas. Mi hermana se llama Soledad Larrañaga; yo, Pepita. Mi marido es comerciante en Bilbao.

—Yo soy ingeniero.

Se sentaron los tres.

—¿Hace usted obras? —preguntó Pepita.

—Algunas he hecho; pero mi especialidad son los proyectos fantásticos. Soy ingeniero de cosas irrealizables y de sueños idealistas e insensatos.

—Eso no le dará a usted mucho dinero —dijo Pepita.

—Tiene usted razón. Afortunadamente para mí, mi padre es un industrial práctico, ingeniero de cosas posibles.

El señor Stolz se quedó durante algún tiem-

po mirando al techo y sonrió. Vino el mozo con la fuente de la comida.

Pepita notó que el ingeniero, apesar de su gusto por las fantasías idealistas, tragaba como un tiburón. El señor Stolz notó, a su vez, que Soledad comía poco.

—Perdone usted —dijo a Pepita—; le tengo que hacer una advertencia. Su hermana de usted come como un pájaro.

—Sí, Soledad come poco.

—Pues tiene que comer más, para que tenga los mismos colores que usted.

—No tengo ganas de comer más —replicó Soledad—. Si comiera más, quizá me hiciera daño.

—¿Ustedes me permitirán que las convide a una botella de vino del Rhin? —preguntó el señor Stolz.

—No, no; ¿para qué?

—Sí; una botella de vino del Rhin es un gran complemento para una buena digestión.

Trajo el mozo la botella; tomó una copa Pepita, mojó los labios en el vino Soledad, y el resto de la botella se lo bebió el ingeniero.

Después, en el postre, invitó a las dos hermanas a tomar una copa de Kumel; pidió para ellas un paquete de cigarrillos egipcios, mientras él encendía un cigarro puro.

El ingeniero se encontraba en un momento agradable de la vida, según dijo. Mientras hacía la digestión se sentía contemplativo, místico y gratamente supersticioso.

—Yo vivo en plena fantasía —dijo—; creo

en toda clase de locuras y de supersticiones. Si me quieren convencer de que mis ideas son absurdas, lo reconozco; pero sigo creyendo en ellas.

De pronto miró por la ventanilla, y dijo:

—¡El Danubio! ¡Qué admirable! Es el camino a Oriente de los pueblos germánicos. ¿Conoce usted *Auf der Donau* (sobre el Danubio), de Schubert?

—No —contestó Pepita.

—¿Pero sí conocerá usted *An der Schönen blauen Donau* (El hermoso Danubio Azul), de Strauss? —y Stolz se puso a tararearlo.

—Sí; eso, sí recuerdo —contestó Pepita.

—Pues sí, soy fetichista —siguió diciendo Stolz—; creo en la suerte que dan ciertos números. ¿Por qué hay que convencerse de que todas las fantasías agradables son mentira? Yo me esfuerzo en pensar que son ciertas.

—Si eso le basta...

—Sí, me basta... Aunque también me desilusiona la realidad. ¿Han estado ustedes mucho tiempo en Viena?

—Unas dos semanas.

—¿Les ha gustado?

—Sí; pero nos ha parecido un poco triste.

—¡Ah, claro! Es una metrópoli de luto. Había que ver Viena antes de la guerra.

—Sí; sería muy bonito.

—¡Oh! ¡Era admirable! ¡Elegante, alegre, civilizado, cosmopolita! Era el pueblo de las mujeres amables, sencillas, encantadoras. Conservaba ese aroma de la tradición, las calles estre-

chas con los grandes palacios, las iglesias jesuíticas llenas de gracia y de movimiento. ¡Qué lástima!

—¿Y ha cambiado mucho?

—De espíritu, mucho. Era un pueblo sin acritud, sin resentimiento; un pueblo cosmopolita, en donde se mezclaban latinos, germanos, eslavos, magiares, semitas; todas las ramas de las razas europeas y asiáticas, sin estorbarse ni odiarse.

—¿Y hoy, ya no?

—Hoy, no. Hoy tienen el resentimiento, el rencor causado por la derrota. En el bulevar del Ring la gente se apresura, ha perdido la calma; los judíos y los nuevos ricos se lanzan presurosos a sus negocios. Aquel internacionalismo amable se ha perdido; los alemanes, los polacos, los turcos, los húngaros, los croatas y los judíos riñen y se pelean en los cafés.

—¿Y ya no volverá la calma y el encanto de antes?

—No, ya no volverá. Ya se acabó. Es posible que haya en mí algo de espejismo de la juventud... quizá... Ver el *Prater* de antes un día de fiesta, con sus coches de marcha solemne, con sus lacayos con pelucas; ver los elegantes en sus caballos, las mujeres de ojos azules y negros en las avenidas de grandes árboles, a orillas del Danubio, era algo admirable... Luego, en todas partes se cultivaba la música, y bien...

—Eso sigue cultivándose también ahora.

—Viena es un pueblo musical. En sus jardines habrán ustedes visto las estatuas de Mozart,

Beethoven, Haydn, Schubert y Brahms. Es un pueblo mecido por los valses de Strauss. ¿Han visto ustedes la casa donde vivió Beethoven?

—No.

—Pues se conserva igual. Allí vivió el gran maestro con el poeta Grillparzer, que por cierto era un hispanófilo. Por todas partes en Viena hay recuerdos musicales. Allí se estrenó la *Flauta Encantada* (Der Zauberfloete), con sus personajes bufos: el príncipe Tamino y Pamina, su novia; Papageno el pajarero, su amada Papagena y el tirano Monóstatos...

Stolz echó una bocanada espesa de humo al aire y sonrió. Luego, dijo:

—¿Así, que son ustedes españolas?

—Sí.

—¿De qué parte me han dicho?

—De Bilbao. Somos vascas.

—¡Ah! ¡Vascas! Los vascos han dado mucho que hablar a los antropólogos. Algunos creen que es la primera emigración aria que salió de las orillas del Mar Negro. ¿Ustedes habrán oído hablar quizá de la cruz esvástica?

—No, no hemos oído hablar de eso.

—Parece que el *Svasti* llegó a los Pirineos y al país vasco.

El señor Stolz dibujó en el menú la esvástica y se la mostró a las dos hermanas.

—Algunos aseguran que esta cruz, hecha en este sentido diestro, da la buena suerte, y en el sentido contrario, siniestro, es fatal.

—¿Y usted está inclinado a creerlo? —dijo Pepita.

—¿Por qué no? Yo estoy inclinado a creer en todas estas locuras, y eso que cuentan que la emperatriz de Rusia llenaba de esvásticas diestras sus habitaciones, y ya ven ustedes si tuvo mala suerte. Digan lo que quieran, la vida no puede estar dirigida únicamente por el interés. Si la norma de la vida fuera solamente comprar barato y vender caro, la vida sería asquerosísima. Es más: yo rechazo la dirección única del intelecto. Hacer como principal norma de la existencia el pensamiento, sería condenarla a marchitarse, a secarse. La vida necesita también lo irracional, lo misterioso, lo infinito, la superstición misma...

El señor Stolz siguió divagando así, mostrándose como hombre ingenuo, infantil, de ocurrencias originales.

Era, como suizo alemán, más germanófilo que francófilo. Afirmaba que en francés no podían decirse más que lugares comunes y frases hechas; no sabía si era sólo por su culpa o por culpa del idioma.

—Y en el Congreso, ¿no tiene usted que hablar alguna vez en francés? —le preguntó Pepita.

—Yo, no. Unicamente los diputados de los cantones franceses emplean este idioma. ¿No piensan ustedes ir a Berna?

—No, no tenemos esa idea.

—Pues debían ustedes ir.

—¿Para qué?

—Quisiera que me vieran ustedes sentado en

mi sillón en el Congreso de Berna. Me gustaría pavonearme ante la bella España.

—¿Tiene algo de raro ese sillón?

—Nada. Pero es magnífico. Se puede dormir allí de un manera deliciosa, oyendo vulgaridades.

—Pero no siempre se dirán vulgaridades en el Congreso.

—Yo creo que siempre. El oficio de político —afirmó Stolz— es un oficio de pedantes y, cuando no de pedantes, es de apaches y de canallas; pero a mí me divierte.

—Pues yo creía que entre ustedes, los suizos, la política era una cosa muy seria.

—Sí, eso se dice; mas no hay que hacer demasiado caso de ello. La política es una buena manera de pasar el tiempo; no hay que creer que produzca un gran bien. Yo no lo diría en el Congreso, desde mi hermoso sillón; pero creo, la verdad, que la Democracia se va haciendo vieja y estéril.

No parecía conveniente estar más tiempo en el comedor, y Pepita y Soledad, seguidas de Stolz, fueron marchando otra vez por el pasillo hasta su departamento.

—¿Me permitirán ustedes que les presente a un amigo que viene conmigo y habla un tanto el español? —preguntó el suizo al despedirse.

—Sí, sí; con mucho gusto —contestó Pepita.

El señor Stolz saludó muy afectuosamente a las dos hermanas, sonriendo con su aire de niño grande, ingenuo y alegre.

II

Todos tenemos en la práctica una fisiognomía instintiva, arbitraria y caprichosa. Los brujos y los astrólogos antiguos creían poder relacionar la forma de las facciones humanas con el sol, la luna y las estrellas, lo cual les servía para la adivinación. Lavater había inventado una pseudo ciencia que necesitó para explicarla tomos y más tomos; los demás poseemos nuestro sistema fisiognómico enredado con nuestros instintos. Cuando el hombre supone que una mujer, por ser más morena o más rubia, es mejor o peor; cuando la muchacha piensa que el hombre bajo o alto, claro u obscuro, chato o narigudo, es más noble o cariñoso; todos ponen en práctica principios de fisiognomía caprichosa y apasionada.

Fisiognomía caprichosa.—*Fantasías de la época.*

EL HORÓSCOPO DEL SEÑOR FISCHER

Un par de horas después de volver a su vagón, Pepita y Soledad vieron entrar a Stolz con un señor cano, pequeño, vestido de negro, a quien presentó. Era su amigo el señor Fischer.

—El señor Fischer, en latín *Piscator* —añadió Stolz riendo.

El señor Fischer, hombre simpático, moreno, nervioso, tenía un tipo entre español e inglés: la cara larga, afilada, expresiva y sonriente.

Era suizo y había sido durante veinte años dueño de un hotel en una ciudad de California. Por entonces vivía en Munich.

—Mi amigo Fischer, el *Piscator*, es un estuche —dijo Stolz—. Yo les iré mostrando la cantidad de perfecciones que tiene. Toca el violín maravillosamente. Es un Paganini. Además, tiene el gran talento de no necesitar de comer para vivir.

—No, no es que yo no necesite de comer para vivir; es que tú eres un bárbaro, un Gargantúa —replicó el señor Fischer—. Come todo lo que le ponen: carnes, grasas, alcohol, ¡uf! El mejor día va a reventar.

Stolz se echó a reír a carcajadas.

—Es un pesimista este *Piscator* —dijo—. Todo le parece mal. ¡No coma usted esto! ¡No haga usted lo otro! Es malísimo. Es peligrosí-

simo. Nada. A mí no me pasa nada. Cada vez estoy mejor, más fuerte y más alegre. El, en cambio, cada vez está más flaco, más aguileño y más descontento. Todo le fastidia. En verano, el calor, el polvo, las moscas, la luz del sol; en invierno, el frío, la humedad, la niebla...

—Este hombre es un bárbaro, un beocio, un verdadero huno —repuso Fischer.

Stolz se reía a carcajadas de manera infantil y sacaba a cada paso bocanadas furiosas de humo de sus labios.

—Otra de las habilidades que tiene este hombre flaco que ven ustedes —dijo Stolz— es que es un poco brujo y, si ustedes quieren, les hará el horóscopo.

—¿De verdad? —preguntó Pepita.

—Sí, soy un aprendiz de mago —contestó Fischer—; pero no soy capaz de hacer más horóscopos que aquellos que estén basados en el sentido común...; pero, en fin, me precio de tener algún conocimiento de las personas.

—¿Pero hay algo de cierto en esa ciencia de los horóscopos? —preguntó Pepita.

—Hay algo, naturalmente; pero nada misterioso ni mágico, sino sencillamente algo que se relaciona con el poder de observar.

—Explíquenos usted alguna cosa.

—No cabe duda —dijo Fischer— que una persona produce en otra una reacción. Esta reacción es la base del conocimiento. Casi siempre es la indiferencia; en ocasiones, la atracción o la repulsión, y a veces la reacción, es mixta. Si se pone uno a analizar y detallar la sensación

y a contrastarla con la expresión de la fisonomía, el primer punto que se presenta es este: ¿Se trata de una persona sincera o de un individuo que finge? En general, el tipo insincero se descubre fácilmente. La ficción es muy fácil de señalar. La persona sincera es casi siempre la que constituye el gran problema, la máxima dificultad. Para llegar al conocimiento de un carácter hay muchos datos. La forma del cuerpo, la arquitectura de la cara, el color, la voz, la expresión al hablar, la manera de mostrar la mano, el dibujo de ésta y de los dedos, los movimientos, la manera de andar, de sentarse, etc. Indudablemente, el médico, el empleado, el catedrático, el cura, tienen sus hábitos profesionales, sus pequeñas rutinas, y las tiene el usurero, el vanidoso, el egoísta, el cínico. Entre las mujeres, la mujer soltera, la casada, la mística, la mundana, la cocotte, se producen, se manifiestan ante el público de un modo especial; hay una manera de ir y venir, de hablar y de sentarse, que para el que va aguzando la costumbre de la observación es casi siempre muy clara. También es muy esencial la voz, que a veces da de improviso la característica del temperamento; es también de mucha importancia el vestido, las joyas, el anillo de casada, el peinado, el calzado y el perfume, que tiene gran relación con la manera de ser instintiva de una persona.

—Aun con todo eso debe ser muy fácil el equivocarse —dijo Pepita.

—Ah, claro. Naturalmente hay que huir de las preocupaciones literarias, que son la mayo-

ría de las veces rutinas, maneras de ver que alejan de la realidad. Es conveniente tantear varias conversaciones para averiguar los gustos y las ideas de la persona que se trata de estudiar, y también me parece práctico recordar figuras parecidas a la que se observa, porque es indudable que hay una relación, aunque no sea siempre constante entre la figura y el tipo psicológico.

* * *

El señor Fischer cambió de pronto la conversación y contó un crimen misterioso ocurrido en un pueblo de California, descubierto por un detective observador con muchos detalles y mucho arte.

—Este mago —dijo Stolz—, este *Piscator* ha fracasado en la vida en una porción de cosas, hasta que, por último, hizo su fortuna, de fondista en América.

El señor Fischer reconoció que tanto como doctor en filosofía, como violinista y como mago, tuvo muy poca suerte, quizá porque no valía para ninguno de aquellos oficios y que, en cambio, como fondista, en menos de veinte años pudo conseguir hacer una fortuna.

—Ahora vive en Munich con una sobrina casada que le quiere como a su padre y está encantado con los pequeños —dijo Stolz.

—¿Ustedes piensan quedarse en Munich? —preguntó Fischer.

—Sí, probablemente nos quedaremos unos días a esperar unas cartas —dijo Pepita.

—Vengan ustedes un día a comer a mi casa. Stolz les acompañará.

—Muchas gracias.

—Pasaremos un rato agradable. —dijo Stolz.

—¿Es bonito Munich? ¿Es alegre?

—Es una Atenas germánica —contestó Stolz.

—En Munich —indicó Fischer— tiene usted un poco de Atenas, un poco de Roma y un poco de Florencia, pero por encima de los propileos y de las logias, sobre todo el arte guardado en los museos, está el bock de cerveza, que es para los munichenses algo colosal.

—Sin embargo, la ciudad está bien —repuso Stolz.

—Demasiado clasicismo —añadió Fischer—; pinacoteca, gliptoteca, frontones... y demasiada cerveza.

—Aquí, en Munich, la unidad es el litro —dijo Stolz.

—Eso es lo alemán, lo de ustedes —saltó Pepita.

—No, también lo alemán es el vino —replicó Fischer—, y yo estoy más por el vino que por la cerveza.

—Tú estás por el vino con agua mineral. ¡Puah! Yo, en esta cuestión, soy ecléctico —aseguró Stolz.

—Claro. Tú eres un gargantúa —contestó Fischer.

Fischer creía que el vino debía ser menos malo que la cerveza. Contó que Kant aborrecía

la cerveza y que cuando le daban la noticia de que alguno había muerto, decía invariablemente: Sería algún bebedor de cerveza. En cambio, Bismarck creía muy bueno el alcohol, porque eliminaba a los débiles y a los flojos.

—No sé —dijo Fischer— cómo Breughel no pintó la guerra de los partidarios del vino contra los de la cerveza; sería, poco más o menos, la misma guerra del aceite contra la manteca, del sol contra la lluvia y de la vocal contra la consonante.

El señor Fischer estuvo fantaseando después largo rato acerca de la vida de Munich y comparándola con la de Viena y Berlín y la de las ciudades americanas.

* * *

Llevaban ya algún tiempo de conversación cuando Stolz y su amigo se levantaron para despedirse.

—Perdone usted —dijo Pepita al señor Fischer—, se olvida usted de algo.

—¿De qué me olvido? —preguntó el americano, extrañado.

—Se olvida usted del horóscopo que nos ha prometido.

—¿Lo he prometido de verdad?

—Yo creo que sí.

—¿Quiere usted que lo haga?

—Sí... es decir, a no ser que sea tan terrible

que me vaya a espantar, y en ese caso no quisiera que lo hiciera usted.

—Ya sabe usted, ya le he dicho que mis horóscopos son más bien deducciones de un buen sentido vulgar y nada más. Primero hago, si puedo, el diagnóstico de la persona; después, el pronóstico.

—Bueno. Veamos el diagnóstico.

—Me parece usted una mujer muy mujer, muy coqueta, bastante enérgica, muy apasionada, de sangre hirviente, en último término, encantadora.

—¡Muchas gracias!

—Nada de gracias. En los horóscopos hay que permitirse el lujo de ser veraz. Es usted muy latina, no le gusta Alemania, es usted poco religiosa y casi nada musical.

—Es verdad, ¿casada o soltera?

—Casada y a punto de reñir con el marido.

—¡Qué extraño!

—Extraño, pero verdad. El marido no le entiende a usted y usted está pensando en vengarse... pero vacila. Usted no puede vivir sin amor. Naturalmente será usted muy solicitada, y entre los amigos habrá muchos que tendrán para usted una sonrisa de ogro. Si tuviera usted hijos no pensaría usted en vengarse, pero no los tiene... quizá se la ha muerto alguno. Ahora hay quien la preocupa, quizá un antiguo adorador. Si se vengará usted o no se vengará, naturalmente, no lo sé. Sería mejor no vengarse. Mi opinión es que, haga usted lo que haga, saldrá usted siempre bien, porque hay en usted

un instinto de audacia mitigado por la inteligencia.

Pepita se había ruborizado al oír las palabras del señor Fischer y había quedado después roja y turbada.

—¿Es verdad lo que ha dicho? —preguntó Stolz, cándidamente.

—No digo que sea verdad ni que no lo sea —contestó Pepita.

—Hace usted bien —replicó Fischer. No hay necesidad de descubrir el punto vulnerable, ni al amigo ni al desconocido.

—¿Y a usted, señorita —preguntó Stolz, dirigiéndose a Soledad—, no le harán el horóscopo?

—Yo no tengo carácter.

—Yo no lo creo así.

—A esta señorita —dijo Fischer— no le interesa su horóscopo.

—No; me interesa; pero creo que mi destino ha de ser muy vulgar.

—Yo no pretendo conocer su destino. Respecto a su carácter, indudablemente es más tranquilo que el de su hermana. La sangre no corre tan impetuosa. Usted tiene el carácter más dulce. Ella es el *allegro vivace* al lado del adagio melancólico. Su hermana es, indudablemente, más enérgica; usted, más buena y más sentimental. Si se encuentran ante un obstáculo, su hermana saldrá de él atropellando lo que le estorbe y a usted creo que no le pasará lo mismo.

—Tiene usted razón —dijo Pepita.

—Su hermana —añadió Fischer, dirigiéndo-

se a Soledad— no tiene el menor espíritu de sacrificio.

—Yo, ninguno —exclamó Pepita.

—Y usted, sí.

—Ella finge también ser dura —dijo Soledad, queriendo defender a su hermana.

—Si se quedan ustedes en Munich unos días, yo las acompañaré —dijo Stolz.

—¿Dónde podríamos quedarnos?

—Cerca de la estación hay varios hoteles. Yo voy a uno de ellos, al hotel Wolf.

—Bueno, pues iremos también nosotras.

III

Nuestra época ha vivido de ilusiones, de locas ilusiones puestas en el porvenir. La materia con que se crean las ilusiones y las esperanzas se ha agotado al fin y ha venido la liquidación de los sueños y de las esperanzas, y para esta liquidación, como para todas las liquidaciones comerciales, han aparecido los judíos.

Era de ilusiones.—*Fantasías de la época.*

INQUIETUDES Y CHARLAS

Llegaron a Munich y se instalaron en el hotel Wolf. El ingeniero suizo acompañó a las dos hermanas a cenar en el restorán.

Después de cenar dieron un paseo y cada cual se marchó a su cuarto.

Pepita se acostó un tanto preocupada con el

horóscopo del señor Fischer. Era, indudablemente aquél, un hombre agudo, inteligente, de gran penetración.

Apesar del cansancio del viaje, Pepita tardó mucho en dormirse, preocupada con su situación espiritual; las palabras de aquel señor le habían agitado, dando a sus inquietudes más relieve.

Indudablemente, no se entendía con su marido. No existía entre ellos un acuerdo íntimo, pero en la vida cotidiana en Bilbao, el desacuerdo no se notaba o, por lo menos, no quedaba tan al descubierto. Buscar intimidad espiritual mayor, hubiera parecido a los dos, romanticismo. El ambiente extranjero les enseñó de pronto que no se querían ni se consideraban.

Ella, indudablemente, no estimaba nada, absolutamente nada, a su marido; sentía por él profundo desprecio y, sin embargo, hubiera hecho cualquier cosa por llegar a un acuerdo para no separarse de él.

En parte, lo legitimaba. Fernando, su marido, estaba en una época de erotismo agudo; todas las mujeres le llamaban la atención y le excitaban menos la suya. Se le veía mirándolas con ansia y Pepita le encontró varias veces, durante el viaje, hablando con las criadas de las fondas con aire significativo.

Fernando, en el fondo, odiaba a su mujer. La consideraba superior. Sentía su superioridad en todo. Tal superioridad, reconocida a regañadientes, era una de las causas de su antipatía.

Fernando profesaba admiración y temor por

su suegro. El señor Larrañaga, con su mal genio, le imponía. El pensar en tener que dar explicaciones al suegro hacía que preparase coartadas y vistiera todos sus actos con un aire de hipocresía muy hábil.

Pepita pensaba durante el viaje.

—Es probable que al llegar el momento de las explicaciones al volver a casa, teniendo yo razón, resulte como no teniéndola.

Varias veces decidió aceptar la injusticia de aparecer ella como suspicaz y estúpida y volver a Bilbao y dedicarse a la iglesia, pero su naturaleza era demasiado viva y rebelde para resignarse.

En los primeros días del viaje Pepita y Fernando no hicieron más que reñir.

En Dresde conocieron a un matrimonio holandés sin hijos, y Fernando se entendió con la holandesa de una manera descarada.

Fueron a Viena, y al poco tiempo se presentaron los holandeses. Fernando y la holandesa tomaron unos cuartos en el hotel que se comunicaban. Pepita, indignada, pidió explicaciones a Fernando, y en una escena borrascosa y en ocasión en que su marido se mostró grosero y burlón, ella, sin poder contenerse, le pegó una bofetada. Fernando la agarró del puño, se lo retorció y estuvo a punto de darle un puñetazo, pero al interponerse Soledad se contentó con empujarla.

Pepita se decidió a escribir una carta a su padre, pero luego de escrita no la echó al correo.

En la carta contaba lo ocurrido con toda clase de detalles.

Después pensó que su padre, como hombre poco sentimental, se encolerizaría, obligaría a su marido y a ella a volver inmediatamente a Bilbao y llevaría el asunto a una solución rápida, violenta, quizá a la larga, peor.

Pepita rompió la carta; al día siguiente se le ocurrió escribir a su primo José Larrañaga, pero la cosa era difícil, y los dos o tres borradores que garrapateó, unos por demasiado expresivos, otros por ñoños, los tuvo que romper.

Después de algunas vacilaciones, decidió que Soledad escribiera a su padre.

—Escribe a papá —dijo a su hermana—. Dile sin exageración lo que ha ocurrido, cómo he reñido con Fernando y que quizá convendría que viniera José para aconsejarnos.

Al decir esto, Pepita se dió cuenta de que aquello de aconsejarlas era una fantasía. Deseaba verse con Joshé para hablar con él y para distraerse.

A Soledad le pareció muy bien la indicación de Pepita y escribió a su padre en el sentido indicado.

El señor Larrañaga, al parecer tomó a bien cuanto decía su hija y escribió a su sobrino a Rotterdam, diciéndole que avisara a Pepita por si le necesitaba.

"Parece que Pepita está reñida con su marido —le decía— y que está descontenta. No creo que sean tonterías. Tengo confianza en ella y no la he visto hacer necedades. Como tú eres ami-

go de los viajes, toma unos cuartos y vete a reunirte con Soledad y Pepita. Actualmente están en Viena en el hotel Bristol, donde puedes avisarlas por telégrafo."

José Larrañaga telegrafió a Pepita. Ella le contestó desde Viena.

"Papá dice que vengas a buscarnos. Si puedes, ven. Vete a Basilea y telegrafíame dónde paras."

Larrañaga fué a Basilea y dijo por telégrafo a su prima que se encontraba en el hotel Euler.

Poco después, Pepita respondió a Larrañaga: "Espéranos en Lindau, en la frontera de Baviera".

Pepita suponía a Larrañaga en Lindau.

Estaba deseando encontrarse con él aunque, en parte, también lo temía.

En su insomnio pensaba en las muchas eventualidades que podrían sobrevenir. La frase del señor Fischer "usted no puede vivir sin amor", le inquietaba. Sentía que era verdad. Fernando había huído de ella y ella sin amor no podía vivir. No quedaba más solución que la desgracia o el adulterio, y con el adulterio la vergüenza y el deshonor. Esta idea le espantaba y la conturbaba.

Después de pasar muchas horas sin dormir, Pepita pudo, por fin, conciliar el sueño.

* * *

De mañana, Stolz se presentó en el comedor del hotel, florido y rozagante.

Acompañó a las dos hermanas a ver la ciudad, y les dijo que al día siguiente, si querían, irían a comer a casa de Fischer, el americano.

A Soledad y a Pepita les gustó mucho Munich. Stolz les acompañó hasta la entrada de la Pinacoteca y después volvió por ellas.

—¿Les ha gustado el Museo? —les preguntó luego.

—Sí, es muy hermoso —contestó Pepita—, pero a mí me harta en seguida el ver museos; no soy una artista. Hemos estado mirando y riéndonos con un cuadro de Brueghel, *El país de Jauja.* También nos ha gustado una *Anunciación,* del Greco, y un paisaje de Patinir.

Después de comer, Stolz llevó a las dos hermanas a una gran cervecería, en donde tocaba una banda militar.

—Es enorme —dijo Pepita—. Y la gente, ¿no habla?

—No, oye.

—A mí no me gusta sustituír con la música la conversación.

—Porque no te gusta la música —dijo Soledad.

—Es que tampoco me gustaría que al acabar de comer me dijeran: "Ahora vamos a leer en voz alta un trozo de Homero o de Cervantes o de quien fuera". Mandaría a paseo al que me lo propusiera.

—Es que los alemanes no saben conversar. Les gusta más escuchar —dijo Stolz, riendo.

—Pues yo, como no tengo nada de alemana, mejor que en uno de esos cafés con orquesta,

estaría en una guardillita teniendo alguien con quién hablar.

—Pues como veo que no le gustan a usted las grandes orquestas, vamos a la calle.

* * *

Stolz les habló de la revolución comunista y les señaló los puntos donde el estudiante Noske dió la batalla a los maximalistas bávaros. Stolz era reaccionario y anti-semita. Todos aquellos judíos mesiánicos, como Trotzky, Bela Kun y Zinovieff, le parecían repugnantes. Kurt Eisner, el socialista asesinado en Munich, era, según él, uno de los hombres más pedantes y autoritarios.

Stolz, curioso de revoluciones, había estado en Budapest durante la dictadura de Bela Kun y asistido a la derrota de los comunistas, en agosto de 1919 y a la matanza de judíos bolchevikis en las calles de la ciudad húngara.

—¿Y era curioso el aspecto de Munich durante la revolución? —preguntó Pepita.

—Nada. Todo iba tomando un aire horrible. Era como el cieno que va apareciendo cuando se revuelve un estanque.

—Pero, al menos, la ciudad estaría distinta.

—Claro. Había gentes de aire patibulario, grupos, tumulto, pero la ciudad esta, que es esencialmente burguesa, no manifestaba más que asombro. Yo tenía mala idea de la revolución, pero la adquirí peor. Esta revolución no

era más que una algarada de pocos, una serie de bocinas o de altavoces repitiendo lugares comunes en todos los tonos y de todas las maneras. ¡La eterna moral absoluta que comenzará mañana! Como si el día de mañana no tuviera que ser como el de hoy y como si los hombres a fecha fija, fuesen a dejar a un lado odios, envidias, egoísmo y vanidad.

—Le encuentro a usted pesimista, señor Stolz —dijo Pepita.

—Pesimista de lo que me parece malo. No crea usted; yo he sido socialista en mi juventud, pero ahora no lo soy. Reaccioné primero contra la teoría y la concepción materialista y económica de la historia, pero quería ver la Revolución en sus hechos.

—¿Y le pareció a usted mal?

—Horrible, vulgar. La revolución es una época para histriones. Todos los gritos sirven, todas las necedades tienen valor, todos los pedantes alcanzan un pedestal. No hay que tener historia, ni cultura, ni documentación ninguna. Basta saber gritar. Cuanto más estúpido sea este grito, más estridente y más necio, se tiene más prestigio. El que pueda encontrar ante la multitud el aullido del hombre de la caverna, será vitoreado y llevado en triunfo.

—Mala idea tiene usted de la gente.

—Es posible que en un pueblo latino la revolución sea más pintoresca: aquí no salieron a flote más que los instintos de un populacho brutal sin genialidad con un sentido demoníaco de rabia y de pillaje.

—Es raro.

—No, no es raro. El alemán no puede vivir más que con disciplina estrecha. El maximalismo aquí, como todo lo popular, en Alemania tomó aire de fiesta gimnástica. Grupos marchando al paso y cantando la Internacional o la Marsellesa, músicas, tambores, tuvimos todo este estrépito hasta que empezó la canción de las ametralladoras. Entonces, cosa muy natural y muy alemana, ejército y sublevados volvieron al orden y a la disciplina y se batieron unos y otros como militares. Es indudable que en un pueblo como el alemán, disciplinado, la indisciplina es más cerril y más bruta que en un pueblo latino.

—Y las mujeres, ¿tomaron parte en la Revolución?

—Sí, pero no se distinguieron. Nuestras Euménides se mostraron como modestas bacantes, llenas de pedantería y de cerveza.

Según Stolz, antiguo socialista, la tentativa maximalista había sido un fracaso ridículo. Había que seguir por el viejo camino llevando todos los lastres antiguos. Otra cosa era imposible.

IV

El profesor A nos hablará de la prehistoria; el coronel B, contará su campaña de Servia; el pintor C, nos explicará la diferencia que hay entre el cubismo y el expresionismo; el doctor D, nos dirá cómo se distinguen los esquizofrénicos y los paranoicos; el farmacéutico F, cómo se pueden separar las vitaminas; la profesora G, disertará sobre la diferencia de la inteligencia en las niñas; el crítico H, hablará de la escultura de los hetitas; la señorita I, sobre Dostoiewski, y todas las letras del alfabeto disertarán, hablarán, pedantearán, entre humo de tabaco, cerveza, risas y exclamaciones guturales.

Esta conversación alemana es varia, nutritiva, enciclopédica. Puede tener ccmo lema la divisa ambiciosa de los románticos: Todo en todo.

La conversación alemana.—*Las Estampas Iluminadas.*

UNA COMIDA

Al día siguiente, Stolz dijo a Pepita y a Soledad que tenían que ir a casa de Fischer. Tomarían el tren, porque la villa donde vivía su amigo se hallaba a algunos kilómetros de Munich.

Llegaron a la villa del americano, hermosa casa con un magnífico bosque y gran jardín. Fischer salió a recibirles y presentó su sobrina a Soledad y a Pepita.

La sobrina Berta, apesar de que tenía ya dos hijos, era por su aspecto infantil y por sus colores una muchachita. Berta les preguntó si preferían comer en el campo o en el interior, y Pepita, a quien no gustaba el sol y el viento, dijo que prefería el interior.

La villa de Fischer estaba en medio de un parque, rodeada de árboles. Por dentro se hallaba amueblada a la americana, muy cómodamente; los cuartos tenían ventanas de guillotina y chimeneas bajas de ladrillo.

Pasaron a un saloncito lleno de gente y fueron presentadas.

El marido de Berta era mozo alto y rubio, de cara inexpresiva y aspecto de estudiante. Había un matrimonio de músicos; él, con aire brutal, los ojos negros, melenas y los pómulos salientes; ella, como una muñequita recién pintada;

dos señoras: una de ellas muy imponente, muy guapa, y la otra, de pelo blanco, con sombrero de hombre y unas botas como dos gabarras. Estaba también un poeta con su mujer. El tal poeta tenía aspecto. Era moreno, con el pelo ensortijado y la cara correcta. Su mujer parecía insignificante. El poeta volvía de España. Había estado en Andalucía reorganizando la biblioteca de un príncipe.

Estaba también una muchacha alta, grande, de color blanco intenso y el pelo rubio de oro pálido, tipo de Alberto Durero o de Cranach. Esta señorita, empleada en un Ministerio, dijo que era espiritista y teósofa, lectora de Rodolfo Steiner, el fundador de la antroposofía, y que ella había comprobado fenómenos extraordinarios.

—¿Y qué es lo que ha comprobado usted? —le preguntó Stolz.

La muchacha no supo decir nada de lo que había comprobado; únicamente aseguró que había que combatir el materialismo, y que ella creía que las desgracias eran útiles, porque despertaban fuerzas escondidas en el alma.

—Sí, sí; estoy con usted. Me parece bien combatir el materialismo —repuso Stolz; pero no con las mixtificaciones de la antroposofía.

Pasaron al comedor y se sentaron a la mesa.

Pepita estaba entre el dueño de la casa y Stolz; Soledad, entre el músico y el poeta.

Fischer galanteó a Pepita; Stolz comió como de costumbre; la señora de la casa atendió a sus convidados y, de pronto, todo el mundo se puso

a hablar frenéticamente. Se sirvieron en la mesa gran variedad de vinos, sobre todo de vinos españoles, y se trincó de lo lindo. La señora del pelo blanco y del gabán de hombre, que había sido, o era aún, profesora, habló del Greco; dijo que algunos afirmaban que era judío; pero ella lo dudaba, teniendo en cuenta los caracteres de la mentalidad de los semitas. Con este motivo se discutió sobre la nacionalidad de los grandes hombres de los diversos países, desde un punto de vista étnico, con lo cual todos los pobres grandes hombres cambiaban de país. Jesucristo no era semita, sino ario. Bonaparte no era francés, sino italiano; Kant no era alemán, sino escocés; Beethoven era holandés; en cambio, Dante, Leonardo y Miguel Angel era alemanes; Velázquez, medio judío; Montaigne, mixto de gascón, de vasco, de español y de judío; Dostoiewski, lituano; Tolstoi, alemán; Pushkin, abisinio...

—El hombre cándido y sencillo —afirmó Stolz— cree que cuando se dice una palabra, como francés, inglés, ruso, español, esta palabra indica algo; pero el antropólogo demuestra, o trata de demostrar la inanidad de estas palabras. Para él el francés no es francés, sino celta, kimri o germánico; el inglés es sajón, picto o anglo; el español, ibero o ligur. Todos tenemos, al parecer, las etiquetas cambiadas, con lo cual hay una confusión de mil demonios.

Después, la profesora hizo algunas preguntas a Pepita sobre España, y, apesar de no conocer el país y de no haber leído gran cosa acerca de él,

afirmó rotundamente que era una nación inmóvil, estancada, detenida en su desarrollo y degenerada por el clericalismo y la superstición.

Pepita le contestó con gracia no exenta de acritud.

—Es como una avispa —dijo Stolz a Soledad riendo—. Se podría hacer una fábula: La Vaca y la Avispa.

El amo de la casa suavizó la discusión.

—En realidad, nadie entiende a los demás países —dijo—. Parece que sí, pero es una ilusión; lo más que puede hacer uno, al encontrarse ante las culturas extrañas, ante formas de vivir diferentes a la nuestra, es describirla con el mínimum de prejuicios.

—Si es que es posible llegar al mínimum de prejuicios —dijo Stolz.

—Es cierto —añadieron algunos.

—Sin embargo —saltó el marido de la sobrina de Fischer, dirigiéndose al poeta—. La vida del Sur de España es una vida africana.

—No, nada de eso, todo lo contrario.

El poeta aseguró que consideraba a Andalucía como país completamente germánico. El andaluz seguía siendo el vándalo y, según él, conservaba sus características raciales.

¡Los andaluces de Sevilla eran mucho más alemanes que los habitantes de Berlín!

El había examinado a los toreros andaluces y todos podían considerarse como alemanes. Su valor, su frialdad, su audacia, eran completamente de índole germánica.

Pepita y Soledad contemplaron al poeta asombradas.

Stolz habló de lo que para él constituía la superioridad en las razas. La tal superioridad se manifestaba por el amor a la naturaleza, por el desinterés y el entusiasmo por lo noble y lo atrevido. De ahí que Stolz tuviera antipatía por los judíos, que veían en el mundo, principalmente, lo material y lo económico; el comprar barato y el vender caro.

Estas condiciones de idealismo, de desinterés y de amor a la naturaleza, es lo que caracterizaba, según él, a los germanos.

Fischer y el poeta protestaron.

—Todos los autores —dijo Fischer— aseguran que el sentimiento de la naturaleza, como cosa típica, es un sentimiento moderno.

—No creo en todo lo que dicen los autores —aseguró Stolz—. En aquella elegía de Ovidio de las Tristes, cuando el poeta se despide de su mujer para ir desterrado y habla de la noche y de las estrellas, da una sensación de la naturaleza.

—¿Así que para ti Ovidio era un germano?

—¿Por qué no?

—De esta manera se les puede llamar también germanos a Moisés, a Jesucristo y a Mahoma.

—Es muy posible que lo fueran.

—No fantaseemos demasiado —dijo el amo de la casa—. Respecto a lo que decíamos de la naturaleza parece que los romanos, que atravesaron Suiza varias veces, no encontraron en sus

montañas el menor atractivo, y Julio César, delante de los Alpes, se decidió a escribir un Tratado de analogía gramatical, probablemente para matar el fastidio y el aburrimiento.

—Este, sin duda, no era germano —dijo Stolz.

—Hoy, en la juventud —añadió Fischer—, gusta más la naturaleza el monte, la selva, el glaciar. La vejez se inclina más a la obra artística, a la contemplación de la iglesia, del palacio, del cuadro o de la estatua. El sentimiento de la naturaleza nace de una tendencia panteísta.

—Y el panteísmo es moderno —dijo la señora sabia con su sombrero de hombre.

—En nuestros tiempos —siguió diciendo Fischer— el panteísmo filosófico viene de Spinoza, que no era precisamente germano, sino semita. Los viajeros antiguos que hablan de los montes y de las breñas los consideran como obstáculos al paso, como dificultades que pueden producir molestias o terror más que admiración. En las literaturas antiguas, la belleza de la naturaleza consiste principalmente en su riqueza. Es una posesión magnífica, me decía una vez un americano con referencia a una finca de California. Todo es llano, no hay en ella un árbol.

La señora del gabán y del sombrero de hombre cogió al aire una ocasión para hablar de prehistoria; y se la vió, tomando de víctima a la muchacha rubia teósofa, perderse en el achelense, prechelense, magdaleniense y demás. Con el achelense y el magdaleniensé se mezclaban los términos de crítica musical que empleaba el vio-

linista y con las descripciones del poeta venido de España, lo que constituía un hermoso barullo.

—Vamos a tomar el café en el jardín —dijo Fischer a Pepita—. Verá usted cómo se apaciguan los ánimos.

Salieron, se sentaron en una glorieta y las discusiones cesaron. El poeta sacó el reloj, dijo que tenía que estar a las cinco en la ciudad; la muchacha rubia teósofa esperaba a una amiga en su casa. La señora sabia tenía que hacer una visita.

Recorrieron el parque.

—Hay que decir a mi amigo el *Piscator* que toque el violín —dijo Stolz—; se opondrá, pero hay que obligarle.

Volvieron de nuevo al salón.

El señor de aire brutal, moreno, y con los pómulos salientes, que discutía de música, se puso al piano y tocó dos o tres sonatas, sin duda, de grandes dificultades, haciendo sonar el piano como si estallase una tempestad.

Después, su mujer, la damisela pintada, flaca como un esqueleto, tras de atracarse en la mesa y de beber como un soldado, fué al piano con un aire soñador, se sentó en actitud muy triste y muy estudiada, y de pronto empezó a tocar con energía extraordinaria y golpeó las teclas con furia y agitó la melena. Era algo como de magia, un cadáver que vuelve a la vida.

—Parece que toca muy bien —dijo Pepita a Soledad.

—Muy bien.

—Yo, como no entiendo mucho.

—Es una mujer admirable —dijo Soledad, que no tenía la admiración tan difícil como su hermana.

La muñequita, que se convertía en furia ante el piano, dejó de tocar y se echó en un diván con el mismo aire de niña anémica y sin fuerzas.

Después tocaron en el violín, a dúo, Fischer y su sobrina.

Tocaron algo clásico, muy claro, y lo hicieron de una manera admirable. La misma Pepita se entusiasmó.

—¡Qué canalla! —dijo Stolz—. Es un *charmeur*. Este *Piscator*, ¡cómo pesca las notas!

Se veía que Fischer se cansaba tocando y no quiso seguir.

Los invitados comenzaron a marcharse.

—Tienes que enseñar tu cuarto a estas señoritas —dijo Stolz—. Su cuarto de brujo.

Fischer las llevó a su cuarto. Era sitio curioso, local grande, con su hornillo de alquimista en un rincón; muchos libros, algunos en pergamino; mapas antiguos, pájaros y lagartos disecados, fetiches y amuletos de Asia; un pequeño museo con flechas, lanzas, máscaras de indios. Se veía que la curiosidad del violinista llegaba a todo. Las ventanas pequeñas daban a lo más sombrío del parque.

—Es todo muy bonito, muy curioso —dijeron Pepita y Soledad.

Fischer y su sobrina acompañaron a Soledad, a Pepita y a Stolz hasta un tranvía, y allí se despidieron muy efusivamente.

V

Este lago de Constanza no tiene en sus aguas el azul profundo de los lagos suizos en contraste eterno con la blancura de las montañas cubiertas de nieve.

El lago de Constanza es más verde, más inquieto, más lleno de espuma que sus hermanos helvéticos. Cuando el cielo se nubla y el viento sopla con violencia, su furia y su oleaje le asemejan al mar. Durante el invierno, la bruma sobre sus aguas es densa, opaca y se dice que los marinos tienen que servirse de la brújula para cruzar de una orilla a otra.

El lago de Constanza.—*Las Estampas Iluminadas.*

SE REUNEN

Larrañaga había salido de Basilea en un tren mixto y pesado que se detenía en todas las estaciones del tránsito, en dirección a Lindau.

En el tren conoció a un señor flaco, atezado, profesor de ornitología en un liceo suizo.

Con este señor fué hablando durante el viaje. Era, el naturalista ornitólogo, entusiasta de los pájaros. Se llamaba Enrique y sus amigos le decían en broma Enrique el pajarero.

El naturalista poseía una gran colección de pájaros disecados e iba a estudiar, durante las vacaciones, las aves del lago de Constanza.

Al parecer, el pajarero era amante de su especialidad, de temperamento lírico y hablaba con fervor de *El pájaro,* de Michelet; de la *Ornitología apasionada,* de Toussenel, y de otros libros viejos y cándidos. Dijo que sentía gran curiosidad por leer la obra de un fraile dominico español del siglo XVII, Ferrer de Valdecebro, titulada *Gobierno general, moral y político hallado en las aves más generosas y nobles.*

Larrañaga desconocía el libro y no le pudo dar ningún detalle acerca de él. El español y el ornitólogo suizo tuvieron que transbordar varias veces, y al llegar a la estación de Lindau un policía recogió el pasaporte a Larrañaga, porque no estaba visado.

—Yo creía que se podía entrar libremente en Alemania —dijo Larrañaga—. Eso me habían dicho.

—Los españoles, no. Los españoles no pueden entrar en Alemania ni los alemanes en España. Vaya usted mañana a la jefatura de policía a recoger su pasaporte.

El empleado le recomendó que marchara a pa-

sar la noche al hotel de Baviera, cerca de la estación.

Entró en el hotel, le llevaron a un cuarto muy lujoso, dejó la maleta, se lavó las manos y bajó al restorán, donde había mucha gente que bebía, fumaba y hablaba.

A Larrañaga le chocó el aire fuerte, enérgico y sano de aquellos hombres.

—Se comprende que a los franceses les produzca inquietud estos tipos. ¡Qué aire de vigor y de energía!

Entre ellos había algunas mujeres, que bebían cerveza como si fueran hombres.

Larrañaga dejó el restorán, volvió a su cuarto y pudo dormir bien.

* * *

Por la mañana salió a la calle y se halló frente al lago.

Lindau se encuentra en una isla del lago de Constanza, unida a tierra por dos puentes. A Lindau se ha llamado la Venecia de Suabia.

Larrañaga sintió impresión de alegría al encontrarse a orillas del lago en una mañana fresca y clara. Contempló el faro y el león que mira a Suiza. Luego fué a buscar la jefatura de policía. Preguntó en dos o tres edificios hasta que dió en la oficina policíaca, en donde un oficial le dió el pasaporte visado y le cobró diez y seis marcos.

El oficial, al devolverle los documentos, le llamó amablemente en español, Señor.

Larrañaga paseó por la orilla del lago. Contempló un vapor que se despegaba del muelle y, a lo lejos, los montes nevados de Suiza. En el jardín, emplazado en un antiguo baluarte, se sentó un momento. La mañana estaba deliciosa. Al poco rato apareció el ornitólogo del tren, que le saludó, y se puso a hablar en seguida de las particularidades de la emigración de los pájaros.

Sin duda, para el profesor, los países no tenían importancia más que por su valor ornitológico. Después, el ornitólogo y Larrañaga se pasearon por el pueblo.

A Larrañaga, Lindau le dió impresión agradable de ciudad tranquila, provinciana. La gente se saludaba en la calle como en las aldeas.

Vieron la casa del Ayuntamiento, recorrieron algunas calles antiguas, silenciosas, con casas góticas, y salieron de nuevo al puerto.

El ornitólogo era incansable hablando de los pájaros, y Larrañaga pretextó el tener que trabajar y se marchó al hotel donde había pasado la noche. El hotel de Baviera, *Bayerischer Hof,* era bonito, simpático. En el escritorio, en las paredes, se veían litografías antiguas representando el león de Lindau, el monumento de Maximiliano II y el mismo hotel de Baviera tal como fué hacía sesenta o setenta años.

Decoraban también, los pasillos de la fonda, muchas estampas.

Larrañaga se metió en el escritorio. Desde un balcón se veía el león de Lindau destacán-

dose en el aire claro de la mañana, y el faro de piedra gris, redondo, con un reloj. Sobre el lago verde, las gaviotas revoloteaban posándose en el agua.

Larrañaga se sentó y comenzó a escribir a Pepita.

"No sé qué escribir —la decía—; no tengo nada que contarte. He visto el lago de Constanza, he paseado por el pueblo, he hablado con un profesor que me ha contado particularidades curiosas de la vida de los pájaros y ahora estoy con la pluma en la mano delante de un papel. A mi lado hay una señorita que está escribiendo. Llena páginas y más páginas sin cansarse y se oye el rasguear de la pluma en el papel. No sé si es guapa o es fea. No la veo más que de espaldas. Lo mismo me da que sea fea que guapa. Me gustaría saber qué escribe con tanto entusiasmo. Probablemente, lo que escribe será tan interesante como lo que yo te escribo a ti.

Ahora ha entrado en el escritorio un matrimonio suizo, un viejo de barba blanca en punta y ojos azules y una vieja muy compuesta y sorda que usa trompetilla. A pesar de que no tengo que estar aquí más que unas horas y de que el pueblo éste es muy bonito, la idea de pasar estas horas solitarias me aburre y me desespera."

Pero no sólo aquel primer día, sino el segundo y parte del tercero, Larrañaga tuvo que estar en Lindau. Por la tarde del tercero recibió un telegrama de Pepita diciéndole que al día siguiente saldrían su hermana y ella de Munich,

irían por Ulm y pasarían, al mediodía, por Friedrichshafen.

* * *

Por la mañana del otro día, Larrañaga tomó el tren y fué a Friedrichshafen.

A poco de llegar se encontró en el andén con sus primas, acompañadas por Stolz. Tuvieron que pasar por este callejón y la otra ventanilla a presentarse en la oficina del pasaporte de la aduana hasta llegar al muelle.

—Nos tratan como al ganado —decía indignada Pepita.

Soledad presentó su primo a Stolz. Los dos se miraron, se estudiaron y parecieron decidir que podían ser buenos amigos.

—¿Comeremos aquí? —preguntó Larrañaga.

—No; comeremos en el mismo barco —dijo Stolz.

Entraron en un vaporcito de ruedas, llamado el San Gotardo, y pasaron al salón, en donde se sentaron en una mesa. El salón era bajo, con el techo pintado de blanco y los sillones de terciopelo rojo. Stolz encargó la comida a una criada. Echó a andar el barco. Por las ventanas se veían pasar las pequeñas olas del lago, grises y verde claras y las gaviotas que seguían al vaporcito.

Stolz comió abundantemente y, como siempre, habló por los codos.

Pepita tenía mucho apetito. Después de comer tomó café, una copa y fumó dos o tres cigarrillos.

—Pepita está lanzada —dijo en broma Larrañaga a Soledad.

—¡Ah, sí! No lo sabes bien.

—Indudablemente, Pepita, tú no tiendes como Soledad y como yo al misticismo.

—¿Para qué?

—Es verdad. ¿Para qué?, para nada. La razón, probablemente, de nuestro misticismo, es la falta de apetito.

La travesía en el barco les pareció muy corta; Larrañaga y Stolz se hicieron muy amigos. Se definió cada uno a sí mismo con cierta fantasía.

—Yo soy, de corazón, católico, y de espíritu, *debrailleur* —dijo Stolz, riendo—. Nunca he podido poner un orden completo en mi cabeza. Usted me encontrará seguramente *confusionario*. Oscilo y vacilo en mis simpatías y tendencias, pero no creo que se pueda fundar una cultura sólida más que sobre el catolicismo.

—Yo tampoco tengo ideas muy acordes —repuso Larrañaga—; en política, por mis extremos, me siento anarquista y monárquico, y en religión, ateo y católico.

—Y en el medio, ¿qué se siente usted?

—En el medio, no me siento nada.

—¿Y por qué se siente usted monárquico?

—Yo creo que la Monarquía, sobre todo la casa de Austria, contribuyó en España a conservarla europea y a eliminar elementos semíticos

y africanos que, a la larga, la hubieran perdido.

—¿Y en qué momento se siente usted católico, en momentos de desgracia?

—No; generalmente, en verano.

—Hombre, en verano, ¿y por qué?

—Cuando estoy en un pueblo español y hace un calor sofocante y entro en la catedral, me encuentro tan fresco, tan a gusto, que el catolicismo me parece entonces muy sabio.

Stolz se echó a reír y dijo:

—Es un materialista.

—Yo creo que es un farsante —dijo Pepita.

Llegaron a Romanshorn, en la orilla suiza. Había salido el sol, el tiempo estaba claro, fresco; faltaba una hora para tomar el tren, y pasearon por el pueblo.

—¿Qué proyectos tenéis para Zurich? —preguntó Larrañaga a sus primas.

Ellas no sabían qué hacer, ni adónde ir. Stolz les recomendó que pasaran el verano en Saint Moritz.

—Allí pueden ustedes veranear sin tener calor. Más bien hace frío.

—A mí no me gusta tener frío en verano. Es cosa que me desagrada —dijo Pepita.

—Pues quédense ustedes en Zurich o vayan a Ginebra, o a Basilea. De todas maneras ya saben ustedes que me tienen prometido el ir a Berna. Me tienen que contemplar en mi gran sillón del Congreso.

—Sí, iremos a verle a usted —dijo Soledad.

—De todas maneras, tú no te separes de nos-

otras —indicó Pepita a Larrañaga—; le he escrito a papá que te necesitamos.

Tomaron el tren y, al comenzar la tarde, llegaron a Zurich.

Stolz les recomendó que fueran al hotel *Bauer au Lac,* cerca del lago. Tomaron un auto y fueron al hotel.

—¿Quién es este señor? —preguntó Larrañaga a Pepita, refiriéndose a Stolz, cuando se encontraron solos.

—Es un diputado suizo que hemos conocido en Viena y que nos ha acompañado después en Munich, ¿qué te ha parecido?

—Muy bien. Es un hombre muy simpático; tenéis, sin duda, suerte; yo no encuentro más que gente antipática en las fondas y en los trenes. Muchas veces renunciaría al viaje sólo por no ir en compañía desagradable.

—Yo no veo tanta gente antipática —dijo Soledad.

—A mí no me importa que los que vayan conmigo en el tren sean simpáticos o antipáticos —repuso Pepita.

—Eres más fuerte que yo; pero, apesar de lo que dices, se vé que das valor a la simpatía. Ahí está el caso de Stolz.

—Sí, doy valor a la simpatía desde el momento que tengo relación con una persona. Stolz es un hombre muy amable y probablemente muy bueno.

—Es de esos alemanes que, como decía Stendhal, no tiene el sentimiento del odio impotente.

—Bueno. Tenemos que hacer nuestro plan;

porque tú te quedas con nosotras. Papá lo ha decidido.

—Estaré encantado. Seré vuestro secretario.

—Más bien nuestro consejero.

—Consejero y padre espiritual. Eso cuadra perfectamente con mis inclinaciones.

VI

La verdad es que ninguno de los hombres actuales legitiman su fama en la Historia —dice Joe—. Los españoles, guerreros, crueles y conquistadores. A mí todo el mundo en España me parece pobre gente. Los alemanes, pensadores; la mayoría de las personas que se conocen en Alemania parece que no ha pensado nada en su vida; los italianos, grandes artistas, grandes ciudadanos, grandes condottieros, y cuando se pasea en una ciudad italiana, en vez de máscaras que recuerden a Miguel Angel, a Savoranola o a San Francisco, no se ven más que tipos insignificantes; los franceses, elegantes, aristócratas, y se ve la fotografía de un ministerio presidido por Clemenceau o Poincaré y, en vez de recordar un salón del tiempo de Luis XIV, se sospecha si será una junta de maestros de obras o de zapateros. Los americanos, en parte, son los que están mejor. No necesitan legitimar ningún pasado decorativo o glorioso, y, para haber nacido del detritus de Europa, tienen aspecto. Es posible que no tengan más que eso.

El tipo actual y la fama.—*Laz sorpresas de Joe.*

EXPLICACIONES DE PEPITA

Se habían instalado en una mesa del hotel Larrañaga y Pepita.

Soledad estaba en su cuarto.

—¿Vas a tomar te? —preguntó Pepita.

—No, no.

—¿Por qué?

—Es un cocimiento ridículo que me hace daño. Me perturba el corazón. De tomar algo, tomaría café; pero prefiero no tomar nada.

—Como quieras.

—Habéis vuelto pronto de vuestra excursión. ¿Es que nos os ha gustado Alemania? —preguntó Larrañaga.

—A Soledad, sí; a mí, muy poco —replicó Pepita—. Creo que preferiría vivir en cualquier lado mejor que en Alemania; sobre todo, que en Berlín y en el Norte.

—¿Por qué?

—¡Qué gente más pesada y más bestia! ¡Qué mezquinos! ¡Qué brutos! ¡Qué mujeres más antipáticas!

—A mí me parecieron, por el contrario, unas mujeres amables, guapas, blancas.

—No digas eso; a mí se me figura que están llenas de grasa.

—Y lo están. Una Venus está redondeada por la grasa animal; sino, parecería una figura de anatomía.

—¡Qué necedad! Ya empiezas a decir tonterías.

—No son tonterías. Es un hecho. Esos brazos blancos, esos senos de mármol, están producidos por la grasa animal bien colocada. No vayas a creer que esa redondez de formas viene del Espíritu Santo o de algo místico parecido, sino de un producto hidro-carbonado semejante al sebo.

—Bueno; déjanos de sebo ahora. Tenemos la mantequilla.

—¿Así, que Alemania clasificada entre los países antipáticos?

—Sí, muy antipático. Baviera y Austria ya son otra cosa.

—Hay que tener en cuenta que es un país desangrado y destrozado por la guerra.

—Yo creo que aunque estuviera en paz sería asqueroso. Esos alemanes son brutos, vanidosos, falsos, capaces de cualquier engaño.

—Sí, como todos los demás hombres.

—No sé; pero a mí me parece que el que un hombre moreno, pequeño, de ojos vivos, sea un pillo, no le puede chocar a nadie; pero que un señor alto, gigantesco, con el pelo de color de estopa, la cara triste y los ojos sin expresión, sea tan pillo como el otro, se le hace a una una cosa rara.

—El hombre es casi igual en todas partes: de mal fondo, y sólo a veces por un esfuerzo llega a sobrepasarse. Un español, por soberbia, puede hacer algo bueno; un francés, por amor al bello gesto; un cristiano, por sentimiento de

caridad. El alemán, entre los europeos, es tan vanidoso como el que más. Tiene su vanidad especial, distinta a la nuestra, pero la tiene. En alta situación, está bien; es entonado, un poco despótico, pero está bien. En baja, es vil con frecuencia.

—Luego, no tienen la menor cortesía. No se preocupan de hablar francés, aunque lo sepan; siguen con su alemán, sin hacer caso del extranjero. ¡Qué bestias!

—Eso es la consecuencia de la guerra.

—Luego, las mujeres, ¡qué ordinarias!, ¡qué antipáticas!, ¡con qué aire de superioridad! Dignas de ellos, naturalmente. Si yo fuera hombre, viviría mejor con una gitana que con mujeres así.

—¿Pero qué te ha pasado para estar tan furiosa?

—Pasarme, nada importante; pero he visto pequeños detalles que dan una impresión desagradable de un país. Por ejemplo, los hoteles. Es horrible. ¡Qué lucha más miserable y más desvergonzada por los cuartos! En Hamburgo, en Berlín, en Nuremberg y en otros pueblos salíamos a trompicones. La gente de la servidumbre se abalanzaba sobre nosotros. La criada, que gritaba que no le habían dado bastante; el señor del escritorio, que pedía su parte. Y dicen de los españoles. ¡El mendigo español tiene más dignidad que los señores de ahí!

—Son consecuencias de la guerra. Hay que tenerlo en cuenta. Además, que no se trata de dignidad sólo en la vida. Hoy habría que juzgar

de la raza alemana más por un suizo de Zurich que por un prusiano de Berlín.

—Parece mentira que tú, que eres un hombre de talento, hayas tenido simpatía por una gente tan desagradable y tan ramplona.

—Yo no soy árbitro de nada, chica.

—No quisiera vivir en Alemania aunque me pagaran. La gente huele mal.

—No seas exagerada.

—Sí, huelen mal. He estado en las iglesias de Alemania, y la gente tiene un olor como a queso y a cerveza, algo muy desagradable.

—Así, que no hay sólo el *fœtor judaicus,* sino también el *fœtor germanicus*. Quizá sea ésta una señal del pangermanismo, inventada por Odin. Schopenhauer dice con gracia que el buen Dios de los judíos, Jehovah, previendo en su sabiduría que su pueblo escogido sería dispersado por el mundo entero, dió a todos sus miembros, para reconocerse y encontrarse por doquiera, un olor específico: el *fœtor judaicus.*

—¿Y eso quiere decir?

—La pestilencia judía.

—Es extraño.

—¿El qué?

—Que también he notado que los judíos huelen mal. Estábamos en Francfort, en un hotel, con unas señoras judías que sabían español. Yo estaba al lado de un francés, y le dije: Aquí huele a algo sofocante, que no es perfume, y el francés, al oír mi observación, me indicó: No lo diga usted muy alto. Son las judías las que huelen así.

—¡Tiene gracia! ¿Así, que has hecho un viaje de observación olfativa por Alemania?

—Sí.

—Yo creo, y es muy desagradable recordarlo, que en todas partes la gente pobre y sucia huele mal.

—No, no; es distinto. En España, la gente pobre huele como a ropa vieja.

—El *fœtor hispanicus*.

—En Italia, como el ganado.

—El *fœtor italicus*.

—Y en Francia, como alcohol.

—El *fœtor gallicus*.

—Pero ahí, en Alemania, es un olor como a cuerpo sano muy desagradable.

—Veo que tienes un olfato muy agudo.

—No creía, la verdad, que yo pudiera sentir así antipatía por un pueblo. Los he tomado mucha rabia. Me ha parecido una gente indigna, sin delicadeza. Yo me harté de decirles en francés, no sé si me entenderían o no, que eran unos cerdos.

—Sí, realmente esos arios, tan ponderados, han quedado en la guerra, y después de la guerra, bastante bajo; luego, esa estafa colosal de los marcos, con que han engañado a todos los burgueses del mundo, ha sido extraordinaria. Es cómico, de lo más cómico que se puede ver. La burguesía de Europa, y América sobre todo, la de los países enemigos, que pensó de los alemanes: Esta es gente seria y honrada, que pagará y les explotaremos. Y los alemanes, que en el fondo de su alma se sienten lo que son, es

decir, capaces de cualquier granujada, preparando su estafa científicamente. Es admirable.

—¿Tú admiras a esa gentuza?

—¿Por qué no? Entre el que estafa y el estafador no se sabe casi nunca cuál de los dos es más canalla. No cabe duda que esta gente del centro de Europa es gente de poca dignidad, a veces sencilla, buena. Hay en ellos un fondo de vileza irreductible; pero, apesar de eso, tienen grandes cualidades.

—¿Crees tú?

—Me parece evidente. Para una mujer, y sobre todo para una española, un alemán actual tiene que ser antipático, y más después de la guerra, en que les ha pasado como a las rías en la marea baja, que quedan con todo el légamo al descubierto. Que los alemanes son toscos y torpes en la vida social. Es verdad. Todos los hombres lo son a su modo. ¿Es que aquí, en Francia, en Inglaterra o en España no lo son? Igual.

—No estoy conforme.

—En unos lados son más pesados; en otros, más vivos y crueles; en otros, más traidores; pero el hombre en montón es mal bicho en todas partes. Es lo que nos queda de la animalidad.

—Yo no puedo aceptar esa falta de dignidad.

—Pero la dignidad, como te decía, es una cosa relativa; cada país tiene la suya. Me choca que no comprendas eso. A ti te extraña que haya un hombre entre señoras capaz de pagar lo que ha tomado sólo él, aunque el gasto general sea una bicoca, y quedarse tan tranquilo, porque tú, como tienes un amor propio exage-

rado, pagarías, por quedar bien, lo que se ha tomado en tu mesa y lo de las mesas de alrededor. ¿Qué quieres? Cada pueblo tiene sus hábitos.

—Y ellos tienen los de la roña y la pedantería.

—Eso de la pedantería es lo de menos. Si se miran las cosas con malicia, es fácil ver en todo pedantería. Un amigo mío, suizo francés, en una estación de tren alemana, antes de la guerra, al ver que entraba y salía un magnífico tren a la hora en punto, decía: Es la pedantería alemana; lo mismo se podría decir delante de la Venus de Milo: Es la pedantería griega.

—Quieres defenderlos. ¿Te parecen bien esos edificios grandes que se ven allá?

—¿Que la arquitectura moderna de Alemania es fea? Es evidente. ¿Pero es que hay alguna arquitectura agradable en estos últimos años? La que parece regular, es porque disimula su falta de vida arrimándose a las formas antiguas. La arquitectura moderna es algo pestífero.

—Tú todo lo justificas.

—Es natural.

—Tú quieres creer que todos los pueblos y todas las gentes son iguales.

—No; lo que yo veo son condiciones buenas y malas repartidas.

—Un francés es, por ejemplo, más simpático que un alemán.

—Sí; es más simpático para un latino, más agradable en la calle; pero cuando se siente definidor y doctoral en su periódico o en su libro,

es muy pedante y muy incomprensivo. ¡Qué cantidad de necedades no han dicho, sobre ellos y sobre los demás, principalmente por petulancia! Hay que ver esas tonterías ridículas de Barres, que pone como tesis que una señorita francesa no se puede casar con un profesor alemán, aunque sea buena persona, porque esa señorita no es una muchacha como otra cualquiera, sino en un momento es la *France,* pronunciando esta palabra con énfasis y metiéndola en la nariz para mayor gloria de la *grand nation.*

—Tú eres anti-francés.

—Yo no soy nada. La masa alemana es mucho más neutra y más torpe que la de un pueblo latino; pero, de cuando en cuando, en esa masa sale un hombre que es el que más se ha enterado, el que más ha trabajado, el que ha puesto más energía y más genio en estudiar una cosa.

—¿Por ejemplo?

—Kant.

—No sé lo que hizo ese hombre.

—No es fácil tampoco explicarlo, porque yo no he llegado a comprenderlo más que parcialmente. Ese hombre es como el alma de la Europa culta, lo más alto que ha producido el mundo moderno en el pensamiento, una cima que probablemente nadie ya pasará.

—¿Y ese hombre era alemán?

—Sí, era alemán; aunque, en parte, de origen escocés. Era el hijo de un pobre sillero.

—Bueno; pues quitando esos hombres como Kant, los demás son unos marranos.

Lo rotundo de la expresión hizo reír a Larrañaga.

—¿Vamos a la terraza?

—Vamos.

* * *

Salieron del restorán y se sentaron en la terraza en sillones de mimbre.

—No comprendo tu indignación. Eres admirablemente injusta —añadió Larrañaga.

—Es posible. A mí es una gente que me ha hecho muy mal efecto. ¡Cómo hablan!, ¡cómo se conducen! Le convidan a uno y luego le hacen pagar. Ibamos en el tren hacia Berlín con un hombre grueso, desagradable, que comía ávidamente una salchicha blanca, fría. Parecía que estaba echando sebo a una máquina. Nunca el hombre me ha producido tanto asco. ¡Y ya ves tú! A mí, que no soy melindrosa, que muchas veces en Madrid he visto comer a los albañiles el cocido al sol y me han dado ganas de sentarme con ellos. ¿Y luego dormir? ¿Cómo pueden dormir así en pleno verano con un edredón sofocante? La verdad es que a gentes que usan un edredón así, hay que alegrarse que los hayan derrotado.

Larrañaga se echó a reír.

—Las camas de los alemanes son como ellos —siguió diciendo Pepita—, o echa una fuera el edredón y se hiela o se asfixia uno con ese peso.

—¿Pero en Munich estuviste bien?

—Sí; con Soltz y con un amigo suyo que no era alemán. Allí también encontramos una señora que nos echó a la cara algunas groserías sobre los españoles.

—Sí, eso no me choca. Los alemanes se creen en el centro del mundo, que lo saben todo. El austriaco es más simpático, más civilizado.

—La verdad, no comprendo por qué en España, los que os creéis sabios habéis decidido ser germanófilos.

—Yo no me considero sabio, puedes creerlo. No tengo más que desconfianza en las cosas suyas y en las nuestras. Cuando un español o un francés habla de los hombres y de las costumbres alemanas, desconfío, y cuando un alemán cree que juzga con justicia absoluta a los que para él son los decadentes pueblos latinos, me encojo de hombros. No nos podemos conocer.

—¿Por qué?

—Las costumbres y el idioma extraño, desconocido, producen ya un comienzo de antipatía en nosotros. No nos acostumbramos fácilmente a que los demás sientan y hablen de una manera exótica. Si nos pudiéramos entender íntegramente, las causas de la guerra habrían desaparecido, porque eso de que a uno le guste la lluvia y al otro el sol, que uno prefiera el aceite a la manteca y el otro la manteca al aceite, que uno crea que un sonido gutural es bonito y el otro crea que lo bonito es el sonido nasal, todos esos pequeños gustos e inclinaciones que tenemos opuestos a los del vecino hacen que lo veamos deformado.

—Siempre vamos a lo mismo. Según tú, no podemos enterarnos de nada. Unicamente podemos saber lo que pasa en nuestro espíritu.

—Y aun eso de una manera absoluta es difícil; pero yo lo que quiero decir, dentro de lo relativo, es que hay que ponerse un poco en guardia contra las primeras impresiones de un país extranjero, sobre todo si ese país, como Alemania, está humillado y derrotado, y en el preciso momento en que muestra todas sus miserias. El extranjero siempre para nosotros es algo muy obscuro.

—Sí, es verdad. El extranjero es una cosa terrible —dijo Pepita—. Una chica compañera mía de colegio, huérfana, que era un poco rara, se fué a Italia y ha andado allí como una perdida: ha tenido amores con los limpiabotas y los organilleros, y ahora ha vuelto a su pueblo y la han metido en una casa de salud.

—Estaría loca.

—Sí, es posible; pero los demás, ¿sabemos que no lo estamos?

—Tienes razón; no lo sabemos.

—El extranjero parece que nos saca de nuestras casillas.

—¡Ah, claro! Hay más libertad. No hay la presión de los demás y con facilidad echamos las patas por el alto. ¿Tu marido se ha sentido conquistador en Alemania?

—Sí.

—¿Y habrá tenido éxito?

—Sí; las mujeres valemos muy poco, chico —dijo, medio en serio medio en broma, Pe-

pita—. Hay excepciones, es cierto, como Soledad; pero la mayoría somos ridículas, egoístas, estúpidas, vanidosas, imaginándonos siempre que el hombre que nos mira por capricho o por diversión es un héroe, sobre todo si es guapo. Somos completamente tontas.

—¡Bah! Igual que los hombres. Nosotros también somos egoístas, estúpidos y vanidosos; también creemos que una mujer que nos gusta, porque tiene los ojos azules o negros, es un ángel. Son los mismos espejismos sexuales y fuera de esos espejismos sexuales no hay más que frialdad, bruma y ceniza.

—¿Tú crees?

—Nada más.

* * *

—¿Y tu marido se dedicó a todas o tuvo alguna preferida?

—Ultimamente estuvo enredado con una holandesa.

—¿Guapa?

—¡Psh!

—¿Y estaba muy entusiasmado?

—Sí; por vanidad. Se pavoneaba de orgullo.

—¿Y ella?

—Ella perdió la chaveta en seguida. Inmediatamente entabló con Fernando una serie de señales y sonrisas que a Soledad y a mí nos parecieron muy desvergonzadas. Fernando la en-

contraba distinguidísima, y discutíamos, porque a nosotras nos parecía una fregona. Al último, por motivo de un abrigo cambiado, comenzaron a hablar.

—Y esto, ¿dónde ocurría?

—En Dresde; luego, continuó en Viena.

—¿Y esa holandesa era casada?

—Sí.

—¿Joven?

—No mucho.

—¿Vistosa?

—Sí; muy llamativa, con muchas joyas. A mí no me hacía gracia.

—Lo comprendo; pero parece que a tu marido le ha hecho mucha.

—¡Uf! Esa mujer le ha cambiado. De roñoso lo ha hecho espléndido; todo le parecía poco para ella; los dos se entendieron delante de su marido y de mí con un cinismo terrible. Buscaban en los hoteles cuartos que se comunicasen, creyendo sin duda que una era tonta. Así, que he pasado algunos días rabiosa en esos cafés con orquesta de las ciudades de Alemania. Todos los días la tabarra de la música. Un violinista que se lucía con sus contorsiones ante el público y si alguno se ponía a hablar le siseaban. Mi marido, echándoselas de Don Juan con la holandesa; el holandés, hecho un estúpido, pidiendo todas las cosas imaginables para hacérselas pagar a Fernando; Soledad, soñando no sé en qué, y yo, rabiando como una loca.

—¿Y el marido de la holandesa?

—El marido, nada: un cero a la izquierda.

—Un hombre... consentido.

—El marido está enfermo, y yo creo que le ha dado a su mujer carta blanca para que se divierta.

—Pues, nada: tú tendrás que pedir también carta blanca.

—Mi marido no está enfermo.

—Ya cogerá alguna cosa, aunque sea un catarro.

—¿Tú te alegrarías?

—No; lo sentiría por ti.

—¿Por él no?

—Ya comprenderás que si hubiera una epizootia de los maridos, no sería yo el que me sacrificaría por ellos.

—Ya lo sé. Tú no te sacrificarías por nada.

—¡Quién sabe! Por ti, quizá; por tu marido, no. Me es indiferente.

—¡Muchas gracias! Eres muy fresco.

—Tengo la temperatura normal.

—No; mi marido no me daría carta blanca, aunque tuviera...

—La encefalitis letárgica.

—Ni aun con eso.

—Cuando hay motivos, sino le dan a uno la carta blanca, la toma.

—¿A beneficio de los amigos y de los primos?

—Yo no pretendo nada, chica. Soy un asceta.

* * *

Se callaron, contemplando una balandra que venía por el lago.

—¿Y Viena y Munich, os gustaron? —preguntó Larrañaga.

—Sí, son pueblos hermosos; pero, sobre todo en Munich, ese vaho de la música y de la cerveza me apesta. Odio tanto la música como la cerveza.

—A mí me pasa algo parecido. La música me da un poco de terror. Es como una puerta obscura por donde no me decido a entrar. Es algo como un corredor que conduce a un pantano. Esta excitación sin objeto no me gusta del todo. Es como el opio para esta gente fuerte y brutal del centro de Europa. Esos hombres, como los alemanes, acostumbrados a la música y a la cerveza, no pueden tener individualidad. No pueden servir más que para ser empleados o soldados; es decir, para obedecer. Ellos están acostumbrados a la obediencia. El hombre que ha obedecido ciegamente, que se ha acostumbrado a ello, no puede ser un espíritu amable ni filosófico. Está ya empequeñecido, achicado. En cambio, cuando uno vive con ideas claras, con nociones claras, parece que el espíritu se va afianzando por momentos y pierde uno el sentimiento de masa y piensa que uno debe contar sólo consigo mismo.

—A mí este viaje me ha quitado las ganas de viajar —dijo Pepita—; ya veo que a mí los pueblos no me interesan nada; viajar como turista no me hace ninguna gracia. A mí me gusta más hablar con la gente,

—Es natural. Eso de viajar es para otra clase de personas, para gentes sin complejidad psicológica.

—Sin embargo, dicen que los viajes enseñan.

—Sí, hay una pequeña cultura del viajar y del saber dos o tres idiomas. Es una cultura muy ínfima. Hay gente que supone que a cada traqueteo del tren, o a cada balanceo del barco, el hombre debe irse sublimando. No creo que se pueda aprender gran cosa viajando más que algo muy superficial. Esa ciencia de unas cuantas cosas prácticas no tiene valor ninguno. Si el máximum del conocimiento fuera saber dos o tres idiomas y andar en el tren, todos los que tienen algún dinero serían sabios en poco tiempo. Viendo pueblos se adquiere una cierta cultura; pero es una cultura de viajantes de comercio, de intérpretes y de cocottes que saben decir cuatro o cinco frases en cinco o seis idiomas diferentes.

—Pero el viajar para los sabios debe ser muy importante.

—No creo. Ese Kant de que hablábamos antes no viajó nunca. No tuvo necesidad de salir de su pueblo para ser el más gran filósofo de los tiempos. Sócrates no salió de Atenas. El viajar parece servir de adorno para los ricos y para los desocupados; para un hombre de pensamiento fuerte, creo que el viajar no le da nada.

—Sin embargo, a algunos les tiene que sugerir ideas...

—Sí, es verdad. Al que cambia espiritualmente con el paisaje, le puede convenir viajar; al

que no cambia nada, no le servirá de gran cosa.

—¿Tú cambias?

—Creo que muy poco. En el Ecuador o en el Polo sería lo mismo.

—Bien. Vámonos. Yo creo que no voy a bajar a cenar.

—¡Entonces, adiós!

VII

Algunas muchachas jóvenes dan una impresión tan fugar como sino se apoyaran ni en el suelo ni en la realidad. Su vida no hunde su raíz robusta y fuerte en el fondo de la tierra. En ellas parece como si la Naturaleza se hubiera entretenido en dibujar siluetas tenues y puras.

Las muchachas jóvenes.—*Croquis sentimentales.*

LA VERSIÓN DE SOLEDAD

Al día siguiente, por la mañana, desayunaban en el restorán del hotel Soledad y Larrañaga.

Soledad y Larrañaga charlaron mucho.

—Pepita me ha contado lo que le ha ocurrido con Fernando —dijo Larrañaga—. Ya sé que

ella no miente; pero podía engañarse. ¿Tú crees que él tiene toda la culpa?

—Sí, él. Este viaje nuestro por Alemania ha sido un verdadero desastre. Desde que salimos de París, Fernando y Pepita comenzaron a reñir. Yo terciaba para arreglarlos, pero no era posible. Fernando reprochaba a Pepita que tenía mal genio, que era caprichosa, y Pepita reprochaba de lo mismo a Fernando.

—¿Y hasta entonces no se habían dado cuenta de eso?

—No.

—Se conoce que, al encontrarse en el extranjero, en el uno y en el otro brotó un carácter inédito, que aún no se había manifestado.

—La primera riña que tuvieron fué por cuestión de dinero. Fernando decía que había que llevar la cuenta de todo.

—Es el practicismo del comerciante. ¿Y Pepita?

—Pepita decía que ¿para qué? Sacamos veinte, treinta, cuarenta mil pesetas de casa —añadía—: ¿Qué importa que las gastemos en trenes, en autos, en teatros o en cenas? Cuando se nos vayan acabando, volveremos. Fernando decía que no; que había que saber cómo se gastaba. Con este motivo se dijeron cosas muy agrias. No sigáis así, les decía yo. Estáis envenenándolo todo.

—¿Apesar de tus recomendaciones, siguieron?

—Sí, siguieron. Yo al principio no sabía si Pepita o Fernando contribuían a que la estancia

en Alemania nos pareciera aburrida y fastidiosa. Ya no sólo no se entendían, sino que no querían entenderse. Si él decía negro, ella, blanco; si ella quería ir por la derecha, él, por la izquierda. Yo no comprendo por qué tuvieron esa rivalidad y después esa envidia. Hasta entonces, Fernando había celebrado las ocurrencias de Pepita, su gracia y sus habilidades; pero desde que salieron de Bilbao todo esto se cambió en antipatía y en odio. Fernando consideraba natural el ser tiránico como una prerrogativa de su posición.

—En esa situación, lo mejor que hubierais podido hacer era ir cada uno por vuestro lado.

—Sí, claro. Fernando se aburría acompañándonos a nosotras e impedía que nos distrajéramos. Aunque yo quería entretener a mi hermana, Pepita estaba de mal humor y no me prestaba atención.

—¿Y Fernando, lo mismo?

—Igual; por el estilo. Una de las ideas que más le mortificaban a Fernando era el pensar que este viaje, que nos estaba costando tanto, y en el cual habíamos puesto tantas ilusiones, terminaba siendo una cosa aburrida y desesperada. Muchas veces nos dejaba solas para no seguir riñendo con Pepita, y se iba a leer los periódicos franceses.

—¿Y vosotras, no teníais éxito?

—Sí; Pepita, mucho.

—Y tú también.

—También. Algunas veces nos siguió por las calles un señor ya viejo, y en Berlín fué detrás

de nosotras un chino. ¡Qué risa! Cuando entrábamos a merendar en alguna pastelería o casa de te, los hombres de las mesas de al lado, si nos oían hablar español, sonreían y hablaban de la ópera *Carmen*. Esto nos divertía y nos hacía reír.

—Apesar de esto, la impresión de Alemania fué mala.

—A mí me gustaba; pero el mal tiempo, las riñas constantes le quitaban a una el humor. Yo le decía a Pepita: Para esto, vale más que volvamos; pero la idea de haber fracasado en el viaje, le detenía.

—¿Y no íbais al teatro?

—Sí, por la noche, hemos ido al teatro; generalmente, a ver revistas y bailes de gran espectáculo, y algunas veces al cinematógrafo.

—¿Y en Viena estuvisteis mejor?

—Al principio, sí; pero luego vino la riña grande.

—¿Por la holandesa?

—Sí.

—¿Y qué clase de mujer es?

—Es una mujer casada. En Dresde conocimos este matrimonio holandés, sin hijos, que viven en la Argentina y hablan español.

—¿Cómo se llaman?

—El apellido del marido es Van Leer.

—¿De qué pueblo son originarios?

—De Amsterdam o de algún pueblo de al lado.

—No los conozco; no he oído hablar de ellos. ¿Qué tipos son?

—Ella es una mujer de más de treinta años. Pepita decía que de más de cuarenta, pero yo no lo creo. Tiene la cara redonda y sonrosada, los ojos azules, el pelo rubio, la nariz corva y la boca fresca.

—¿Una mujer un poco tipo de Rubens?

—Sí.

—¿Viste bien?

—Muy bien.

—Sigue. ¿Y qué pasó en Viena?

—Yo no me había enterado de nada; pero veía siempre a Pepita callada. Algo le pasa, pensaba. Cuando aparecieron los Van Leer en nuestro hotel de Viena, yo no advertí sino que Fernando estaba cada vez menos amable y más antipático con su mujer. Como sabes, Pepita baila bastante bien y, como tiene una figura tan bonita, llama siempre la atención. Una noche salió a bailar en el hotel, y Fernando, al volver, le dijo agriamente que no debía hacerlo, porque se ponía en ridículo. Yo pienso que se lo decía por envidia.

—¿Crees tú?

—Sí; él es incapaz, como yo, de ponerse a bailar en el salón de un hotel, y, además, le molestaba, no sé por qué, que admiraran a su mujer delante de la holandesa. A Fernando le hubiera gustado saber bailar, lucirse; pero no se atrevía, y cuando bailaba ella, se ponía de mal humor.

—¿Y Pepita qué hizo con la reprimenda?

—Se puso furiosa; le brillaban las lágrimas en los ojos de rabia.

—¿Y el coqueteo de la holandesa y de Fernando siguió adelante?

—Sí, cada vez más claro, y yo me alarmé. Fernando acompañaba a todas horas al matrimonio holandés. Se veía que los del hotel se habían dado cuenta y sonreían en cuanto los veían llegar, y nos miraban a nosotras. Algunos tenían palabras de conmiseración por Van Leer y por Pepita, y se extrañaban de que el marido abandonase a mi hermana siendo tan joven y tan agradable. A Pepita y a mí nos producía una gran vergüenza y una gran indignación lo que estaba pasando. Yo hablé a Fernando y él contestó que eran tonterías; que la holandesa era una señora amiga, y nada más; que nosotras mismas habíamos dicho repetidas veces que en cada sitio había que hacer lo que hacían los demás, sin extrañarse.

—¿Y la holandesa, qué actitud tenía?

—Muy descarada, muy provocativa.

—¿Y tú qué hacías, pobre?

—Pues yo pasaba unos días muy tristes y muy desagradables. Salía sola, y en cuanto llegaba a una plaza con árboles, me sentaba en un banco y veía jugar a los chicos.

—¿Y cómo terminó esta cuestión?

—La cosa iba poniéndose cada vez peor. Los holandeses habían cambiado de hotel. Fernando se decidió a no vernos, y hubo días que no se presentó a la hora de comer ni a la de cenar. Aquellos días casi no veíamos a Fernando. Este entraba en el hotel a cambiarse el traje, a ba-

ñarse y a perfumarse, y casi no nos dirigía la palabra. Pepita aquellos días no salió de su cuarto; estaba ensimismada, muy callada incluso conmigo; muchas veces parecía muy alegre y decidida y luego se quedaba pensativa y seria. Indudablemente, estaba vacilando en el momento de decidirse por algo. Una de las noches estaba yo en el cuarto de Pepita. Ella me había dicho horrores del marido. Yo, como sabes, he defendido siempre a Fernando; pero en esta ocasión no encontraba argumentos. Estábamos las dos, yo distrayendo a Pepita, cuando aparece Fernando, que venía a vestirse de etiqueta para ir a no sé dónde. Tuvimos una escena borrascosa entre los tres y ella le levantó la mano.

—¡Demonio!

—Afortunadamente, en aquel momento entró un criado a traer un telegrama. Luego ella le dijo que ya estaba cansada de aguantarle, y que, como no le quería, lo mejor era que se separasen. El contestó, de una manera grosera y desdeñosa, que todo le tenía sin cuidado. Muy bien; mañana mismo nos vamos, dijo Pepita. El, sin duda, no esperaba esta decisión, e hizo como que no le importaba y se marchó. Nosotras preparamos nuestros equipajes, sacamos dinero de un Banco y nos largamos. Fernando debió quedar asombrado y muy disgustado, porque teme a mi padre y piensa que tendrá que dar explicaciones.

—¿Y tú crees que se arreglarán Pepita y Fernando?

—No sé; lo veo muy difícil. Conozco a Pepita, y es de las que no perdonan.

—Sin embargo. ¿Quién sabe?

—Sería de desear que se arreglaran —terminó diciendo Soledad—; pero me temo que, por ahora al menos, no se arreglen.

SEGUNDA PARTE

REMANSO

I

El lago suizo es una de las bellezas de paisaje más clásicas de Europa: el agua, azul transparente; los montes de alrededor, blancos de nieve; las velas, desmesuradas, como velas latinas de las barcas, y las gaviotas en las orillas le dan una gran prestancia. Hay una poesía francesa —ha pensado Joe— que tiene algún paralelismo con los lagos suizos: es el Lago de Lamartine.

El Lago de Lamartine es el más perfecto de los lugares comunes, escrito en francés, que es el idioma propicio para los lugares comunes. En el lago lamartiniano no choca ni una idea, ni una frase; todo se espera; no hay nada nuevo, ni nada raro, ni nada inarmónico. El Lago de Lamartine es un poco el Lago Suizo de la poesía, y el Lago Suizo, el Lago de Lamartine de la Geografía.

A la mañana siguiente, Larrañaga se levantó temprano, paseó a orillas del lago y preguntó en el desembarcadero de los barcos de vapor, cerca del establecimiento de baños, si alquilaban lanchas de gasolina. Le dijeron que sí.

Después de dar una vuelta por el pueblo, volvió al hotel. Pepita estaba ya levantada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pepita.

—Si quieres, daremos una vuelta por el lago en lancha.

—Muy bien.

—¿Vendrá con nosotros Soledad?

—No; me ha dicho que está cansada, que no quiere salir.

—Entonces, vamos.

Fueron al muelle de Utoquai, tomaron una lancha en la orilla del Limmat y salieron al lago. Llevaban un mecánico de timonel.

—Es bonito este lago —exclamó Larrañaga.

—Sí; pero los lagos no me gustan tanto como creía que me iban a gustar.

—Has venido de Alemania con un espíritu crítico exagerado.

—¿No parece esto un poco cromo?

—Sí, claro que parece. El cromo es una degeneración del paisaje bonito. Esto es lo sublime para el buen burgués.

O lac! l'année à peine a fini sa carriere
et près des flots chéris que'elle devait revoir.

—¿Qué es eso? ¿Qué recitas?

—El Lago de Lamartine. ¿Tú no aprendiste esos versos al comenzar a estudiar el francés?

—No.

—Pues a nosotros nos los enseñaba un señor que nos tenía media hora con la boca como un pez para poder pronunciar la u francesa. El no había visto ningún lago, pero sentía entusiasmo romántico por todos ellos. Era un lakista inconsciente. Otro lakista era un piloto compañero mío, manchego. Ahora ya se hacen marinos gente de tierra adentro. Este marino solía cantar una canción que él creía ideal, y que comenzaba así:

En un delicioso lago
de verde y frondosa orilla,
en una frágil barquilla,
una tarde me embarqué.

Creo que esta canción estaba hecha pensando en el estanque del Retiro. El manchego la cantaba en el mar y se conmovía. Se conoce que necesitaba poca agua para conmoverse. La mucha agua no le hacía efecto.

—¡Qué tonterías me cuentas!

—Son comentarios, mejores o peores. Habla tú si mis comentarios te aburren.

—Esos grandes montes nevados me fastidian.

—Veo que no eres una aria, chica —dijo Larrañaga.

—¡ Pse ! No me importa nada.

—Lo creo.

—Y tú, ¿qué haces ahora ?

—¿ Cómo qué hago ?

—Sí ; ¿en qué te ocupas ? ¿ Pintas ? ¿ Lees ? ¿ Escribes ?

—Yo fantaseo, desvarío. Esto me entretiene. Creo que voy camino del misticismo.

—Del misticismo, ¿ por qué ?

—Porque no me ocupo de las cosas, ni de las gentes. He ido dejando morir los gérmenes de la ambición y de la vanidad, y creo que ya se han muerto ; pero he perdido al mismo tiempo una gran curiosidad por la gente.

—Es la consecuencia de la dieta.

—Es posible. Estoy convencido de que somos todos islas inabordables, con acantilados cortados a pico. Cuando alguien me cuenta sus asuntos íntimos, yo finjo interesarme ; ahora, cuando en un momento de ilusión empiezo a hablar de mis cosas, noto en seguida la indiferencia en mi interlocutor, hasta el punto de que corto rápidamente mis confidencias y pienso : Ahora también me he equivocado.

—¿ Así que, según tú, no nos interesamos uno a otro ?

—Muy poco, o casi nada. Somos espiritualmente impermeables. Solamente el interés y la vanidad pueden unirnos.

—¿ Y entre el hombre y la mujer pasa lo mismo, según tú ?

—No; entre el hombre y la mujer hay otros intereses y la posibilidad de fundir dos egoísmos en uno. Eso es ya distinto.

—Sea por lo que sea, si hay esa posibilidad, ya es algo.

—El motivo tiene mucha importancia; dos acciones iguales se pueden hacer por motivos diferentes, la una por bondad y la otra por maldad.

—¡Qué cosas de cura tienes!

—El hombre generoso, de buenas intenciones, es verdaderamente raro. Yo conozco alguno y, naturalmente, lo estimo mucho por su rareza. La mayoría es gente envidiosa, atravesada, embustera. Un amigo mío de Bilbao, que no veía más que gentes de mala intención, me dijo una vez: He encontrado el mirlo blanco: es un médico de pueblo que, hablando de un compañero de Bilbao, me ha dicho que es un gran médico, hombre de ciencia profunda, que cada día aumenta. Me ha chocado su buena opinión y su buen deseo. Luego he sabido que el médico de pueblo está enfermo y que ha ido a consultar con el médico sabio.

—Yo no sé si es verdad o no tu mala opinión de la gente y del prójimo, pero es cosa que no me hace gracia —dijo Pepita.

—¿Qué quieres? Yo no soy optimista. Intento ver las cosas como son. Hay una época en la vida en que el prójimo nos molesta porque es nuestro rival; luego, ya cuando perdemos esta idea de la rivalidad, más que por otra cosa porque no aspiramos a nada, comprendemos

que el prójimo, como uno mismo, no es un ejemplar raro, sino un ejemplar vulgar y corriente de una edición de millones.

—Sí; todos iguales, pero todos distintos, como las hojas de los árboles.

—Es verdad.

* * *

Se habían alejado bastante y Pepita dijo que quería ya volver al hotel.

—Bueno. Volvamos.

Larrañaga se tendió en la lancha y se puso a mirar arriba. Una nube de mármol avanzaba en el cielo e iba sombreando el inmenso anfiteatro de montes nevados.

—Esta cantidad de aire azul, esa nube blanca, me producen como una borrachera.

—Bueno; levántate, no te vayas a dormir.

Larrañaga se levantó.

—El mecánico de la barca debe creer que estamos locos —dijo Pepita.

—Nuestra barcarola le debe parecer absurda.

Bajaron en Utoquai y fueron al hotel.

Soledad estaba en su cuarto, haciendo sus arreglos y escribiendo cartas, que era lo que a ella le gustaba.

II

Hay quien cree que la mentira no ha de ser eterna. Es una afirmación un tanto sospechosa —piensa Joe—. El caso es que por ahora el mundo de los charlatanes vive con la misma fuerza de siempre. Cuando no los hay en la religión, los hay en la política, en la literatura, en el arte y en la ciencia. Así vamos saltando del cubismo al expresionismo, del psico-análisis a la metapsíquica. Es decir, de farsa en farsa y de mixtificación en mixtificación.

Los Charlatanes.—*Fantasías de la época.*

GENTE DESARRAIGADA

Después de comer, Stolz solía aparecer con frecuencia en el hotel, charlaba un rato e iba con Larrañaga a un café.

En el café se reunían varios amigos de Stolz,

entre ellos un químico, Lenz, y un médico especialista en enfermedades nerviosas, el doctor Haller. Stolz se los presentó a Larrañaga.

Tanto el químico como el médico tenían poco tiempo de esparcimiento. Poco después de comer iban a su trabajo. A veces, Larrañaga y Stolz los encontraban al anochecer y daban un paseo con ellos.

Lenz había sido hasta hacía poco jefe de los comunistas de la ciudad. Uno de los días, en su paseo, vieron la tumba de Lavater. Stolz contó que Lavater hizo en su tiempo algunas observaciones fisiognómicas sobre la cara de los zapateros de Zurich, que a éstos se les antojaron malévolas. Los zapateros se reunieron y reclamaron del parlamento del cantón, y Lavater tuvo que dar explicaciones por escrito y hasta pedir perdón a los respetables ciudadanos de la lezna y del tirapié, ofendidos sin duda porque no les habían encontrado guapos.

—Fué éste uno de los más señalados triunfos de la democracia suiza —dijo con sorna Stolz.

El químico dió la razón a los zapateros.

El químico era un hombre alto, pesado, vestido de claro, muy pagado de sí mismo y de sus cosas. Sin duda se creía hombre importante.

—Este amigo mío —dijo Stolz a Larrañaga— tiene ideas contrarias a las mías. Es comunista y ha estado no hace mucho en Moscou a ver a sus amigos los bolchevikis, pero no ha vuelto muy satisfecho de ellos.

El químico confirmó las palabras de Stolz; habló con rabia de Trotsky, a quien había cono-

cido primeramente en Zurich y a quien había prestado algún dinero. Luego, al ir a Moscou, al querer verle en el Kremlin, había tenido grandes dificultades, y al último pasó escoltado por guardias rojos y pudo hablarle un momento, en una gran habitación: en una esquina, Trotsky, cercado de gente, y en la otra él, vigilado por cuatro soldados. Sin duda estas precauciones se tomaban para impedir un atentado.

—Es un judío cobarde —dijo con rabia el químico.

—¿Pero se puede creer que un hombre que ha intervenido directamente en una revolución como la rusa, tan sanguinaria, sea un cobarde? —preguntó Larrañaga.

—Sí, yo creo que sí —contestó Stolz—. Crueldad no es valor. En el mismo Napoleón se daban momentos grandes de cobardía.

—Pero ese Trotsky debe ser inteligente.

—Tiene esa inteligencia mecánica, astuta, muy común en el judío. Sabe que los que le rodean no valen nada, y muestra la soberbia y la impertinencia propia de su raza. Ante un hombre fuerte de verdad, ante un Bismarck, no sería nada.

El químico se despidió, porque tenía que reunirse con su mujer.

—Es un socialista despótico como pocos —dijo Stolz, refiriéndose al químico.

Stolz y Larrañaga volvieron al hotel y acompañaron a Pepita y a Soledad.

* * *

Stolz recordó a Larrañaga que al día siguiente tenían que ir a comer a casa del doctor Haller. Invitó también a Pepita y a Soledad, pero éstas se excusaron. Las dos habían conocido al médico, pero no le encontraron muy simpático.

El doctor Haller era hombre de treinta a cuarenta años. Tenía el aire duro, la barba roja, en punta, la mirada irónica, los ojos pequeños y la expresión burlona, que a veces llegaba a ser mefistofélica.

Era un pequeño drama de familia el del doctor Haller. Este médico alemán vivió en Rusia hasta la caída de la monarquía, y al huir de allí, por la revolución, se estableció, primero en Stuttgart, y luego en Zurich. En San Petersburgo, antes de la guerra, se casó con una muchacha de buena familia y tuvo dos hijos.

Al estallar la revolución huyeron de Rusia. La suegra de este médico alemán no quiso salir de su país y quedó en San Petersburgo arruinada y vivió durante la revolución en la mayor miseria. Después de cinco o seis años de penalidades y de apuros, pudo salir de Rusia y llegar a Alemania.

La vieja rusa, al saber que su hija y su yerno vivían en Zurich, se decidió a reunirse con ellos. Soñaba con sus nietos; pero se encontró con que sus nietos, lo mismo el chico que la chica, eran de ideas y de tipo completamente suizos alemanes.

La vieja señora no podía comprender transformación semejante. Los chicos no querían saber ruso; preferían aprender el francés y el in-

glés. Es más: a la lengua rusa la tenían odio.

La razón de su hostilidad fué que al comienzo de su estancia en Alemania, en Stuttgart, el chico, por decir entre los colegiales condiscípulos suyos que su madre era rusa y que él aprendía este idioma, tuvo que reñir y sufrir los golpes de los condiscípulos, que miraban al hijo del médico, por su calidad de semi-ruso, como enemigo de los alemanes.

—Tú eres una traidora a tu patria —decía la vieja rusa a su hija—. Tus hijos son alemanes. Yo no les quiero. Los considero como enemigos.

—Pero, ¡qué absurdo! Son hijos de un alemán, ¿cómo no van a ser alemanes?

—La abuela es estúpida —parece que decían los nietos—; no comprende nada de lo que pasa.

Poco después de la suegra del doctor, se presentó en la casa de Zurich un joven de la familia, Sergio, que había sido oficial en el ejército rojo.

Sergio era primo de Frau Haller.

Era un muchacho alto, rubio, con los ojos torcidos y el pelo de color de lino.

El ex-oficial se dedicó en Zurich exclusivamente a cuidarse, a bañarse y a perfumarse.

—¿Pero es que no piensas hacer nada? —le preguntó Frau Haller a los dos meses de tener en casa a su primo.

—¡Qué voy a hacer! —contestó él con asombro.

Haller, al hablar de Sergio, del primo de su mujer, sonreía con aire mefistofélico.

Esta convicción del joven ruso, de que no tenía que hacer nada, le producía al doctor risa burlona, que a veces se convertía en carcajadas.

El joven Sergio no se daba cuenta de que su prima, el doctor y sus hijos se reían y le miraban con asombro. El no se preocupaba; salía de casa, veía las tiendas elegantes, escribía cartas de amor y pedía a su prima, Frau Haller, algún dinero para comprar una corbata o perfumes. Luego leía los periódicos y tocaba el piano. Sergio no recordaba tampoco hechos ocurridos en la revolución rusa; para él eran cosas desagradables, de las cuales no había que hablar.

Larrañaga fué con Stolz a casa del médico y conoció a la familia. La vieja rusa, vestida de negro, con un cuello blanco, tenía aspecto de abadesa. Sabía, en francés, frases de cumplimiento, y dirigió alguna de éstas a Larrañaga. La mujer del médico era mujer guapa, y los hijos, muy arrogantes, de aspecto sano e inteligente.

El primo Sergio, el ex-oficial del ejército ruso, se ocupaba mucho de la comida, de las botellas y de que no faltara el vino. Era un joven sonriente para quien la vida en Zurich debía ser muy agradable.

La vieja rusa no se sentó a la mesa. Según dijo la mujer del médico, Frau Haller, su madre, al saber que Larrañaga era español, dijo:

—Si es español, no le gustará la comida.

—¿Y por qué? —preguntó Larrañaga.

—Según ella, los españoles comen principal-

mente nidos de golondrina y beben limonadas.

—En lo de los nidos de golondrina hay una pequeña confusión de los españoles con los chinos —replicó Larrañaga—. Parece que su madre confunde el Occidente con el Oriente.

—No haga usted caso —dijo la chica—; nuestra abuela no dice más que tonterías.

* * *

Después de comer, Stolz, Larrañaga y Haller pasaron al despacho del médico. Los hijos del doctor y el oficial ruso se fueron.

Este despacho, a medias biblioteca, era un salón con muchos libros, cuadros, paisajes, grabados de Holbein, algunas butacas cómodas y una estufa de porcelana.

El despacho comunicaba con otro, que era, principalmente, laboratorio, y que tenía armarios, mesas de cristal y una porción de aparatos desconocidos para un profano: círculos, trípodes, metrónomos, pantallas blancas colocadas sobre una mesa, letreros, dinamómetros y esfigmógrafos.

Mientras charlaban y fumaban en la biblioteca se presentó Frau Haller.

—Me ha preguntado mi madre —dijo a Larrañaga— si ha comido usted; le he dicho que sí, y entonces ella me ha asegurado que no debe usted ser un español castizo, sino adulterado por la vida en el extranjero. Según ella, los es-

pañoles son muy extravagantes y caprichosos. Visten capas blancas, unos sombreritos redondos, comen aceitunas, chocolate y nidos de golondrina, y se pasan la vida dando serenatas, tocando la guitarra y escribiendo cartas de amor.

—Sí, quizá antes fuera así —dijo Larrañaga—; pero hemos debido degenerar.

Larrañaga preguntó al médico si su suegra hablaba de lo visto por ella en la revolución.

—No habla nada, ni de los sucesos de la revolución ni de la guerra. Así defiende su personalidad con el olvido, pero le quedan en la imaginación ideas de esa época turbulenta. Un día que mis chicos y sus amigos metieron ruido jugando, salió ella alborotada, gritando: ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? Luego dijo que había temido que los comunistas asaltaran la casa.

—¿Y qué hace? ¿En qué se ocupa?

—No hace nada. Metida en su rincón vive sin querer enterarse de lo que ocurre a su alrededor. Pasa los días alimentándose de huevos y de leche. No quiere comer con nosotros, porque dice que la comida alemana no le gusta, y, como no sabe guisar, se contenta con esa alimentación ligera, que, por otra parte, le conviene. Es un caso de restricción mental muy curioso. Aquí no hay nada que ver, según ella. Mucho más bonitos que los lagos de Suiza los hay en Rusia. Los Alpes no son ni siquiera altos. En Rusia está todo lo mejor, y así se pasa la vida leyendo algunos libros y pensando en qué reformas habrá que implantar en Rusia cuando se

haga la restauración. A veces toca el piano y canta, y esto lo hace muy bien.

—¿No tiene rarezas?

—Ha tenido una época de perturbación mental; creía que había una confabulación del mundo entero contra los rusos, que los judíos la espiaban y en los periódicos encontraba noticias ambiguas que se referían a ella. También suponía que en las casas de enfrente se hacían señas los bolchevikis, poniendo o quitando ropas de los balcones; pero todo esto se le va pasando.

* * *

Interrumpió la conversación la llegada de un médico militar, también alemán, el doctor Praetorius.

Este, ya retirado, era viejo. Había estado en distintos frentes durante la guerra, y habló de la diferente resistencia de los soldados para el dolor y las fatigas.

En la gran guerra se había notado de una manera curiosa la diferencia de las razas y de la cultura.

En los franceses era en quienes más efecto hacían las noticias, buenas o malas, y entre los combatientes ellos vivían con mayor pasión la guerra; los alemanes, después de heridos, la mayoría mostraban cierta insensibilidad y perdían sus condiciones agresivas; los italianos se sentían unos muy deprimidos y otros muy irasci-

bles; los árabes mostraban una dureza y una indiferencia extraña, y los judíos, supuestos hermanos de raza de los árabes, se manifestaban histéricos y a veces de una cobardía pueril. Los más brutos, los más feroces, según él, eran los búlgaros y los servios.

—En esta guerra se han hecho tales horrores en los Balcanes, y sobre todo con tal delectación —dijo el médico viejo—, que se puede tener la seguridad de que el hombre no se hará nunca un tipo suave y dulce.

Después se habló de los resultados de la guerra.

—¡Qué miseria espiritual la de esta guerra! —afirmó Haller.

—Horrible —exclamó Larrañaga.

—¡Qué pobre esta revolución alemana!

—Pobre y mezquina —dijo Haller—. Toda esta época de la guerra mundial me ha parecido de las más antipáticas y vergonzosas por las que se puede pasar. Ha sido una época para comediantes de cinematógrafo y para fotógrafos.

—¿Es usted enemigo de la guerra? —preguntó Larrañaga.

—¡Enemigo! ¿Para qué? Si se ha de dar, ¿qué se adelanta con verla con simpatía o con horror? Lo único que se podría hacer era condicionarla. Una guerra grande, en que todas las heridas fueran rápidamente mortales, de cuando en cuando, estaría bien para descongestionar el mundo. Al fin y al cabo, la vida no es una cosa muy bonita, y cuanto más progreso mate-

rial haya, será probablemente más fea y más antipática.

—Esta guerra ha sido un terrible desastre —añadió Larrañaga—, porque no ha dejado esperanza en nada. Se cortó la lana al rebaño, se le quitó el pasto, se le ordeñó lo que se pudo, y cuando vino el momento de peligro, los rabadanes echaron a correr.

—Esto sucederá siempre —dijo el médico viejo.

—Con lo cual en los pueblos beligerantes, extenuados, no se podría vivir —indicó Larrañaga.

—Ni en los otros tampoco —contestó Haller.

—Pero aquí, en Suiza, el ambiente es bueno para el trabajo.

—No crea usted —repuso Haller—; el ambiente de Suiza, como el de todo pueblo pequeño, es un ambiente mezquino, estrecho. El hombre tiene desde niño su trayectoria fija. Sabe lo que hará de muchacho, de hombre y de viejo, y hasta la necrología que publicará el periódico el día de su muerte.

—Pero éste es un ambiente propicio para el trabajo intelectual.

—No, nada de eso. No hay independencia de espíritu en el profesorado. Aquí, las gentes tímidas se convierten en obreros obscuros, en peones de la ciencia.

—Dentro de la misma ciencia vamos cambiando de una manera vertiginosa; más que nada, por la moda —añadió el médico militar.

—No se puede creer más que en lo que se vé —dijo Haller.

—Si es que se puede creer en lo que se vé —replicó Stolz.

—Es cierto; si es que se puede creer en lo que se vé. El que quiere prosperar en la sociedad actual tiene que tener cinismo y desfachatez.

—¿Cree usted que en todas partes? —preguntó Larrañaga.

—Sí, creo que en todas partes; no hay excepción, no puede haberlas. En nuestro mundo la gente que vale no se conoce; el que trabaja, el que piensa, no sabe dónde está su compañero. En cambio, los buenos burgueses se entienden muy bien; tienen un Molok, o un Javeh, el dios Argent, Gold, Denaro, Dinero, Money.

—Es el culto extendido por el mundo.

—¿Y usted cree que no vale mucho lo que produce la ciencia actual? —preguntó Larrañaga.

—Creo que vale cada vez menos. Los alemanes son pesados, y ya no se dan en ellos casos de genialidad tan abundantes como a principios del siglo pasado. Los franceses tenían, sino la gran invención, esa mirada clara, aguda, de la gente de espíritu matemático, pero ya la van perdiendo; los italianos, desde que forman una gran nación, no tienen más que hombres pequeños.

—¿Y eso dependerá de algo?

—Es el torrente de la charlatanería, del industrialismo y del judaísmo, que lo va invadiendo todo. ¡Cuánta necedad han inventado! ¡Cuánta palabrería! El mundo entero, y sobre

todo los franceses, parece que quieren ponerse en confusión, en garrulería y en mal gusto, a la altura de los alemanes. Hoy he visto un libro francés, que se titula: "Introducción al estudio de la metapsíquica" ¿Introducción a qué? A una cosa que no tiene realidad. En ciencia y en arte todo es hoy palabrería: el expresionismo, el dadaísmo, la metapsíquica, el psicoanálisis, el pirandellismo; todo eso no es más que palabrería, no encierra medio adarme de hechos nuevos o de conceptos nuevos.

—¿Y usted supone que en todo eso interviene la mentalidad judía?

—No cabe duda. El judío no tiene amor por el pasado europeo, en el cual apenas ha intervenido; por eso es modernista y siente la época. Además, el judío se ha mantenido siempre alejado de la vida inmediata de los países europeos. Esto en parte les favorece, en parte les perjudica.

—Además, es cosa que no se les puede reprochar —dijo Larrañaga.

—El judío europeo siempre tendrá dos patrias: una, natural, aquella donde ha nacido; la otra, Sión, Jerusalén, la patria espiritual de la raza suya. Mucha de la claridad de concepto de los Spinoza, de los Karl Marx, de los Heine, depende de haberse desligado de las ideas y prejuicios de su patria inmediata.

—En parte, a los ultramontanos católicos les pasa igual. Su patria espiritual es Roma. —dijo el médico viejo.

—En Alemania quizá haya cierto dualismo

entre el ciudadano alemán y el católico —repuso Stolz— ; pero en los países latinos, no. El católico francés, español e irlandés, cuanto más católico se muestra, se considera, y le consideran, más francés, más español o más irlandés; en cambio, el judío, no; cuanto más judío es, es menos alemán, menos polaco o menos ruso.

—No cabe duda —añadió Haller— que hay en ellos una solidaridad que no se halla en las otras confesiones religiosas. Ninguno de estos judíos bolchevikis se atacan unos a otros. Han colaborado en matanzas enormes, pero ellos no se muerden. Se respetan los unos a los otros. Son del mismo *ghetto*.

—Sí, es extraño eso —dijo Larrañaga.

—El compañero Trotsky respeta al compañero Zinovieff y el Zinovieff al Radek y el Radek al Kameneff y el Kameneff al Stalin. Son de la misma familia de los Achkenazin.

—¿Y Lenin, era igual? —preguntó Larrañaga.

—No; Lenin era otra cosa —replicó Haller—. Aquél era un tártaro de la raza de los Gengis-Kan y de los Tamerlan. Estos judíos, la mayoría son histriones muy flexibles, muy serpentinos. La raza judía es raza histriónica, optimista y social. Para hacer gestos de mono y llamar la atención, nadie como ellos. Las ideas no les importan. En Rusia serán bolchevikis; en Inglaterra, conservadores; en Francia, radicales. Esto es lo de menos para ellos. La cuestión es llamar la atención y ganar dinero. Es una casta

para cómicos, cupletistas, periodistas, favoritas de reyes, bailarinas y banqueros.

—Sí, pero este cinismo no es único y privativo de los judíos.

—No. Es verdad; pero en ellos es más señalado. El judío tiene que estar entre gente para tomar valor. Entonces se destaca con su impertinencia característica; pero póngale usted al judío solo, como un conquistador español en América o como Livingstone en Africa, y entonces no es nada, porque todas sus monerías y toda su impertinencia ya no sirven.

—No sé si pueden creer en esas especialidades étnicas —objetó Larrañaga.

—No son absolutas, claro es —contestó Haller—. El judío tiene un sentido materialista y sensual de la vida. No aprecia los ideales de los viejos europeos, la austeridad, la caballerosidad, el heroísmo, el valor en la guerra. Miran nuestras cosas en extranjeros. Ya ve usted la cuestión de los apellidos, para el europeo, tan seria. Para un alemán, su Müller o su Schultze, como para un francés su Durand o su Dupont, o para un español su García o su López, es una cosa importante. Ellos, los judíos, cambian de apellido como de camisa; los toman y los dejan a su capricho. El Trotzky, el Zinovieff y el Kameneff, no se llaman así. Entre los judíos italianos, los Levi se transforman ahora en Sacerdote. En Rusia y en Alemania toman los apellidos más ilustres y cualquier día se encontrará usted con un Médicis, un Doria, un Montmo-

rency, y será un judío zarrapastroso salido del *ghetto*.

—Eso mismo se lo han enseñado los cristianos obligándoles a cambiarse de nombre —repuso el médico viejo.

—Sí, es verdad. No es que se les eche la culpa. Se marcan las diferencias. Ellos son optimistas, anti-guerreros, creen que hay que gozar, tienen sed de dinero, de lujo, de joyas, gran erotismo y gran curiosidad por las aberraciones sexuales.

—Y, sin embargo, ellos son de moral rígida.

—Sí, dentro de su comunidad, pero ya fuera de ella, no. Esta simpatía por el homo-sexualismo, que se advierte en las obras de psiquiatría y de literatura moderna, ha nacido entre los judíos alemanes. Todo lo que sea algo de snobismo y de mal gusto tiene ese sello semi-alemán, semi-judío. En Francia, por ejemplo, Proust, que manifiesta una delectación un poco profesoral y pedantesca por lo que es aberrante, es medio judío de raza. Andrés Gide, el autor de *Corydón,* que es de la misma escuela, medio alemán de espíritu.

—¿Ha leído usted *Corydón?* —preguntó Larrañaga.

—Sí, lo he hojeado.

—A mí me ha parecido una tontería. ¿Qué ventaja puede haber en convertir el mundo en la Insula Hermaphrodítica?

—Es ridículo, completamente ridículo. La pederastia ofrecida a la Sociedad como un recurso. ¡Como sino estuvieran las casas de pros-

titución llenas! Los pederastas, ofreciendo su cuerpo a la patria. Tendrá, con el tiempo, que ensancharse el Panteón o el Walhalla y poner una sección con este letrero: A los grandes pederastas, la patria reconocida. Yo no creo que a los invertidos haya que matarlos o marcarlos con un hierro candente, pero de eso a la glorificación, a la creación de una medalla al Mérito Pederástico, hay un pequeño abismo.

—¿Y usted cree que esta preocupación erótica es exclusiva de los judíos? —preguntó Larrañaga—. Sensualismo erótico parecido hay en muchos escritores franceses e italianos: France, Mirbeau, el mismo D'Annunzio.

—Algunos de estos que usted cita tienen mucho tipo judaico. Claro que en toda la literatura francesa ha habido erotismo, pero no ese erotismo sistemático un poco ramplón de aire casi universitario que se da, por ejemplo, en Proust.

—La vida francesa, y sobre todo la de París, es muy erótica —dijo el médico viejo.

—A mí me parece que todo ese erotismo francés es muy engañoso —replicó Haller—. En esa vida amorosa de los franceses hay un fondo de sensualidad, pero hay, probablemente, más curiosidad y deseo de dar a la vida un poco de picante. París hace, a primera vista, la impresión de que sus placeres son espontáneos, caprichosos, pero en el fondo, todo está muy previsto, preparado y combinado.

—No es usted muy entusiasta de París —preguntó Larrañaga.

—No; me parece que esa actividad frené-

tica de París, engaña. Es una promesa falsa. Allí piensa uno que las mujeres sonríen por simpatía, por abandono; no hay tal; todo está muy cerca de hallarse industrializado.

—Sin embargo, se sale de París y el mundo parece más duro, más frío, menos intelectual —dijo Larrañaga.

—Sí, es verdad: las orillas del Sena producen un ilusionismo especial. Es el artículo de París, que está acreditado y que se trabaja con empeño. Es algo exclusivo de allí, pero, en fin, comprendo que los escritores de París nos den una nota de erotismo de bulevar, pero todo eso, traducido al alemán con el lastre germánico, es de una pesadez y de un mal gusto que abruma.

—Yo no comprendo bien la actitud de esas gentes con relación a la vida sexual —dijo Larrañaga.

—Se quiere encontrar algo extraordinario en ello —repuso Haller—. Quizá es natural en una época en que no hay conceptos místicos. La vida sexual en el hombre no se diferencia gran cosa de la vida sexual en los demás mamíferos. Lo que la complica en el hombre son las ideas morales, religiosas, la imaginación y la economía.

—Si eso ha sido siempre; pero, ¿por qué este moderno culto a Eros?

—No es completamente moderno. Carlyle, hablando de los novelistas franceses de su tiempo, decía que querían restaurar el culto fálico. Es natural. Es el camino que tiene que seguir una sociedad no cristiana. Para los cristianos, toda

la vida sexual es pecado, toda es mala, está íntegramente inspirada por el Diablo y no tiene más escape lícito que el matrimonio. Para nuestros erotómanos actuales, la tesis verdadera es la contraria: toda la vida sexual, y hasta sus aberraciones, son respetables y están llenas de esplendor y de interés. Los judíos, que nunca han defendido el ascetismo, ven en esta erotomanía moderna, algo simpático, anti-cristiano.

—Con esta dignificación del erotismo habría que cambiar las normas de la vida actual, sobre todo la del honor —dijo Larrañaga.

—¡Ah! Naturalmente.

—Entonces, la misma prostitución dejaría de ser causa de deshonra y de oprobio y se convertiría en institución casi honorable. Podría haber una prostitución también de hombres para mujeres viejas y feas, como hay barberos y limpiabotas. ¿Por qué no?

—Probablemente, toda esa erotomanía tiene un fondo de mentira y de farsa, y el profesor que nos canta líricamente la vida sexual, si encuentra a su hija con el estudiante o con el mozo de la tahona, arma un escándalo.

—Con esa concepción tan extraordinaria del amor físico, debía pasar lo contrario —repuso Larrañaga—. El padre debía alegrarse de ver a la hija embarazada por cualquiera.

—Eso mismo suelo decir yo a algunos compañeros freudianos; y me suelen contestar que no estoy en la corriente. Yo replico que intento razonar y que no me convence la fraseología.

Era la hora de la consulta del doctor Haller y le esperaban sus enfermos.

—Venga usted, cuando esté usted aquí —le dijo el doctor a Larrañaga—, a comer o a tomar café.

—Ya vendré.

—El poder hablar y entenderse con hombres de otros países, me da la impresión de que aún somos europeos, no asnos de noria que dan siempre la misma vuelta.

* * *

Stolz y Larrañaga salieron a la calle.

—¿Qué le ha parecido a usted Haller?

—Muy bien, muy inteligente.

—Pero es un tanto perturbado.

—¿Qué ha hecho?

—Ha habido una época en que era socialista; otra en que estuvo en Italia y se pasaba el día en las iglesias católicas, y parece que se quería hacer católico.

—Todos esos especialistas en enfermedades mentales son también medio locos.

Al pasar por la calle de la Estación, el gran bulevar de Zurich, con su aire parisiense, se encontraron con Pepita y Soledad y se reunieron con ellas.

Stolz recordó a las dos hermanas, que le habían prometido que habían de ir a Berna a verle a él en su magnífico sillón del Parlamento. Después se despidió.

III

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Pepita.

—Hemos estado comiendo, y luego charlando con el doctor Haller.

Pepita le conocía de vista, pero no le hacía gracia el tipo del médico.

—¿Qué clase de hombre es?

—Muy inteligente, original. Dice que lo que más le molesta es estar en una casa de banca; él cree que el comercio y los judíos son los que corrompen el mundo y estropean la ciencia y el arte.

—Los que piensan como él, debían ir a vivir a una isla desierta. En ella no encontrarían ni cheques, ni billetes de banco, ni judíos —dijo Pepita, con enfado.

III

Cuando el hombre se ve a sí mismo con delectación —es difícil que se mire con indiferencia— se considera como un ejemplar raro y precioso, lleno de contrastes; muy noble y muy vil, muy ángel y muy bestia.

Cuando empieza a verse sin entusiasmo como un ejemplar corriente, no es a consecuencia de tener la vista mejor y más clara, sino de haber perdido las ilusiones y la juventud.

El hombre como ejemplar precioso.—*Fantasías de la época.*

LA BROMA DEL PSICO-ANÁLISIS

Tres días después, estaban reunidos a tomar café varias personas en el salón de la casa de Haller. Había, entre ellos, dos médicos jóvenes: uno, de un sanatorio, y el otro, de un manicomio, y una señora, profesora de un liceo.

Se habló mucho del psico-análisis.

—Eso del psico-análisis, ¿es algo? —preguntó Larrañaga.

—Yo creo que no es nada; pura palabrería contestó Haller—. Freud ha publicado libros que son una colección de anécdotas, estirándolas, para darles una significación. Con un poco de ingenio se les podía dar significación diferente y hasta contraria.

—Sí; pero puede haber algo ahí —dijo el médico del manicomio.

—Para mí, este psico-análisis —replicó Haller— no tiene de nuevo nada más que el nombre; es un interrogatorio largo, como cualquier otro. Que las imágenes de los sueños, que las equivocaciones están motivadas, lo sabemos. Todo tiene su motivo; ahora, como funciona ese motivo, es lo que no conocemos.

Un señor que allí estaba, cliente de Haller, contó que le habían hecho en una clínica, hacía un año, una operación en la vejiga, a consecuencia de la cual había pasado cerca de cuarenta días sin moverse en la cama.

—Después —dijo— no he soñado nunca con la operación ni con la clínica. Unicamente, hace poco, soñé que experimentaba una dificultad en la vida, que se iba agravando por momentos y me obligaba a colocarme delante de una ventana, desde la cual se veía un paisaje desagradable que me molestaba. Luego, de pronto, en esta ventana aparecía un rectángulo rojo. Discurriendo sobre ello, por haber leído un artículo sobre la interpretación de los sueños, pensé que la

ventana y su espéctaculo desagradable podía ser la perspectiva de la operación y el rectángulo rojo un frasco de sangre mía que se dejaba para analizar, en el alféizar de la ventana, los días siguientes de la operación.

—Sí, es muy posible que esa fuera la interpretación verdadera —dijo Haller— si es que usted mismo, inconscientemente, no ha ido acomodando el sueño a la interpretación.

—Creo que no.

—De todas maneras; de cien sueños, uno se puede interpretar y los demás, no. Además, para el diagnóstico y para el tratamiento, esa interpretación no sirve para nada.

El médico del sanatorio, que era un joven humorista, dijo que a fuerza de leer cosas sobre la relatividad había soñado una vez que el espacio euclidiano se le había convertido en no euclidiano. Durante el sueño había quedado muy alegre pensando que ya entendía el espacio no euclidiano, pero al despertarse vió que era una ilusión.

—Lo mismo pasa leyendo a Einstein —dijo Haller.

—¿No cree usted en la relatividad? —preguntó Larrañaga.

—Me produce gran desconfianza.

Larrañaga aseguró que él no entendía las teorías de Einstein; cierto que decían que para comprenderlas íntegramente había que saber matemáticas, pero él profesaba el pragmatismo humilde un poco estilo Homais, de la novela

de Flaubert, de creer que toda la Europa culta no se equivocaría.

—Yo no creo que haya una teoría de la cual no se pueda hacer un resumen racional —dijo Haller—. De la teoría de Einstein, lo que se deduce para la razón no tiene nada de nuevo. Es el subjetivismo de las nociones elementales tiempo, espacio y causalidad, cosa que ya está muy bien explicada en Kant. Lo demás, lo matemático, no lo entiende uno.

—Pero puede ser, la de Einstein, una teoría exclusivamente físico-matemática.

—¿Sin posibilidad de explicación racional? Es extraño. Es lo mismo que aseguraba Steiner, el farsante de la antroposofía; según él, había que saber matemáticas especiales para entender su doctrina de los mundos superiores, que terminaba, en la práctica, en sacar dinero para su templo y en bailar.

* * *

El médico joven del Sanatorio insistió sobre la comedia bufa del psico-análisis.

—En el sanatorio donde yo estoy de médico contó— se ha hablado mucho del psico-análisis. Conocí allá a ciertas señoras austriacas y a unos judíos, gente que se aburría y quería ensayar el psico-análisis. Me dijeron si yo podría dirigirles. Les contesté que no había inconveniente. Me exigieron que no debía decir nada de cuanto

me comunicaran. Naturalmente que no; les contesté.

—¿E hizo usted la experiencia? —preguntó Larrañaga.

—Sí.

—¿Qué resultado dió?

—Un resultado bastante cómico. Entre las mujeres había siete u ocho que estaban descontentas de sus respectivos maridos; tres señoras honestas me dijeron que hubieran querido ser cortesanas y dos confesaron que tenían inclinaciones sáficas. Entre los hombres aparecieron un masoquista, dos sádicos, con tendencias ocultas de sátiros, y un señor, padre de varios hijos, que se encontraba a sí mismo, inclinaciones de homo-sexual. Con esta experiencia estuve a punto de hacer una especie de novela que se llamaría *Las afinidades anti-físicas,* y sería como la parodia de la novela de Goethe. Se trataría de dos matrimonios de neurasténicos y amigos: Eduardo y Carlota, por un lado, y Otilia y el Capitán, por otro. Los dos matrimonios estarían tratados por el psico-análisis, y a consecuencia de sus análisis respectivos, acabarían Eduardo y el Capitán yendo a vivir a un mismo cuarto en el hotel y Carlota y Otilia a otro.

El médico joven explicó esto de manera burlona y sarcástica.

—Indudablemente, todo eso puede ser un juego peligroso —dijo Haller— y terminar en el homo-sexualismo.

—¡Bah! El homo-sexualismo, para nuestros freudianos, no es cosa muy grave. El buen ju-

dío de Freud lo considera casi como una gracia.

—Si es así podía localizarlo en Jerusalén —replicó Haller con sorna.

—El sexo resulta algo más inseguro de lo que se creía. Es indudable —aseguró el médico del sanatorio.

—Con el psico-análisis —añadió Haller— se quiere hacer del médico una especie de confesor católico. El que ha inventado esto ha pensado más en el poder que puede dar ese procedimiento que en su utilidad terapéutica. Los médicos judíos emplean todos los recursos para alcanzar el éxito. Convertir al médico en cura es tendencia muy lógica en una raza teocrática como la judía.

* * *

Del psico-análisis se pasó a discutir los supuestos fenómenos metapsíquicos y de visión extra-retiniana, que a Haller le parecían perfectas majaderías.

El doctor Haller, de tendencia naturalista, determinista, no quería dar entrada en sus conceptos al misterio.

—A nuestro amigo Stolz le pasa lo contrario —dijo Larrañaga—, le halaga la idea del misterio y de llegar a las ideas por la intuición.

—¡La intuición! —exclamó Haller—; no hay intuición. Son ilusiones un tanto ridículas.

—¿Usted cree que no hay ninguna diferencia entre inteligencia e intuición?

—Diferencia esencial, yo creo que no la hay. A primera vista, sí; parece que la inteligencia es más sistemática, más motivada, más pesada, y la intuición más espontánea, más rápida. Así del médico que haga un pronóstico exacto, se dirá que tiene inteligencia, y de la enfermera o de la hermana de la Caridad que haga el mismo pronóstico, se asegurará que posee intuición; pero los dos pronósticos proceden de lo mismo, del fondo de perspicacia en la observación que en el profesional constituye un oficio y en el no profesional, un diletantismo. Yo, por más que busco, no veo diferencia alguna entre intuición y conocimiento; el dato de la intuición me parece más sencillo, menos razonado, no convertido en idea; y el dato del conocimiento, más razonado y más lógico. El uno está menos elaborado que el otro; pero los dos proceden de lo mismo. Estas divisiones, estos conceptos adornados, son ganas de dar aspectos misteriosos a las cosas. Al trabajo que no es claramente consciente de la inteligencia, se le llama intuición. En el hombre que sabe, en el que haya leído y que tenga muchos datos de cultura almacenados en la memoria, esta supuesta intuición parece y vale algo. Si no supiera ni hubiera leído nada, veríamos a qué se reducía esta intuición.

—Es muy probable que a muy poca cosa o a nada —dijo el médico joven del Sanatorio.

—A la gente le gusta hablar de intuición, de genialidad y extender esta idea a todo. Si a todo se llama genialidad, no hay genialidad, si

este concepto se emplea de una manera un poco racional, la genialidad es tan excasa, que la mayoría del vulgo no la tiene nunca, y el que la tiene, la tiene en dosis infinitesimal.

—Estoy con usted —afirmó el otro médico.

—Son ideas que halagan a la plebe intelectual. La transformación constante, la evolución creadora, el indeterminismo... todo esto es muy bonito, pero tiene un fondo de fantasía. Estas ideas, proyectadas sobre la vida práctica, son un tanto absurdas. El bandido a quien se castiga, no es el mismo hombre que mató o asesinó; el gran poeta a quien se glorifica, tampoco lo es. Desgraciada o afortunadamente, no cambiamos con tanta rapidez, ni en bien ni en mal —terminó diciendo Haller.

—Es evidente.

—Ahora, que vivimos en una época de charlatanería y de reclamo. A esto nos ha traído la democracia y el periodismo.

—¿Aquí también? —preguntó Larrañaga.

—Aquí más que en ninguna parte. En estos países democráticos perfectos, hay que hacer la corte a todos los pequeños burgueses, a todos los empleados e industriales de espíritu plano y vulgar. Esta clase de gente, aunque se crea a sí misma radical y socialista, y aunque lo sea, es la más tradicionalista y rutinaria, la más apegada a las viejas costumbres. El periódico tiene que ser el servidor de ese espíritu pequeño burgués y, al mismo tiempo, su cerebro. El periódico sirve de substancia gris para el buen burgués; siente por él, discurre para él. El hom-

bre se convierte en máquina en manos del Estado y dirigido por el periódico. El Estado resulta el llamado a decir qué es lo que se puede creer y qué es lo que no se debe creer. En eso acaba la democracia: en una tiranía del Estado, conservadora o demagógica. El Estado, Padre; el Estado, Hijo, y el Estado, Espíritu Santo. El Presidente de la República de los Estados Unidos, el de Suiza, el de Francia y el de los Soviets, no tardarán en ser declarados Papas. Lenin ha sido Papa en vida.

—Y santo después de su muerte —dijo Larrañaga.

—Vamos a un estado de automatismo terrible. En los Estados Unidos se ha castigado, últimamente, a un profesor, por explicar el darwinismo. Comprendo que si el profesor obligara a creer eso, se le castigara, pero ¡por explicarlo! Es demasiada brutalidad y es que el Estado va a querer obligar a que se tenga sus ideas. Es una vuelta estúpida a la Inquisición. ¡Y pensar que Kant, el destructor, el disolvente, mucho antes de la Revolución francesa, y con un rey absoluto, ha vivido respetado y honrado, como profesor, y hoy no se puede explicar en una república democrática una teoría científica! Y los periódicos nos hablarán de lo que ha ganado en libertad y en progreso el mundo con la democracia.

* * *

Como había llegado la hora de la consulta del doctor Haller, los contertulios se fueron a la calle.

Larrañaga marchó al hotel. Pepita y Soledad habían salido.

Larrañaga estuvo en la terraza, pensando en las ideas del médico, que casi coincidían con las suyas.

Recordó un sueño que había tenido noches antes y pensó en la interpretación que podía darle.

Iba por una calle de Madrid, la calle de Atocha, cuando vió unos mascarones de cabeza grande que salían del hospital de San Carlos. Un amigo antiguo, que iba con él, se metió en este grupo de mascarones y le arrastró hacia el Prado. Larrañaga se encontró en compañía de una muchacha rubia, a quien conocía hacía tiempo. Se puso a hablar con ella y le contó que había estado en Dinamarca.

—No, no puede ser —dijo la muchacha—, ¿en dónde?

Larrañaga hizo un esfuerzo de memoria y no pudo recordar ninguno de los pueblos donde había estado.

La muchacha sonrió y dijo:

—No puede ser. A Dinamarca no se puede ir.

—Pues yo he estado y he conocido a una persona que ha influído en mi vida, pero que no sé cómo se llamaba.

Entonces, como no recordaba, se le ocurrió dibujar un mapa de Jutlandia y de las islas de Fionia y Setlandia y marcar en qué puntos había

estado, pero en vez de dibujar la silueta de Dinamarca hizo la de España.

—Nada, no recuerdo.

Sin transición se encontró después en un cuarto de una casa de su pueblo, un cuarto con un balcón de madera, ya carcomido, y en este balcón una tabla que avanzaba hacia fuera, no sabía para qué. En el cuarto, en un sofá viejo, había dos señores que discutían, y de pronto, la misma muchacha, que estaba sentada en un sillón, le aseguró que iría a vivir con él para siempre. Luego iban los dos a un gran hotel con una escalinata de mármol blanco, con alfombra roja, en donde había, de guardia, criados con librea, y al llegar al final de la escalinata le decían que no había cuarto para ellos. Larrañaga se sentaba en un escalón y le entraba tan gran angustia que se despertó.

Cuando llegó Pepita y Soledad, Soledad subió a su cuarto y Pepita se quedó en la terraza.

Larrañaga le contó el sueño y le dijo que había estado pensando en descifrarlo.

—¿Y quiénes eran las dos mujeres del sueño? —preguntó Pepita.

—Me figuro que serían las dos muchachas con las que tuve amores en Rotterdam; una mecanógrafa, de quien te hablé en París, y la otra una muchachita enferma, a quien quería y que se murió.

—Esta sería la que te decía que iría a vivir contigo para siempre.

—Me figuro que sí.

—¿Y no pensarías en mí? —dijo de pronto Pepita.

—No, creo que no. No me hago ilusiones. Nuestros amores pasaron, hace mucho tiempo, a la historia.

—¿Quién sabe? Quizá fuese lo único verdadero en ti y en mí.

Larrañaga, al oír esto, quedó tan asombrado y perplejo, que se levantó a mirar a Pepita. Entonces, ella rió alegremente y subió a su cuarto.

IV

Berna, la capital de la confederación helvética, es pueblo de carácter algo áspero, con dibujo y sin color, típico, y, sin embargo, vulgar y sin gracia.

Desde las terrazas bernesas se ve el Jungfrau, con la blancura centelleante de la nieve.

En estas terrazas, las ropas blancas, puestas a secar, casi rivalizan en brillo y en esplendor con la nieve lejana. Según un literato pangermanista, esta blancura de las camisas y de los calzoncillos suizos, más que una consecuencia de la lejía o del jabón, es una consecuencia de la reforma protestante.

Donde no hay protestantismo, según el pangermanista, no hay ropa limpia y blanca. Esta opinión del pangermánico cronista, en vez de estar dentro del credo del pangermanismo, debía estar, según Joe, dentro del credo de la pantontería humana.

La ropa de Berna.—*Las Estampas Iluminadas.*

LA CIUDAD DE LOS OSOS

Como habían pensado, decidieron ir a Berna.

—Yo voy también —dijo Haller—, tengo que hacer una visita en la ciudad, les acompañaré a ustedes y volveré por la tarde.

Fueron los cuatro en el tren. Pepita no experimentaba mucha simpatía por el doctor; le parecía hombre orgulloso, despótico y agrio, pero se mostró tan amable, tan simpático con Soledad, que cambió de opinión acerca de él.

En un momento en que Haller se asomaba a una ventana, en el pasillo del tren, Pepita dijo a Larrañaga:

—Soledad es como ese personaje mitológico que domesticaba las fieras tocando no sé qué instrumento.

—¿Orfeo?

—Creo que sí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ha transformado a ese médico.

—Es que Haller es hombre muy inteligente y muy perspicaz, y ha comprendido que Soledad es encantadora.

Llegaron a Berna, y en la estación les esperaba Stolz, que los llevó a un gran hotel próximo. Admiraron la hermosa vista del Jungfrau desde el jardín del Congreso; vieron las arcadas, un poco sombrías, de la calle del Mercado,

y contemplaron las escenas del juicio final esculpidas en la puerta gótica de la catedral.

—Es raro lo que me pasa a mí con estas iglesias —dijo Larrañaga.

—¿Qué te pasa?

—No sé por qué, de pronto, he perdido el entusiasmo por lo gótico. Se me ha pasado y ahora lo miro con indiferencia y hasta con antipatía. Lo mismo me ha pasado con las mujeres; antes me gustaban las morenas un poco narigudas, y ahora me gustan las rubias un poco chatas.

—A mí no me pasan esas cosas —replicó Pepita—; quizá porque no las tomo tan en serio.

Pasearon por los jardines de la terraza de la catedral.

Fueron después a la fosa de los osos, la Barengraben; vieron al público que obsequiaba, con zanahorias e higos, a los osos, y a una señorita, al parecer extranjera, que echaba de beber, desde lo alto, leche a un osezno.

—Es la zoofila —dijo el doctor Haller, en broma.

Comieron en un restorán; el médico tenía que hacer su visita; Larrañaga le esperaría en el hotel; Soledad y Pepita irían, con Stolz, al Congreso, y se reunirían allí todos.

Soledad y Pepita, en compañía de Stolz, se cansaron de esperar en el Congreso y, al salir, se encontraron con Larrañaga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stolz—. ¿Por qué no han venido ustedes al Congreso?

—Hemos ido, pero nos han echado —contestó riendo, Larrañaga.

—¿Y Haller?

—Se ha ido ya.

—Pero, ¿cómo les han echado?

—Hemos intentado entrar Haller y yo en el Congreso diciendo que íbamos a ver al diputado Stolz. Haller, como tiene esta manera de hablar un tanto despótica, sin duda ha molestado al ujier y nos ha echado. Quizá ha creído que somos bolchevikis.

—Hombre. Diré al ujier... —advirtió Stolz.

—No, no; ¿para qué?

* * *

Después de cenar, Larrañaga dijo a Pepita:

—La verdad es que al doctor y a mí nos han echado ignominiosamente. ¡Y pensar que ha habido aquí un español intrigante, un chanchullero que estuvo en este mismo hotel tres o cuatro meses, que no pagó, y que entraba todos los días en el Congreso, y los ujieres le saludan inclinándose respetuosamente y a nosotros, dos ciudadanos modestos, pero decentes, nos han echado!

—Ah, claro. No me choca.

—Pues me alegraré que les caiga una nube de aventureros como aquel, ya que con su supuesta democracia, son tan imbéciles y creen que la distinción es cosa de sastres.

—Es que tú crees que el vestirse y el presentarse bien no es importante, y te engañas de medio a medio.

—Será importante para los tontos, para los que juzgan de las cosas por su apariencia.

—No, es importante para los tontos y para los listos.

—Importante, desde cierto punto de vista, es todo, y también nada; importante constantemente en la vida, no hay ninguna cosa.

—Esas habilidades y sutilezas, a mí no me convencen.

—Es importante, por ejemplo, para un hombre en la juventud, la sonrisa de una mujer, y es importante, para un viejo, que las sábanas de la cama estén bien secas y las zapatillas abrigadas.

—Es que para la sociedad, para el mundo, hay algo que es siempre importante.

—¡Bah!, ¿qué nos importa la sociedad y el mundo? Además, que la presunción ya no es para mi edad.

—Chico, no creo que seas tan viejo.

—¿Tú crees?

Pepita le contempló, riendo. Larrañaga le atraía por su espíritu, por su humildad. A veces le encontraba joven, lleno de expresión y de malicia, y en otros momentos le veía cansado, decaído, y entonces le parecía un viejo.

—¿Y qué pensáis? ¿Seguir aquí? preguntó Larrañaga.

—No, nos iremos mañana. Esto ya basta.

—A mí, de todos estos pueblos suizos —dijo

Larrañaga—, el que más me gusta es Basilea. Creo que debíamos pasar allí unos días.

—Bueno, pues iremos.

* * *

A la mañana siguiente, Pepita, Soledad y Larrañaga, salieron de casa temprano, pasearon por los jardines del Parlamento, fueron a la terraza de la catedral y luego subieron por la calle Mayor, viendo si había algo que comprar en los almacenes y tiendas. Subieron luego por la calle del Mercado mirando los comercios de las arcadas.

Al volver notaron que había público delante de la torre del reloj.

—Tengo idea de que en este antiguo reloj hay unos autómatas —dijo Larrañaga—. La gente debe estar esperando a verlos.

Efectivamente; un momento después, antes de que sonaran las doce, vieron el juego de los autómatas; apareció primero, delante de la esfera, un gallo de madera y cantó dos veces, mientras un maniquí daba las horas golpeando con unos martillitos en una campana y una fila de oseznos pasaba delante de una estatua sentada sobre un trono, que indicaba las horas, abriendo y cerrando la boca y bajando el cetro.

Por la tarde volvieron a Zurich, y como Pepita decía que se encontraba ya cansada del hotel y del lago, decidieron ir a Basilea.

V

La orilla izquierda del Rhin en Basilea; una mañana primaveral, de sol claro, es algo espléndido y admirable. Hay en esa orilla, a un lado y a otro de la terraza del Munster, masas tupidas de árboles, jardines, murallones dominados por las hiedras. Abajo, el río pasa veloz, con sus agúas verdes, y la barca cruza, de una orilla a otra, sujeta al cable, por donde corre una polea.

El Rhin en Basilea.—*Las Estampas Iluminadas.*

PASEOS

Llegaron a Basilea; Soledad y Pepita fueron al hotel de los Tres Reyes, donde se instalaron cómodamente, y Larrañaga al hotel del Parque. No quería que si, por casualidad, aparecía Fer-

nando, les encontrara a los tres en la misma fonda.

Larrañaga acompañó a las dos hermanas por la ciudad.

La conocía bastante bien. Pepita encontró muy agradable Basilea, pero le pareció un poco triste.

—Me gusta más que Zurich y más que Berna; tiene gracia, pero a pesar de esto la encuentro triste, no sé por qué.

—En estos pueblos de Suiza —dijo Larrañaga— se siente la melancolía del orden y del ahorro. No se ha desperdiciado nada, no ha habido guerras y la gente en pueblos tan bien dirigidos y administrados, se entristece o se emborracha.

—¿Así, que hay cierta ventaja en el desorden, según tú?

—Siempre hay alguna ventaja, hasta en la muerte. En estas pequeñas ciudades suizas, yo me figuro que hay una presión social que es como el terrorismo blanco. No creo que los ciudadanos de estos pueblos sean muy libres. Claro que le pueden preguntar a uno: ¿Qué entiende usted por libres? Es posible que la libertad, como la imagina uno, español individualista, sea una utopía irrealizable, por lo menos no realizable con la democracia.

Por la mañana estuvieron en la terraza de la catedral sentados en un banco del pretil del Munster.

—¡Qué bien me encuentro aquí! —exclamó Soledad.

—A mí me da tristeza —replicó Pepita—; esta terraza, con sus árboles; estas piedras rojas del pretil, donde han grabado sus nombres con sus cortaplumas algunos novios; los montes de ahí enfrente, el río amenazador y el sol un poco pálido, me dan pena.

—Es una melancolía de sensualidad, pecaminosa —dijo Larrañaga tomando en broma un aire de cura.

—Sí, es muy posible —contestó Pepita.

Un vaporcito remontaba el Rhin, le vieron acercarse; se notaba la gente sobre cubierta y se leía el nombre del barco Rheinfelden.

—Rheinfelden es un pueblo de la orilla del Rhin —dijo Larrañaga—. El barquito irá a ese pueblo.

Fueron, de la terraza al claustro de la catedral, leyendo las lápidas colocadas en las paredes, y vieron un gran bajorrelieve destrozado a martillazos por los iconoclastas.

—Os tengo que hacer una fotografía aquí —dijo Soledad.

Mientras arreglaba su máquina fotográfica, Pepita y Larrañaga contemplaron el jardín del claustro.

Llegaban ahora los sonidos del órgano.

Celebraban, sin duda, los oficios en la iglesia.

—¡Qué pena! ¡Qué pena me da todo esto! —exclamó Pepita, y apoyó su mano sobre el brazo de su primo.

—Bueno. A ver dónde os ponéis —dijo Soledad.

Pepita y Larrañaga cambiaron de sitio, hasta

que Soledad escogió un punto en donde la luz le parecía bien.

—Ahora, ponte tú con Pepita —dijo José—. Prepárame la máquina, porque yo no sé hacerlo.

Soledad la preparó, y Larrañaga, después de enfocarla, la disparó.

—Habéis salido debajo de la lápida de Jacobus Bernouilli, *mathemáticus incomparabilis*. Ahora os haré otra al sol, por si acaso ésta ha salido mal, en la terraza.

* * *

Cansados de pasear, fueron a comer al hotel de los Tres Reyes.

En el hotel, archimonárquico a juzgar por su nombre, se gastaba una etiqueta bastante pomposa; solían verse con frecuencia príncipes y aristócratas marchando al comedor, llevando del brazo a damas escotadas y llenas de alhajas.

De sobremesa, Larrañaga y sus primas charlaron largo rato y a media tarde salieron a la calle.

Al pasar por la vía principal de Basilea, Freie Strasse, vieron una comitiva de negros.

Eran abisinios de Somalilandia que estaban en el jardín zoológico de la ciudad y pasaban exhibiéndose por las calles.

Iban todos vestidos con telas blancas, el pelo negro, ensortijado; siete u ocho a caballo, diez o doce a pie, mujeres y hombres y al último dos

dromedarios. Algunos llevaban lanzas y miraban a la gente sonriendo, mostrando su dentadura blanca.

La tarde del sábado era lánguida, gris, triste. No había gente por las calles; los chicos salían a las ventanas a contemplar la comitiva.

—¡Pobres! —exclamó Soledad mirando a los negros.

—Pobres, ¿por qué? —preguntó Pepita—; tan pobres somos nosotros.

—Naturalmente —repuso Larrañaga con ironía—. Entre ser blanca, guapa, joven, rica, llamar la atención, ir bien vestida, y ser negro, feo, pobre tuberculoso y estar exhibiéndose como un animal en un jardín zoológico, no hay diferencia apreciable.

—¡Qué tontería! ¡Qué necesidad hay de hacer esas comparaciones!

—En eso tienes razón, no hay necesidad ninguna; pero lo digo para legitimar la compasión que le producen esas pobres gentes a Soledad. Estos somalís son sesenta, entre hombres, mujeres y chicos, y, por lo que me han dicho esta mañana, la mayoría están tuberculosos.

Volvieron al hotel.

—Creo que no debemos cenar aquí —dijo Pepita—. Es muy ceremonioso.

—Buscaremos algún sitio más agradable.

* * *

Anduvieron por los jardines de Basilea. Era, sin duda, época de elecciones en la ciudad. Los

carteles de propaganda aparecían fijados por todas partes. Había un cartel revolucionario que representaba una mano roja agarrando la casa del Ayuntamiento de la ciudad y un burgués de sombrero de copa que aparecía en un tejado, espantado sin duda y dispuesto a huir.

En un cartel bolcheviki se veía la estrella roja y dentro de ella el martillo y la hoz.

En otro cartel aparecía un cura, un gendarme y un burgués dando dinero y ofreciendo un bock de cerveza a un hombre del pueblo.

Estuvieron Larrañaga y sus primas en el Jardín Zoológico; se rieron viendo las marmotas y fueron a cenar a un restorán italiano.

Mientras cenaban se presentaron varios alemanes en grupo, llegados sin duda alguna de un pueblo próximo a celebrar el sábado.

Eran ocho o diez, tipos de cara reluciente de grasa, sin cogote, con los ojos hundidos en los mofletes.

Al poco tiempo de comenzar su cena empezaron a reír, a brindar y a gritar.

No había nada agresivo para los demás en su fiesta; pero, sin embargo, producían un poco de molestia.

—¡Qué brutos! —exclamó Pepita.

—Pues éste es el ario sublime de que nos habla Chamberlain —dijo Larrañaga.

VI

Hay hombres curiosos, viajeros demasiado sensibles que han ido dejando sus ilusiones y sus esperanzas hechas jirones por la vida.

Así como a otros el pasar del frío al calor, de la zona tórrida a la hiperbórea, los tonifica y les fortalece, a éstos les ablanda y les hace miserables.

Gente ruinosa.—*Croquis sentimentales.*

UN POETA

—Tiene usted que ir a visitar a un amigo mío en Basilea —le había dicho Stolz a Larrañaga en Zurich.

—Muy bien; iré. ¿Quién es?

—Es un poeta empleado en una casa editorial como director literario, hombre muy distin-

guido, muy simpático. Ha estado en España y sabe bastante español.

—Pues iré, no tenga usted cuidado.

—¿A usted le gusta saber una cosa y guardarla sin decir a nadie nada?

—Saber las cosas no me interesa mucho; pero guardarlas las guardo con facilidad, porque no hablo más que de cosas generales y la chismografía me interesa poco.

—Entonces, le contaré rápidamente la vida de ese amigo poeta a quien usted va a conocer. Este hombre tiene su llaga espiritual. Es un escritor de valor literario positivo. Ha publicado un volumen de versos admirable, que ha firmado con un seudónimo, y ha escrito otras obras; pero es hombre tímido y sin energía, de los condenados, según el doctor Haller, a perecer. Este poeta tenía un amigo de la infancia, un médico hombre de mucha fibra. El poeta, mientras tuvo dinero, viajó y anduvo por España, por Italia y por América del Sur. Hacia los treinta años vino aquí, encontró al médico, a su amigo, casado con una mujer muy bonita, muy fina, muy espiritual, y se enamoró de ella y ella le correspondió. Fruto del adulterio nació una hija y pocos años después la mujer murió.

El médico, el hombre fuerte, que era de carácter duro, riñó con el poeta, y éste, tímido como es, no se atrevió a volver por la casa. Mi amigo comenzó a sentir por su hija, a la que no podía ver siempre que quería, cariño enfermizo y lleno de angustias.

—Mala situación debe ser —exclamó Larrañaga.

—Fatal. El hombre, cuando sabe que la niña está enferma, lo que es frecuente, no puede vivir. La chica tiene ahora catorce años; no está enterada de nada. El vive como un alma en pena, siempre tras ella. Por eso yo —concluyó Stolz— soy partidario de la severidad católica en estas cuestiones. Lo mejor es cortar estos conflictos de raíz.

—Cuando se puede.

—Tiene usted razón, cuando se puede. ¿Así, que irá usted a ver a nuestro poeta?

—Si, en seguida.

Efectivamente, a los dos días de llegar a Basilea se presentó en la casa editorial donde trabajaba el poeta.

Era una calle próxima al río y al Museo, la Rheinsprung. La casa, muy antigua, tenía por dentro aire de soledad y de tristeza y de gran reposo. Desde una ventana, hacia el Rhin, se veían, a la derecha, las torres de la Catedral, y a la izquierda, el puente.

Le pasaron a Larrañaga al despacho del director, cuarto blanco, con estanterías llenas de libros, y algunas estampas, de Holbein y de Durero, en las paredes. Era el poeta más bien bajo que alto, de cincuenta a sesenta años, con el pelo y la barba blancos, vestido muy modestamente, con traje obscuro y corbata azul.

Parecía hombre simpático, resignado, humilde; la mirada vaga, de hombre abstraído y pre-

ocupado; ojos azules claros, llenos de bondad y de ingenuidad.

Al principio se le vió un tanto inquieto, hasta enterarse bien de lo que quería Larrañaga; cuando lo supo, se mostró alegre y habló de España.

Le enseñó algunos libros, y como Larrañaga le dijo que era gran entusiasta de Basilea y de la vista del Rhin, tomó un libro de un estante.

—¿Lo conoce usted?

—No.

—Es de la colección de libros españoles raros y curiosos, el de las andanzas y viajes de Pedro Tafur.

Luego abrió el libro y leyó en español, con muy poco acento, este trozo que habla de Basilea.

"Esta cibdat esta sobre la rivera del rio que viene de los Alpes e del lago Chafiza, es rio muy furioso por la grant corriente e caesce muchas veces traer los tormos de la nieve elada como piedra e dar en algun edificio asi como puente e otra cosa e derriballo: en esta rivera los que navegan van a grant peligro de topar doquiera que se faria pedaços aunque ellos en esto son muy proveydos e la barca que va jamas nunca torna que no podría prohejar contra el agua tan corriente y sin duda tanto es camino que face que desvanece onbre la cabeça cuando lo mira."

—Está bien la descripción del Rhin, ¿verdad?

—Sí, muy bien.

Después hablaron largamente de muchas co-

sas: de política, de la guerra y del porvenir de los diversos países.

Al despedirse, el poeta preguntó:

—¿Dónde puedo volverle a ver a usted?

—Yo vivo en el hotel del Parque; pero como tengo unas primas en el hotel de los Tres Reyes, suelo estar con ellas casi siempre. Así que, si quiere usted verme, me telefonea allí.

Se despidieron los dos efusivamente.

* * *

Al volver a los Tres Reyes, Pepita le preguntó:

—¿Qué has hecho por la mañana?

—He visitado a un amigo de Stolz, un poeta que es director de una casa editorial.

—¿Y qué tal?, ¿es hombre simpático?

—Muy simpático. Lo que me ha chocado es que estos intelectuales suizos son bastante pesimistas con relación al porvenir de su país. Parece que una Sociedad italiana, la del Dante Alighieri, hace una gran propaganda italianista en los cantones suizos italianos. Estos suizos suponen que si siguen así los italianos arrastrarán al cantón del Tesino; los franceses se llevarán Ginebra, y los alemanes, lo demás, descomponiéndose de esa manera Suiza.

—¿Y ese señor poeta sigue haciendo versos?

—No sé; por lo menos, no los publica. Hoy, por lo que me decía él, la mayoría de la gente

cree que es importuno el escribir, sobre todo cosas poéticas. Mucha gente cree que el tiempo de la literatura pasó ya.

—¿Tú no lo crees?

—Yo, no; la tesis me parece absurda. Lo mismo se puede escribir hoy que hace cien años, que dentro de cien años.

—¿Y ese poeta es hombre amable?

—Sí, es hombre inteligente y amable. No tiene detrás de sí el público que sigue a los escritores en Francia o en Inglaterra, y eso le hace, naturalmente, más independiente.

—¿Es viejo?

—Sí, más viejo que yo. Debe ser hombre que tiene su tragedia en la vida. Esto le da una actitud irónica y burlona. Me ha contado la historia de un compañero, escritor de fama, que vivió aquí con una mujer, con quien riñó, y la mujer vendió todos los libros de la biblioteca anotados por el escritor, sin que él lo supiese. Los amigos, los conocidos del escritor agenciaron estos libros y ahora se divierten cuando leen los artículos del literato en confrontar el origen de sus ideas. Este poeta, antes de la guerra, era muy germanófilo.

—¿Y ahora no lo es?

—No. El dice que lo era por curiosidad y por la idea de que el mundo podía cambiar radicalmente con el triunfo de los alemanes. Ahora se ha hecho patriota y antialemán, y se alegra de la derrota de los alemanes. Muchos de estos intelectuales, perfectamente incrédulos, tienen gran simpatía por el catolicismo y creen que la

cultura tendría una base más sólida en la religión católica que en la protestante.

—Si es hombre simpático, convídale a almorzar o a cenar con nosotros.

* * *

Efectivamente, Larrañaga invitó al poeta a cenar con ellos en el hotel de los Tres Reyes. A Pepita le pareció un pobre viejo, suspicaz, de mirada penetrante y aire triste.

A veces un movimiento de cortedad y de timidez paralizaba sus efusiones.

Manifestó gran entusiasmo por la belleza de Pepita y Soledad.

De sobremesa, pasó por delante de la mesa un señor alto, de barba, de gran aspecto, ya de unos sesenta años, que saludó inclinándose ceremoniosamente.

El poeta se levantó y correspondió al saludo con grandes demostraciones de respeto.

—¿Quién es? —preguntó Pepita.

—Es el príncipe Carlos de Coburgo.

—¿Lo conoce usted?

—Sí; asistíamos a una tertulia en casa de una señora, y solía ir el príncipe y una condesa austriaca, la condesa Bathori.

—¡Hombre! ¡La condesa Bathori! La conozco —dijo Larrañaga—. La he visto en Nuremberg.

—Ahora parece que las relaciones del prín-

cipe y la condesa se han enfriado y ya no tenemos reuniones.

El poeta bebió una copa de vino y habló de sus viajes por España y por Italia, y se puso melancólico.

—Hay que decir como el Dante —murmuró:

... Nessum maggior dolore
che ricordassi del tempo felice
nella miseria.

Larrañaga protestó.

—No me parece eso exacto —dijo.

—¿No? —preguntó el poeta.

—No; no sé por qué la mayoría de estas sentencias, al parecer lógicas, pero íntimamente falsas, tienen tanto éxito. Indudablemente, al menos para mí, eso no es verdad. Tener algo agradable que recordar, es tener un enriquecimiento interior. Lo terrible es la pobreza del recuerdo. Cuando la inquietud pasa, el recuerdo es siempre agradable, de lo bueno como de lo malo. Uno supone dos viejos metidos en un asilo. El uno ha tenido aventuras, amores, ha pasado peligros; el otro no puede contar nada, no le ha pasado nada. ¿Quién es el más feliz? El que ha vivido. Para mí, es indudable.

—Sí, quizá —murmuró el poeta y sonrió, sin duda pensando vagamente en sus penas.

VII

El estanque ha sido la belleza y la gracia del jardín durante largo tiempo.

En el agua, cristalina y pura, las ninfeas y los asfodelos brillaban con sus flores carnosas y pálidas; los cisnes blancos trazaban estrías en el líquido de cristal; reinaba la tranquilidad y la pureza.

El estanque dormía como las lagunas de los montes en sus lechos de roca, o como los pantanos que se forman en el fondo de los bosques.

Una planta exótica, la raíz de un árbol, hizo de cuña en las paredes y abrió un boquete, las hojas muertas obturaron el cauce de entrada y en el estanque, antes serenidad y perfume, comenzó la fermentación y la pestilencia.

Las plantas del fango se desarrollaron, las flores malsanas, de corolas espesas, comenzaron a exhalar sus perfumes embriagadores y estupefacientes. Al hálito puro y sano del agua viva, sucedió el aliento febril del agua inmóvil. Las raíces viciosas y retorcidas como serpientes salieron de los rincones, y los peces rojos aparecieron muertos en la superficie.

El estanque—*Croquis sentimentales.*

TRAGEDIA EN EL HOTEL

Unos días después, al llegar Larrañaga al hotel de los Tres Reyes, se encontró a la puerta con un grupo de gente.

—¿Qué pasa? —preguntó a un empleado del hotel.

—Que acaba de suicidarse una mujer.

—¿Aquí mismo? ¿Quién?

—Una austriaca, la condesa Bathori.

Larrañaga telefoneó al cuarto de Pepita para darle la noticia; la camarera contestó que la señora no estaba arreglada.

Larrañaga esperaba inmóvil en la escalera, cuando pasó una camilla. Traían a la suicida.

—¿Vive aún? —preguntó Larrañaga.

—No; ha muerto ya. El juez ha mandado que la lleven al depósito.

Uno de los empleados contaba en francés a un señor lo ocurrido. Hacía una relación que quería ser detallada y pintoresca.

—La condesa Bathori vivía aquí, con intermitencias, desde el final de la guerra —dijo—; era una mujer muy chic. ¡Oh, ya lo creo! Una dama de la alta aristocracia. Se decía que estaba arruinada. Probablemente, por la guerra. Se aseguraba que se había separado de su marido. ¡Vaya usted a saber! Aquí se había encontrado con el príncipe Carlos de Coburgo, paisano suyo,

que había mandado un cuerpo de ejército austriaco durante la guerra. Estos dos grandes personajes, venidos a menos, la condesa y el príncipe, se hicieron muy amigos y vivían en plena intimidad. Después de tres años de intimidad, se dijo en Basilea que el príncipe Carlos iba a renunciar a su categoría de gran maestre y a sus títulos y a casarse con una viuda suiza de gran fortuna. La condesa pareció no dar importancia a la noticia. Yo la vi hace dos días y estaba alegre y sonriente; pero esta mañana se ha presentado en el hotel muy temprano, cuando limpiaban los mozos el pasillo. Los criados, como la conocían, la han dejado pasar. La condesa ha llamado en el cuarto del príncipe, y éste sin duda ha abierto y ella ha entrado. Después se han oído voces dentro: primero, tranquilas; más tarde, furiosas; la condesa ha comenzado a gritar e insultar, y se ha visto salir al príncipe, demudado, por otra puerta. Luego se ha oído un tiro que apenas ha sonado. Los criados han entrado en el cuarto y han visto a la condesa en el suelo, con el traje manchado de sangre. Se había pegado un tiro en el corazón. Se ha llamado al médico; pero, cuando ha venido, estaba muerta.

Larrañaga subió al cuarto de Pepita y contó lo ocurrido.

—¡Qué lástima! —exclamó Pepita—. ¿Y era hermosa?

—Una mujer soberbia —contestó Larrañaga—; alta, esbelta, con unos ojos hermosos y una dentadura blanca y fuerte.

Durante el día no se habló en el hotel y en toda la ciudad más que de aquel suicidio de la condesa. Se dijo que el médico que la hizo la autopsia quedó asombrado de la gran belleza de su cuerpo.

El príncipe no apareció en el comedor del hotel; sin duda comía solo en su cuarto.

* * *

Días más tarde, Pepita convidó a almorzar al poeta, y se trató, naturalmente, de la condesa Bathori.

El poeta habló de la condesa con melancolía.

Luego en el postre, un poco animado por el vino, dijo:

—Este final de la condesa Bathori me recuerda el caso fantástico que he leído hace tiempo en un libro antiguo, en latín, titulado: "Disquisitionum Magicarum", de Martín del Río. En este libro hay un ejemplo, en el libro segundo, que comienza así: *Basilae quidam sartor ingenio simplex*. Un sastre un poco simple de Basilea entró en una cueva, cerca de la ciudad, ya en ruinas, llamada Augusta Rauracorum, con una vela bendita, y se encontró en el fondo *in medio aulam magnifice ornatam spectari et virginem formossisimam pubetenus*. Esta doncella, en vez de tener piernas como todo el mundo, terminaba en una horrible serpiente. La doncella estaba guardada por perros alanos, que la

vigilaban y daban terribles alaridos. La muchacha enseñó al sastre una arca llena de monedas de oro, plata y cobre, y le dijo que era hija de un rey, que estaba encantada y que, para ser desencantada, un joven puro debía darla tres besos. El sastre le dió dos besos; pero al segundo, la doncella empezó a agitarse de tal manera, que nuestro sastre basilense se escapó asustado. El padre del Río, autor de la obra, supone que si nuestro sastre le llega a dar el tercer beso, la doncella serpentina le hubiera matado, porque era de *genere lamiarum,* y los perros eran también demonios. El padre del Río recuerda a la hada Melusina, de la casa de Lusignan; luego, al pensar qué objeto puede tener el demonio para vigilar los tesoros escondidos, del Río afirma que es para reservárselos al Anticristo. Ante esta reflexión no hay más remedio que callar.

—¿Y por qué esta doncella serpentina le recuerda a usted a la condesa Bathori? —preguntó Pepita.

—Hace un año, o cosa así —contestó el poeta—, estuvo en nuestra tertulia el maestro de un pueblo próximo, hombre sencillo, que hacía versos y que fué presentado a la condesa. La condesa y el maestro simpatizaron y se hicieron amigos. El tenía gran entusiasmo por ella, y ella también por él; pero él no se atrevió a decirle nada y se marchó a su aldea y no volvió. Hizo como el simple sastre de la antigua historia. No se decidió a desencantar a la condesa, pensando también que era de *genere lamiarum.*

—¿Piensa usted que si el maestro hubiera insistido con ella su destino no hubiera sido tan fatal?

—Así lo creo.

—Hay que insistir —dijo burlonamente Pepita.

—¿En todos los casos? —preguntó Larrañaga.

—Yo creo que sí. En todos.

—Nuestra tertulia, a la que iba esta desgraciada condesa, ha tenido muy mala suerte —siguió diciendo el poeta—. Entre los contertulios había dos hermanos, uno comerciante y el otro profesor. En cuestión de unos meses, uno de los hermanos, el comerciante, se ha arruinado y suicidado; el otro se ha vuelto loco. Hace unos días fuí yo con intención de verle al manicomio, pregunté por él y me llevaron a una celda, en donde apareció un loco, inquieto y displicente, que me dijo: ¿Qué se le ofrece a usted, caballero? ¿Con qué derecho viene usted a molestarme? Es que me he equivocado —le contesté yo—. Este loco tenía el mismo apellido que el amigo a quien yo buscaba, y se habían confundido al llevarme a su celda.

—Es la locura de los cuerdos —dijo Larrañaga—. He conocido un hombre que fué en todo modelo: vivió con exactitud de cronómetro, fué buen estudiante, se casó a su tiempo, no hizo ninguna tontería, y, de pronto, en las proximidades de los cincuenta años, se apartó de su camino de tal manera, que se hizo un borracho in-

mundo, un degenerado, y acabó por suicidarse.

* * *

Después de almorzar salieron los cuatro a la calle.

El poeta conocía Basilea admirablemente.

En sus paseos por la ciudad hacía de cicerone sin querer. Este pueblo tranquilo y burgués, donde vivió Erasmo y nacieron Holbein, Euler y los Bernouilli; donde explicaron Paracelso, Burckhardt y Nietzsche, era para él un mundo. Explicó cómo algunos humanistas españoles del siglo XVI, Luis Vives, Fox Morcillo y otros habían publicado allá sus libros, y habló luego de la famosa danza macabra de la iglesia de San Juan, que constaba en otra época de cuarenta y dos tablas, de las que no quedaban más que unas pocas y entre ellas una en la cual está predicando el reformador de Basilea, Ecolampadio.

—¡Ecolampadio! —exclamó Pepita—; qué nombre más raro para un suizo.

—No se llamaba así —dijo el poeta—. Fué de los que tradujeron su nombre al griego. El se llamaba Hausscheim (luz de la casa). Hizo, como el otro reformador alemán, Melanchthon, cuyo nombre de familia en alemán era Schwartzerde (tierra negra).

—¡Ah, vamos! Me chocaba un apellido tan claro, con tantas vocales: Ecolampadio.

Cruzaron el puente y fueron al otro lado del río.

El poeta les mostró un restorán italiano popular donde, sin duda, el amo había mandado pintar hacía unos meses, en la muestra, un lazarone napolitano comiendo macarrones con los dedos. El cónsul de Italia en Basilea protestó al verlo, diciendo que los italianos comían los macarrones con tenedor, y hubo que pintarle al chico napolitano de la enseña un tenedor en la mano.

El poeta se burló de la suspicacia y del nacionalismo de los italianos, que se consideraban por cualquier motivo ofendidos.

—Al pobre italiano ¡Benedettò! le calumnian —dijo el poeta con ironía—. ¡Que come los macarroni con los dedos! Esto es higiene. Que maneja con frecuencia el puñal y el veneno... pero es por altruísmo.

—Hombre, a mí me parece bien el puñal y el veneno —dijo Larrañaga—. Lo que no me parece tan bien es la banalidad, la cursilería del italiano moderno. Yo creo que el Gran Maestre de la cursilería mundial, es D'Annunzio. Quizá se pueda decir, en esta cuestión de la cursilería, que D'Annunzio es Aláh y Mussolini su profeta. ¡Qué gente más chabacana! Verdad es que todo el Mediterráneo es igual. Como antes se decía que la luz venía del Norte, hoy se puede decir que la cursilería es mediterránea. Esa Italia de Mussolini es de lo más grotesco que cabe. En España tendremos que imitarles, diremos que nuestros aldeanos llevan

sombrero de copa, casi tan ridículo como los que usan los alemanes y los suizos los días de fiesta; aseguraremos que bailan el *shimmy* y que usan manicura.

—A mí me parece bien que cada cual defienda a su país —dijo Pepita—. El burlarse del país de uno, es como burlarse de uno.

—No creo que tanto.

—Tú no aprecias nada. Tú crees que las cosas no tiene valor, y no es cierto.

—Comprendo que esto tiene su explicación, que es natural.

—Pues, ¿entonces?

—Es natural, pero es una exageración tomar las cosas así, a punta de lanza. No podremos nunca llegar al conocimiento de todo y quizá ni valga la pena. La señora rusa de Zurich, la suegra de Haller, suponía que yo me pasaba la vida con mi calañés y mi capa tocando la guitarra y dando serenata a una muchacha guapa. Está bien. Yo supongo que un ruso es un hombre de grandes barbas y un caftán, que, en caso de necesidad, come velas de sebo y bebe Vodka; que un alemán es un joven rubio, pecoso, con las piernas al aire, anteojos y un cacharro de aluminio al cinto, o un señor gordo, barbudo y profesor, y que un inglés tiene los dientes largos y los pantalones a cuadros, y que dice a cada paso: Aoh yes; ¿Qué importa que no nos conozcamos?

—Yo creo que mucho; por eso me parece muy bien lo que ha hecho el cónsul de Italia y lo que hace Mussolini.

Larrañaga no sentía ninguna simpatía por Mussolini. Le parecía, sobre todo, un cómico malo, sin originalidad, hecho a base de lugares comunes de literatura d'annunziana, infecta.

El poeta creía lo mismo. Encontraba a Mussolini de elegancia y dandysmo falsos.

No creía que fuera valiente y decidido; más le parecía un simulador, quizá por dentro blando y tímido.

VIII

Un francés del siglo XVIII, al ver en el teatro un baile inspirado en una tragedia de Racine, dijo que por este camino se llegarían a bailar las *Máximas* de la Rochefoucauld.

Bailes.—*Fantasías de la época.*

LA ANTROPOSOFÍA

—El carácter cómico-lírico-bailable de las *Máximas* de la Rochefoucauld, parece que no se ha comprobado aún —decía Larrañaga—; pero, en cambio, se ha comprobado y se ha llevado a la práctica, el de Göethe. Esto lo ha comprobado el escritor profeta fundador de la antroposofía: Rodolfo Steiner.

—¿A qué viene esto? —preguntó Pepita,.

—Viene a que vamos a ir a visitar el templo

antroposófico, que hay cerca de Basilea, con nuestro amigo Stolz.

El día anterior había llegado Stolz a Basilea con su chaquet y su puro; necesitaba, según dijo, ver a sus amigas españolas. Habló por los codos, divagó y dijo que tenían que ir a visitar el Göetheanum, el templo antroposófico, próximo a Basilea. El antiguo templo se había quemado. Los amigos de Steiner achacaban el incendio a los católicos. Los enemigos sospechaban que lo habría quemado, antroposóficamente, el mismo Rodolfo Steiner, el fundador de la secta, para cobrar el seguro de incendios, que era muy crecido.

Al parecer, se estaba construyendo otro Göetheanum. Así, a la muerte de Steiner, seguiría la apoteósis de sus ideas y la reconstrucción del templo.

Stolz era enemigo de la antroposofía de Steiner. Suponía en ella una gran cantidad de superchería y de falta de honradez. Pensaba que el fundador del Göetheanum era hombre de cultura, pero medio perturbado, medio simulador. Todo aquello de los colores de los espíritus y de las voces de la naturaleza, tomado en sentido estricto y material, como lo tomaba el fundador de la antroposofía, le parecía repugnante.

La introducción al conocimiento de los mundos superiores y la invención de un estado anterior de la tierra, en que las almas se entendían por sensaciones gustativas y olfatorias, le molestaba.

Eran fantasías mistagógicas, estilo Flammarión, al alcance de las más mínimas fortunas intelectuales, pero sobre todo, lo que más ofendía y molestaba a Stolz, era que Steiner, con sus discípulos y discípulas, hubiera convertido en bailables las poesías inspiradas del viejo Göethe, el santón de la intelectualidad alemana.

Stolz convenció a Pepita y a Soledad que debían ir a Dornach a ver el nuevo Göetheanum.

—Bueno, pues iremos —dijeron ellas.

* * *

Marcharon en tranvía hasta la estación central, y Stolz les llevó al café, que estaba lleno de público elegante. En una mesa se encontraba el poeta, que fué a saludarles, y se unió a ellos. Stolz sonrió y habló por los codos.

—Pero, bueno. ¿No vamos a ver eso? —preguntaba Larrañaga.

—Hay tiempo. Está cerca.

Como Larrañaga insistía, salieron al andén y entraron en un vagón. La tarde estaba obscura y gris. Iba a llover de un momento a otro.

En el campo había todavía árboles frutales en flor.

Dos o tres estaciones después de Basilea llegaron a Dornach. Bajaron. Comenzaba a llover.

Subieron por caminos estrechos, después por un sendero, hasta llegar a un portillo, que cerraba el paso. Se detuvieron. Al lado del portillo, debajo de un chozo, había un joven con chaqueta impermeable de caucho, sombrero de grandes alas y una capa, leyendo un libro.

—¿No se puede entrar a ver las obras? —preguntó Stolz.

—No, todavía no; no hay nada que ver.

Stolz habló largo rato con aquel joven. Al parecer, vigilaba el templo para que no intentaran otra vez pegarle fuego.

El joven explicó varios milagros hechos por el doctor Steiner y aseguró que cuando murió el doctor, con sus propios dedos se cerró los ojos. Para qué hizo esta fantasía, no lo dijo.

Stolz contó, lo que había dicho, a Larrañaga.

—Es extraño que estas estupideces puedan creerse todavía.

Pepita preguntó qué era un edificio extraño que se veía a pocos pasos del Göetheanum. Era únicamente la chimenea de una fábrica de electricidad.

Vieron vagamente lo que se podía ver desde lejos del templo antroposófico, hermano espiritual de la Sagrada Familia, de Barcelona, y después de Dornach marcharon a una aldea próxima, llamada Arleshein. Arreciaba la lluvia; llegaron a la plaza del pueblo, con su iglesia católica de dos torres, con cúpula, como el bulbo de una cebolla. Destacándose Stolz de los demás, entró en una fonda. Los otros le siguieron. Stolz inspeccionó las tres o cuatro habita-

ciones de la fonda y escogió la mejor y el mejor sitio.

* * *

La cena fué abundante y suculenta. Stolz comió como siempre, como un ogro, y Larrañaga, el poeta y él se lanzaron en plena divagación. Se discutió de todo, de lo divino y de lo humano.

Pepita y Soledad hablaron de sus cosas, porque las discusiones tomaban un carácter para ellas poco ameno.

De cuando en cuando oían sentencias como estas:

—La ciencia no es más que método y técnica —aseguraba Stolz—. No exige capacidades superiores.

—El socialismo se va realizando diariamente, sobre todo en países como Suiza, sin grandes gritos ni revoluciones —decía el poeta—; todo se va aclarando a fuerza de estadística y de policía.

—Si las mallas de la red de la policía y de la estadística se han estrechado de tal manera que ya es imposible el misterio —aseguraba Larrañaga—, los pasos de las personas más insignificantes se conocen. Bastaría que la luz del reflector viniera a cualquiera de nosotros para que todas las huellas insignificantes que uno ha

dejado en su vida aparecieran. Dónde ha nacido uno, dónde ha vivido, en qué hoteles ha estado, toda la historia vulgar aparecería clara.

—¿Y eso te parece mal? —preguntó Pepita.

—Muy mal; repugnante. El Estado va a crear los hombres que necesita por la educación, que hoy es un molde fortísimo. Antes, el hombre completo era más un producto de la naturaleza que de la pedagogía, y a medida que aumenta el socialismo la estadística y la escuela, el hombre completo se dará menos y el especialista más. Porque el hombre fabricado por estas escuelas es un especialista y, al mismo tiempo, es un pedante.

—Tiene usted razón —afirmó Stolz.

—El estado socialista, con su pedagogía —siguió diciendo Larrañaga—, hará de los hombres lo que hacen los cultivadores con las vacas sin cuernos. Grifones, lebreles o galgos, los fabricará en sus laboratorios, que para los hombres serán las escuelas. Quizá puedan emplear, al mismo tiempo que las explicaciones, el ciuematógrafo y los libros, las inyecciones de suero y los injertos de glándulas.

—¡Quién iba a creer —añadió Stolz— que todas las furias de la libertad, los entusiasmos de los eleuteromanos, iban a acabar en una cosa tan prosaica como la democracia y el socialismo, en la vida dirigida por la economía y por la estadística!

—¡Cómo hablan! —dijo Pepita a Soledad.

—Son como chicos —contestó ésta, riendo.

Tras de comer, beber, fumar y discutir, se

vió al poeta que iba quedando más sombrío y más triste.

—¿Qué le pasa? —preguntó, disimuladamente, Pepita a Stolz.

—Le entra la murria y la melancolía, y es cosa triste verle. ¿Vámonos?

—Cuando ustedes quieran.

—Señores. Nos faltan diez minutos para coger el tren. ¡Hala!

Pagó Stolz y salieron a la calle. Hacía una noche magnífica.

—Usted, Larrañaga, se queda para acompañar a las señoras. El poeta y yo vamos corriendo, no sea que se cierre el despacho de billetes. ¡Hala! Vamos.

Se vió a Stolz corriendo por la carretera con su chaquet y su puro, y tras él al viejo poeta.

—¡Qué tipo! —exclamó Pepita.

—Si es como un chico.

Cuando llegaron a la estación venía un tren, que tomaron. El poeta había dominado su tristeza.

Stolz y Larrañaga acompañaron a Pepita y a Soledad hasta el hotel, y después volvieron juntos.

IX

Entre Hugo de Vries, Mendel y las aplicaciones de sus descubrimientos a la filosofía, han hecho pensar otra vez a los aficionados, que sino la gran libertad teórica y absoluta, hay una pequeña libertad práctica, una cierta espontaneidad espiritual que llaman indeterminismo.

El indeterminismo.—*Fantasías de la época*

FIGURINES ESPAÑOLES

Se encontraba Larrañaga en el hotel del Parque desayunando, cuando el mozo le dijo que dos españoles le invitaban a tomar algo con ellos.

Larrañaga se levantó y les dió las gracias, y habló un momento con los compatriotas. Eran dos jóvenes recién venidos de Alemania; el uno,

militar muy atezado, muy moreno, y el otro, profesor de derecho de una Universidad de provincia, muy pálido.

—¿Usted conoce Basilea? —preguntó el militar a Larrañaga.

—Sí.

—¿Qué se podía hacer para pasar el día?

—Hombre, pueden ustedes, primero, ver el pueblo; luego, comer en una de esas tabernas españolas que hay en la plaza, cerca del Museo Histórico; por la tarde, ver los alrededores y el jardín zoológico y cenar en el café del Casino.

—¿No quiere usted acompañarnos?

—No; yo tengo que ir a ver a unos parientes.

—De noche, ¿no está usted libre?

—Sí, de noche si están ustedes allá, iré al café del Casino a charlar un rato.

Larrañaga marchó, como todos los días, al hotel de los Tres Reyes; comió y cenó allí; por la noche fué al café del Casino, donde se encontró con sus dos españoles y se sentó con ellos.

De primera intención, el profesor no le fué simpático. Poco inteligente, muy pedante, de gran suficiencia, se creía hombre achicado por tener que vivir en su país; se consideraba un desterrado en España. Para él todo lo extranjero era mejor, porque sí.

Habló de Europa de manera ridícula, como si fuera una bienaventuranza mística que no le tocara nada a España; afirmó que hombres como él tenían que expatriarse.

—Para mí, Europa es una realidad geográfica y nada más —replicó Larrañaga—. Si Europa

fuera sinónimo de civilización y de cultura, Albania y Servia no serían Europa, pero, en cambio, lo serían Boston o Melbourne. ¿A qué establecer confusiones ridículas? Además, el expatriarse es cosa fácil. No se necesita gran cosa para ello más que dinero. La cuestión es poder vivir fuera del país natal.

El profesor no podía ver las cosas con sus ojos y creyó que no le comprendían, y dió largas explicaciones, complicadas y aparatosas.

A Larrañaga le pareció un majadero perfecto.

—Yo creo que todo eso que dice usted es palabrería —exclamó no muy amablemente Larrañaga—. ¿Qué es eso de ser africano de primera y europeo de segunda? Son gracias de profesor, majaderías, porque el cretino de los Alpes, o el habitante de las Hurdes, por torpes que sean no pueden dejar de ser de Europa; ni San Agustín, Tertuliano, Aníbal o Terencio por muy geniales dejan de ser africanos.

Larrañaga creía que estos distingos de escuela no podían interesar a nadie, más que a pobres alumnos, embrutecidos por las explicaciones de un pedante.

Desde que se convenció de que el profesor era un necio, no se ocupó de él.

El profesor y el militar, sin duda, se habían encontrado en algún pueblo de Alemania y volvían juntos, pero se sentían extraños el uno al otro.

El profesor desdeñaba la manera de ser del militar, y éste no hacía caso del profesor.

Larrañaga los había creído amigos.

Una muchacha se acercó a la mesa y el profesor la invitó a sentarse, y se puso a hablar con ella en alemán, probablemente bastante mal, con la satisfacción del hombre estúpido que demuestra sus conocimientos, satisfacción que le rebosaba por todos sus poros.

* * *

El militar, tipo flaco, moreno, concluída una pensión de varias semanas, regresaba de Alemania y de Checo-Eslovaquia. Había pasado tres años en el Tercio, en Marruecos.

—¿Pero la vida allí, debe ser horrible? —le dijo Larrañaga.

—¡Pse! Se acostumbra uno.

—La gente con quien andarían ustedes, sería de lo peor de cada casa.

—Ah, claro; pero creo que a mí me ha convenido estar allá.

—¿Y va usted a volver?

—Creo que sí. Y eso que tengo en Madrid mujer e hijos. La guerra, para el militar, es la única escuela. Se forman otros valores que en tiempo de paz. En una tropa como la del Tercio, se vive entre gentes capaces de lo más bajo y de lo más heroico.

Larrañaga contempló con curiosidad al militar.

—¿Y cómo se le ocurrió a usted meterse en el Tercio? ¿Por necesidad?

—No. ¿Pensará usted que fué una idea literaria la que me impulsó a ello?

—¡Una idea literaria! Es extraño.

—Mi padre es también militar. Es contemporáneo de los que hicieron la guerra de Cuba. Estuvo allí con el general Lachambre, y fué condiscípulo de Enrique Ibarreta, de Alvarez del Manzano, de Fortunato López Morquecho y de otros tipos por el estilo. Estos hombres eran valientes, pero indisciplinados. Mi padre suele contar anécdotas de ellos. Ibarreta, que fué condiscípulo suyo en la Academia de Guadalajara, muchas veces se levantaba de la cama, y en camisón, en días de invierno, corría por una cornisa, a veinte metros de altura, a riesgo de estrellarse.

—¿Y para qué hacía eso?

—Para nada, para divertirse con el peligro. Ibarreta estuvo en la guerra contra los yanquis, luego se hizo explorador y murió en el Chaco asesinado por los indios. Parecía que se había casado con la hija de un cacique. López Morquecho, Manzano, Lolo Benítez y otros compañeros de mi padre eran por el estilo.

En la juventud, locos, desesperados, desatados, y luego, en la vejez, prudentes y escépticos. Mi padre consideraba bien el haber sido un poco aventurero en su juventud; pero creía que su hijo debía ser todo lo contrario. Concluí yo la carrera y estuve en todos los sitios seguros y sin peligro gracias a las recomendaciones

de mi familia. Llegó un día en que comencé a cansarme, y por entonces conocí a un médico militar un poco loco.

Me habló, me exaltó, me prestó unos libros, y un día me dije: Nada; mañana me voy al Tercio, y así lo hice, en contra del padre, de la madre y de la mujer. He visto horrores; he ascendido a capitán, y me he templado para la vida.

—Me parece muy bien lo que ha hecho usted y le felicito —dijo Larrañaga—; pero no sé si la obra de ustedes en Africa valdrá algo. Hay que reconocer que ocupar ese trozo de Marruecos no es un gran ideal para España.

—Estoy de acuerdo; pero creo que el militar tiene que tener la idea de que hay que hacer lo necesario con energía y generosidad, sea la obra grande o sea pequeña. La cuestión sería purificar el ejército y luego el resto de España.

—Está bien; me parece muy bien que tengan ustedes un plan así. Es algo más que esta idea estúpida de su compañero de usted, que cree que porque sabe cuatro cosas ya no puede vivir en España. ¿Y usted no ha sido herido?

—Sí, pero levemente. He tenido suerte.

El militar contó alguna de sus aventuras en Marruecos, ninguna muy extraordinaria. Lo único curioso que se destacaba en su relato era que en medio de una turba de mala índole, canallas en su mayoría, había gente joven de buenos sentimientos, infantiles, para quien el capitán, con sus veintiocho años, era ya como un padre.

Larrañaga, después de escuchar algún tiempo, se despidió del militar y del profesor y se fué a su casa pensando en los nuevos figurines que iba presentando su país.

Seguramente se hubiera reído si hubiese oído lo que le decía el profesor al militar.

—Este señor debe ser algún ricacho de Bilbao, de esos conservadores rabiosos.

TERCERA PARTE

CONFUSIÓN

I

Todo es nuevo en el mundo —ha pensado Joe—. Esta mañana es nueva. El aire que respiro no es el de ayer, ni el de mañana; la mariposa que vuela es la de hoy, ayer probablemente no existió, mañana no existirá; tal es la brevedad de su vida. La alegría experimentada por mí en este momento es también actual, única y diferente a todas las demás; ni la que le precede, ni la que le sigue son iguales. Todo es nuevo en este mundo, nuevo a cada instante.

Todo nuevo.—*En voz baja.*

DISCUSIONES DE LA ENGADINA

Por entonces Fernando, el marido de Pepita, escribió a su mujer que iba a venir a Basilea. Pepita mostró la carta a Larrañaga, una carta redactada con habilidad y con astucia, sin confesar las faltas, preparando un arreglo.

Al mismo tiempo Stolz convidó a pasar dos días en la Engadina a José Larrañaga.

—No voy a ir —dijo José a Pepita.

—¿Por qué no? Debías ir. Ese viaje te entretendrá.

Quizá Pepita no quiera que yo esté presente al llegar su marido, pensó Larrañaga, y como se hallaba dispuesto a entender las medias palabras y las medias intenciones, se fué a acompañar a Stolz.

Marcharon en tren hasta Coira, y después, en un tranvía eléctrico, entraron en el centro de los Grisones, admirando las perspectivas de los montes nevados, los picachos erguidos y los torrentes que caían espumosos desde las alturas.

Estuvieron en Saint Moritz y en Pontresina. Los hoteles se hallaban atestados de judíos venidos de todas partes.

—Es una inundación de judíos —decía Stolz—. En todos los sitios agradables del mundo no se ven más que judíos. Los morenos todavía tienen cierta gracia; pero esos judíos ru-

bios son muy desagradables. Una señora me decía que parecen cucarachas rojas.

A Stolz le estorbaban los judíos; en cambio, el campo le entusiasmaba.

Aquella Naturaleza grande, pomposa; el aire vivo y puro de la altura, produjo también a Larrañaga sensación de alegría y de ligereza.

Stolz y su amigo discutieron largamente.

El tiempo era admirable; el cielo, claro, magnífico; los montes, nevados. En el fondo de los valles brillaban los lagos y de los bosques de abetos y de alerces llegaba un hálito fresco y perfumado.

Los prados se conservaban verdes y esmaltados de flores. A veces el aire de cromo del paisaje impulsaba a Larrañaga a encontrar la Naturaleza un poco teatral y falsa.

Uno de los Goncourt, no precisamente un águila del pensamiento, decía que no veía nada en la Naturaleza que no le recordara alguna cosa artística ya realizada. Esto, en parte, nos ocurre a todos los amanerados y vulgares, pero seguramente al que tiene grandes dotes de creación artística no le debe pasar.

Stolz quiso decidir a Larrañaga para que fuesen juntos al glaciar del Bernina, pero Larrañaga no se decidió. Desconfiaba de sus condiciones deportivas.

Estuvieron en Sils María; vieron su anfiteatro de montañas nevadas, su lago y el lago próximo de Silvaplana.

Allí, al parecer, se había inspirado Nietzsche para componer su poema Así hablaba Zarathus-

tra. Stolz era partidario del filósofo alemán; Larrañaga lo encontraba muy kolossal.

—Los rusos —dijo Larrañaga— suelen decir: Nietzsche, *nitchevo*. Es decir: Nietzsche, nada.

—Pero eso no es cierto —replicó Stolz—. Queda mucho de Nietzsche. Su crítica tiene gran importancia.

—Yo nunca he sido nietzscheano —replicó Larrañaga—. Toda la parte afirmativa de Nietzsche: aristocratismo, clasicismo, superhombrismo, me ha parecido aparatosa y huera, quincallería, tendencia a lo kolossal, Zarathustra no me gusta nada; es como una ópera de Wagner. La parte de crítica de Nietzsche es lo que a veces me ha parecido bien.

—Era un ario.

—Amigo Stolz, usted sabe muy bien que esto de los arios y de los semitas es una fantasía que parece que no tiene más que un relativo valor lingüístico.

—Yo creo que lo tiene étnico, y sobre todo espiritual.

Del Zarathustra de Nietzsche pasaron a hablar de Zoroastro el antiguo, del verdadero. Stolz quería creer que Zoroastro era un completo germano; pero Larrañaga aseguró que la existencia del fundador del magismo persa era muy insegura, y que, probablemente, sino en su existencia, en sus teorías había, como en la de todos los fundadores de religiones, elementos extraños de Asiria y de Babilonia.

—¿Usted tiene buena idea de la religión, o la

considera usted, como los ateos, cosa vergonzosa? —preguntó Stolz.

—Yo creo que la religión es una interpretación de la Naturaleza con su disciplina subsiguiente. No creo que honra, no creo tampoco que deshonra.

—¡Hum! Me parece que está usted en el grupo de los ateos.

—Más bien entre los agnósticos. Es indudable que nadie puede mirar por encima de sí mismo. La religión parece que a veces está alta; a veces la vé uno muy baja. No sé si es perfectamente exacta, pero yo me he forjado una teoría sobre las religiones históricas, que supongo, naturalmente, que no será nueva.

—Veámosla.

—Supongo que hay en las religiones adultas, filosóficas, dos ramas: Una, que tiene por base el monoteísmo y el dualismo; la otra, que tiene como fundamento el panteísmo y el monismo. La primera encuentra grandes contrastes: Dios y el diablo, el mal y el bien, la luz y las tinieblas, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo; la segunda lo funde todo, y apenas tiene Dios. La primera me parece que nace en los pueblos de la Europa oriental y del Asia próxima a Europa, en países donde hay predominio de los semitas. Es religión ardiente, optimista, de hombres de acción, con un Dios que manda y reclama. La otra nace en el Asia central: es religión más fría, más filosófica, pesimista, de gente contemplativa, y se puede decir

que no tiene Dios, porque en ella la Naturaleza es como divina.

—No hay que dudar de que usted, de profesar alguna religión, estaría con los segundos.

—Es verdad.

—¿Y usted supone a Zoroastro como brote de la primera rama?

—Más bien su religión me parece intermedia. No se encuentra el Dios fuerte, exigente y reclamador de las religiones semíticas, pero existe el dualismo exagerado del bien y del mal. La tendencia monista, en la cual lo natural y lo divino se mezclan y se consideran como una misma cosa, yo creo que produce espontáneamente la magia y después la ciencia; en cambio, la tendencia dualista: arriba Dios, abajo la tierra; a un lado la luz, al otro la tinieblas, produce la religión dogmática, fanática, la idea de dependencia del hombre con su Dios.

—¿De Zoroastro ha leído usted algo?

—He leído hace tiempo la traducción del *Zend Avesta,* creo que de Anquetil-Duperron.

—¿Y es interesante?

—¡Oh, no! Muy aburrido. El viejo Zarathustra dice casi tantos absurdos en el original como en la rapsodia de Nietzsche.

—¿Y se advierte en él al ario?

—No lo creo; además, se cree que Zoroastro, si existió, no era de la Bactrania ni de país claramente ario, sino un forastero nacido en alguna región de vida nómada y probablemente semítica.

—¿Cree usted?

—Es lo que he leído. Parece que es cosa comprobada que en el *Avesta* hay elementos semíticos. La creación con su Dios único y sus seis días o períodos, el diluvio y otra porción de cosas, en el *Avesta* son iguales que en el *Génesis*. No puede chocar nada el semitismo de Zoroastro dada su tendencia dualista y su creencia en un espíritu absoluto del bien y en otro del mal. Esta tendencia concuerda indudablemente con las doctrinas de Moisés, de Jesucristo y de Mahoma.

—Yo no lo creo así.

—A mí hasta Nietzsche no me chocaría nada que fuera un judío disfrazado.

—Hombre, no —exclamó Stolz riendo.

—Ese optimismo rabioso no tendría nada de particular que fuera de algún Aschkenasin venido de algún ghetto de Polonia.

—Yo considero a Zoroastro como un ario, como un abuelo del buen europeo, del germano puro.

—Pero el europeo, el buen europeo que dice usted, es sin duda un hábil mecánico, un buen científico, un excelente relojero, un perfecto ciclista; pero en cuestión de religiones no puede competir con los semitas. Lutero, Calvino, San Ignacio, el general Booth, son ridículos al lado de Moisés o de Mahoma. Hay que reconocer que para inventar religiones el europeo no ha servido. El europeo está bien en su sentido de lo relativo, de lo científico; pero cuando se entusiasma y quiere marchar a lo dogmático, a lo absoluto y ponerse altisonante, se convierte en

ridículo. En esto un moro zarrapastroso está mejor que él.

—Exagera usted.

—Cierto; no digo que no. Esos pequeños profetas ariófilos, como Chamberlain, quieren demostrar que el ario, el germano, es el hombre templado, inteligente y de buen sentido, cosa que es posible, pero gentes así no inventan la religión. Las religiones las crean indudablemente tipos de visionarios, enloquecidos, febriles, exaltados. Ya sabe usted lo que pensaba Hume de las religiones.

—¿Qué es lo que pensaba?

—El decía que eran imaginaciones fantasmagóricas de monos semihumanos. Si el Chamberlain y sus congéneres quieren hacer un ramillete de lo mejor que encuentran en el mundo para atribuírselo a los germanos, eso ya es una ridiculez.

—Sí, es verdad; antes que nada, hay que ser veraz.

—No comprendo bien la actitud de Renán con relación a los judíos y semitas —añadió Larrañaga—: por un lado entusiasta y por otro no. Tan pronto parece que el genio hebreo le atrae como le rechaza. La teocracia, fundada por los profetas, seduce a este cura fracasado. Para él un gobierno de curas y de profesores sería el ideal.

—¿Para usted no?

—Para mí, no. Yo casi preferiría el de los soldados y el de las cocottes. Tampoco comprendo cómo el buen cristiano, ilustrado, puede ser

anti-semita. Es como el hombre que sea enemigo de su padre.

—¿Y usted qué se siente?

—Yo, poca cosa; pero me alegro de no tener que ver con ninguna de esas dos grandes ramas de los arios y de los semitas. Esclavitud, régimen abominable de castas de la India, vendedores de esclavos de los fenicios, matadores de ilotas entre los griegos. No experimento ningún entusiasmo por ellos. ¿Qué quiere usted? Preferiría proceder directamente de un sencillo cazador o pescador que viviera en su cueva pirenaica en el período paleolítico.

* * *

Fueron Larrañaga y Stolz en el tranvía eléctrico por las orillas del Inn, que corre con sus aguas verdes y grises hasta la frontera del Tirol.

En Guarda, donde comieron, encontraron un chico y un viejo, los dos italianos del Mediodía, que iban hacia la Valtellina. El viejo llevaba un acordeón al hombro, con un letrero que decía: "Academia Armónica Stradella Milano". El chico tenía una cara de ingenuidad y de inteligencia extraordinaria.

Stolz y Larrañaga estuvieron hablando largo tiempo con los dos; se enteraron de sus proyectos y adónde iban.

Al día siguinete, Larrañaga y Stolz volvían a Basilea.

II

Según los antiguos astrólogos, hay años climatéricos, años de convulsiones, de supuestas grandes crisis.

Tales años, para algunos, eran los múltiplos de siete; en opinión de otros, los múltiplos de nueve. Como unos y otros no andaban muy conformes en las fechas, los partidarios del siete y los del nueve coincidían en fijar la gran edad climatérica para todas las personas en el año sesenta y tres de su vida, múltiplo al mismo tiempo del siete y del nueve.

En los días existía también algo semejante, y así había los días críticos y los días vacuos: en los unos no pasaba absolutamente nada, en los otros se precipitaban los acontecimientos.

Epocas climatéricas.—*Evocaciones.*

HOSTILIDAD

Llegó Larrañaga a Basilea, al anochecer, cansado; se encontraba cerca de su hotel y se fué directamente a dormir.

Al levantarse de la cama y al ir a desayunar, el criado le dijo que le llamaban por teléfono del hotel de los Tres Reyes.

Había llegado Fernando, y Pepita le decía que hiciera el favor de presentarse en el hotel. Larrañaga no se apresuró a marchar.

Llegó poco antes de la hora del almuerzo. Al entrar en el cuarto de Pepita vió allí a Fernando. Por el aire que ofrecían marido y mujer comprendió que había borrasca.

Pepita quería explicarse delante de su marido y de su primo, y comenzó la explicación, trabucándose y confundiéndose.

Fernando no era hombre de gran inteligencia, pero como astuto se defendía admirablemente.

—Y luego el martes, por la mañana, el mismo día que llegamos a Viena... al salir tú de casa... —decía por ejemplo Pepita con vehemencia.

—Primero, perdona que te diga —interrumpía Fernando fríamente— que no llegamos a Viena el martes.

—¿Cómo que no?

—No. Eso, primero; luego, el día que llegamos a Viena yo no salí de casa por la mañana.

La pasión y la cólera impulsaban a Pepita a hablar con exuberancia y a decir lo que no era cierto. Se veía claramente que si en los detalles se equivocaba, en conjunto tenía razón.

Como las explicaciones entre marido y mujer tomaban el aspecto de convertirse en imprecaciones y en insultos, Larrañaga, con aire de profundo disgusto, se levantó con intención de marcharse.

—Quédate —le dijo Pepita.

—Sí, quédese usted —repuso Fernando.

—Haz el favor de quedarte —añadió ella—; tú darás cuenta a mi padre de esta conversación.

Larrañaga se sentó en un diván con la idea de no decir palabra.

* * *

Mientras Fernando hablaba, Larrañaga le iba estudiando y tenía la sensación de comprenderle perfectamente.

Con seguridad no era aquél un hombre recomendable. Le veía capaz de cualquier cosa. No manifestaba inteligencia, pero sí una gran cuquería, y sobre todo un sentido de mentira y de maquinación extraordinario. Sin escrúpulo ninguno, en seguida, inventaba una explicación, daba datos falsos y embrollaba y obscurecía lo más claro.

Un hombre inteligente y con un fondo de nobleza no se hubiera defendido así.

—Se vé que el buen burgués puede, si llega el caso, convertirse en un perfecto canalla —se dijo Larrañaga.

José no tenía una idea clara del estado psicológico de Pepita. ¿Estaba celosa? Difícil era saberlo. Hay indudablemente como unos celos puramente físicos y otros espirituales. Ella quizá se acercaba más bien a sentir estos celos físicos.

Los sentimientos de marido y mujer expresados en sus palabras revelaban odio; obscuramente se odiaban y se despreciaban. Tanto él como ella manifestaban rabia, cólera y deseo de mortificarse. Sin duda era resultado de los celos y del amor pasado. Hubieran querido herirse, ver sangrar la herida y humillar al otro.

Pepita demostraba el orgullo de la mujer inteligente, bonita, muy halagada, a la que nada asusta.

Fernando tenía una condición muy general en todos los egoístas, la facilidad de convencerse de que lo que a él le convenía era la verdad y lo cierto. Sus falsos convencimientos se convertían en él en verdaderas convicciones.

A cualquiera le hubiese asombrado la mala idea de Fernando por su mujer. A Larrañaga le maravillaba.

—La desprecia, es evidente —pensaba Larrañaga—; y, sin embargo, todo se lo debe a ella. Sin ella no hubiera pasado de ser un pelafustán.

Se veía que para Fernando su mujer, como las demás mujeres, no era más que uno de tan-

tos seres lascivos, intrigantes, que todo lo embarullan y lo pervierten con sus coqueterías, sus murmuraciones y sus chismes.

Se da muchas veces el caso de que el hombre con más condiciones femeninas es el que siente mayor hostilidad por la mujer.

Fernando mentía con olímpica tranquilidad. Se hubiera dicho que aquella serie de mentiras, cínicas e impudentes, constituían faltas de estrategia en su lucha con Pepita; pero no lo eran, porque desesperaban a Pepita y le hacían decir mil tonterías.

No había en él el menor idealismo; consideraba a las mujeres como a un enemigo, del que hay que aprovecharse. A veces una especie de odio al sexo entero, y como un sentimiento de venganza contra él, se manifestaba en sus palabras.

Larrañaga al principio se asombraba y casi se divertía; pero al último experimentó disgusto profundo y gran indignación.

* * *

Cuando marido y mujer se hartaron de insultarse, Fernando, dando un portazo, salió de la habitación.

Al golpe de la puerta se levantó Larrañaga. Estaba pálido, demudado.

—Tu marido es un miserable —dijo.

—No, no es un miserable —replicó Pepita,

asombrada de la dureza de la palabra y de la expresión.

—Sí, es un miserable, un chulo repugnante. Le oía y me ahogaba de indignación al ver un alma tan ruín, tan innoble, tan baja... No sé cómo me he contenido. Lo hubiera matado.

Larrañaga apretó los puños e hizo una mueca extraña con los labios.

—¡ Por Dios! ¡ No te pongas así, Joshé! Me das miedo.

Pepita comenzó a llorar.

Larrañaga tenía la cara pálida, descompuesta.

—¡ Tranquilízate! Vete a descansar —dijo Pepita.

—Sí, me voy; pero no me vuelvas a poner delante de él, porque creo que le mataría.

A pesar de su decisión de no volver a ver a Fernando, no tuvo más remedio que convivir con él y comer en su compañía.

Una de las cosas que le indignaba de Fernando era que no retrocedía ante ningún procedimiento; así pasaba de la mentira al sentimentalismo falso con tranquilidad de juglar.

Para él no había recursos bajos ni impropios; todos los empleaba si llegaba la ocasión.

—Si este hombre fuera listo, sería un hombre peligrosísimo —pensó Larrañaga.

Le encontraba parecido con el padre de Nelly.

El fondo de su personalidad se componía de egoísmo, de mentira y de hipocresía.

Larrañaga quedaba asombrado. Seguramente un hombre de talento, de ideas nobles, no hubie-

ra podido defender su conducta tan hábilmente como aquel hombre vil.

Era una táctica perfecta: sabía obscurecer la acusación general, los hechos, los detalles, volvía sobre los asuntos cuando le convenía, rectificaba los hechos.

Larrañaga vió inclinada a Pepita a hacer las paces con su marido.

—Se vé que las mujeres —pensó— no tienen idea de la dignidad —y se juró a sí mismo no intervenir en las disputas conyugales, dejando que el matrimonio fuera resolviendo su cuestión a su modo.

La cólera y la repugnancia que sentía por Fernando le fatigaba y le mareaba.

* * *

Por entonces Larrañaga tuvo un sueño raro: en medio de un puente muy largo vió dos hombres luchando a brazo partido; uno, flaco y fuerte; el otro, grueso, blando y blanco. El flaco atacaba a puñetazos al grueso, y éste, tipo barbudo, con uñas de tigre en los pies, le arañaba en la espalda y le llenaba de sangre.

De pronto el flaco y fuerte se escondía entre las hierbas, preparaba un lazo en el suelo, donde el gordo caía, y al tenerlo en el suelo, le daba un golpe en la cabeza y se la abría como una nuez y lo echaba por el puente abajo. ¿Qué podía significar el sueño de los dos hombres que reñían? No se lo pudo explicar.

III

Todo es viejo en la vida, todo está usado. El sol que alumbra estas calles alumbraba otras parecidas hace mil años e iluminará otras semejantes dentro de otros mil. El pájaro que canta en la rama canta igual que el del principio del mundo; la ola que agita la superficie del agua es la misma que la agitaba en edades prehistóricas.

Todo es viejo.—*Fantasías de la época.*

UNOS ARISTÓCRATAS

Así como en su viaje por la parte alta de Suiza Larrañaga había vivido días de optimismo y de serenidad, al volver a Basilea le pareció que todo se tornaba negro, frío y viejo. La convivencia con Fernando le molestaba y hacía siempre lo posible para no encontrarse con él.

Días después de su vuelta se presentó en el hotel de los Tres Reyes, de Basilea, un grupo de turistas españoles llegados de Italia.

Viajaban en dos automóviles. Habían cruzado la región de los Dolomitas, estos montes espectrales, desnudos y extraños, y seguido el camino del Stelvio.

Eran un americano rico; su mujer, una señora española; su hija Charito; una amiga, dama de la aristocracia con título ducal, antiguo y decorativo, y dos amigos del marido: un ex diplomático madrileño y un historiador, hombre al parecer de alguna fortuna, que publicaba libros sobre personajes del siglo XIX.

El americano, de familia de banqueros, señor cincuentón muy servicial, se mostraba amable. Su mujer, de abolengo aristocrático español, era una dama muy imponente, muy guapa, con los ojos negros y el aire dominante.

La hija, Charito, había heredado de su madre los ojos negros y vivos, pero no su belleza, y de su padre, su aire bondadoso. La muchacha, sin ser bonita, tenía su encanto, y una voz un poco aniñada, agradable.

La duquesa de Paterno, amiga de la señora del americano, alta, flaca, de cara larga, muy elegante, medio austriaca, medio española, estaba casada con un duque italiano y separada de él. Tendría unos cuarenta años, quizá más; llevaba para salir trajes sastre muy elegantes y en casa usaba túnicas muy escotadas, llenas de lentejuelas y abalorios, que brillaban al moverse.

—¡Qué guapa! ¡Qué elegante es! —dijo Soledad al verla.

—Yo la encuentro el aire de la gran serpiente de mar —dijo Larrañaga—. Cuando la veo bailar me recuerda a los monstruos marinos pintados por Böecklin; creo reconocerla, escamosa, entre nubes de espuma.

El aristócrata parásito, flaco, moreno, seco, con un bigote pequeño y recortado, hablaba mucho; el historiador, chiquito, canoso, afeitado, con unos anteojos de cristales muy convexos, no hablaba.

Al encontrarse el grupo de Pepita y el de los turistas españoles en mesas próximas se entablaron relaciones entre unos y otros, y los aristócratas les invitaron a jugar al poker.

Pepita tenía por aquellos días mal humor y no hizo nada por acercarse a los turistas. No le gustaba jugar a las cartas. Le parecía cosa estúpida y aburrida, lo mismo si el juego tuviera un nombre inglés o se llamara la brisca o el tute. Fernando, a quien la calidad de aristócratas de los compatriotas seducía, se acercó a ellos; Charito y Soledad se hicieron pronto amigas, y el americano galanteó a Pepita.

Stolz, que apenas conocía españoles, observó con curiosidad a los turistas y habló de ellos con Larrañaga.

—Ser joven, lo bastante rico para no preocuparse de las cuestiones materiales y tener como novia una muchachita española, apasionada y católica ferviente, debe ser algo admirable, algo como la teología del erotismo.

—Sí; pero no crea usted que esto es tan frecuente.

—No; lo comprendo.

—La riqueza no es tan común. El joven rico, aun el español, tiene sus preocupaciones; no es completamente estólido siempre y la familia pesa sobre él.

La actitud de Pepita y de su familia, con relación a los aristócratas, fué muy distinta. Pepita estaba preocupada y no se mostró ni muy efusiva ni muy amable con ellos.

Larrañaga trató con gran facilidad a los españoles; no así Fernando, quien daba la impresión del burgués presumido y obsequioso que tiende a la adulación cuando habla con gentes de superior categoría a la suya. Fernando miraba muy serio a la duquesa, con los ojos brillantes. Pepita notó mucho el contraste. Se habló y se discutió con los aristócratas.

Estos tenían sus preocupaciones y sus dudas.

¿Era mejor vivir en España o en la Europa central para un español? ¿Valía la pena de viajar o no? ¿Existía un arte moderno o no había tal cosa? ¿Los alemanes podían considerarse como gentes distinguidas o eran sólo tipos vulgares que no servían más que para trabajar y para descubrir medicinas y tintes? ¿La moda tenía más valor hoy que ayer o tenía el mismo? ¿Cuándo querría usted vivir con los griegos, con los romanos, en la Edad Media o en el período romántico? ¿Le gustaría a usted vivir en un período de guerra o en un período de paz? ¿Es usted amigo o ene-

migo de los judíos? ¿Cree usted que en América se podrá hacer algo artístico o los países americanos habrán llegado definitivamente tarde para las actividades artísticas?

Larrañaga tenía una cualidad, y era el hacer hablar a los demás. Le interesaban los pequeños detalles de la vida de los otros y sabía dirigir preguntas oportunas y escuchar.

A veces se exaltaba y hablaba con fuego, sobre todo si estaba Pepita delante.

Stolz, que lo notó, dijo a Pepita:

—Tiene usted el don de hacer rejuvenecer a su primo.

—¿Pues? ¿Por qué?

—A su lado se anima, le brillan los ojos, habla con inspiración. Pierde ese aire sombrío y rencoroso de Catilina, que va a pegar fuego a Roma. A veces parece que tiene veinte años.

Pepita sonrió. No le disgustaba hacer este efecto en José.

* * *

Entre los españoles recién venidos había dos que llevaban la voz cantante: la duquesa y el aristócrata un tanto parásito, a quien llamaban Paquito.

Probablemente la duquesa y Paquito explotaban la generosidad de la familia rica.

La duquesa se manifiesta entusiasta furiosa del dinero y de las gentes de posición. Quería

pensar que el brillo de las grandes fortunas había sustituído modernamente al de las casas aristocráticas, así que ella se creía encargada de defender los prestigios de la familia amiga.

La duquesa hablaba mucho, con la voz un poco ronca. Le gustaba decir palabras en diferentes idiomas y creía encontrarse muy al tanto de los acontecimientos artísticos, literarios y políticos del mundo.

Solía hablar y fumar tendida en el sillón, con las manos detrás de la nuca.

A Larrañaga le daba la impresión la duquesa de una naturaleza enérgica, de una máquina fuerte.

Larrañaga hablaba mucho con ella y discutía. Si ella le daba algunos alfilerazos, él contestaba con estocadas a fondo.

La duquesa se extrañaba de la actitud indiferente, hacia los ricos, de Larrañaga; notaba que aquel hombre no tenía ni curiosidad ni atención por ellos. Esto le producía un enorme asombro.

Cuando la duquesa iba a dejar de hablar, considerándose ya vencedora, una objeción de Larrañaga le impulsaba a una nueva explicación.

—¿Qué ha dicho su pariente de mí? —preguntó una vez a Pepita—; le he debido parecer una charlatana insoportable.

Pepita indicó a su primo cómo su actitud ante los aristócratas y ante la duquesa les parecía extraña.

—Trata a la duquesa como a la mujer de un carpintero —dijo Soledad, riendo.

—¿Y por qué no? —preguntó Larrañaga.
—Juzgando así, no hay aristocracia.
—Indudablemente, para mí no la hay.
En el poco tiempo que estuvieron juntos la duquesa y José, llegaron a gran intimidad. A pesar de la divergencia de sus opiniones, se sentían como de la misma raza.
En cambio, la duquesa miraba a Fernando con indiferencia marcada y con cierta hostilidad del que necesita echar atrás al intruso.

* * *

—Nos ha tocado vivir —dijo una vez Larrañaga— en una época estúpida. Hay que tener resignación.
—Yo no la encuentro tan estúpida —replicó la duquesa.
—Es una época en que ya no se habla, porque no hay nada que decir; se anda en automóvil, se dan patadas a un balón, se llega hasta a volar. Las que no vuelan son los ideas. Las mujeres actuales, en general, tienen poco interés, sean duquesas o criadas.
—¿Lo dice usted por mí? —preguntó ella.
—No, lo digo por todas. Que las mujeres tengan miedo de la aventura, me parece bien; ahora, que tengan miedo de la pasión, me parece mal.
—¿Por qué?
—Porque eso está en contra de la Naturaleza.

—Usted, sin duda, quisiera que bastase el que un hombre mirase con gusto a una mujer, para que ella abandonase sus relaciones ya hechas para marcharse con él.

—Se cree siempre eso —replicó fríamente Larrañaga—. Se cree que cuando un hombre mira con entusiasmo a una mujer, si ella dijera: "Vamos donde usted quiera"; el hombre, en seguida, loco de contento, abriría sus brazos. No hay tal. Nuestra vida no es como la de los pájaros que encuentran la comida fácilmente en el campo ni mucho menos. Además, la posesión de algo termina en una serie de obligaciones, y si se puede decir, en un sentido figurado, que un hombre tiene la posesión de una mujer, esa posesión es, por otra parte, esclavitud.

La otra de las voces cantantes del grupo de los aristócratas era Paquito, el parásito que, en su juventud, había sido diplomático. Paquito hablaba con acento andaluz y se expresaba por sentencias.

—¿Oye tú, Paquito —le decían—, qué opinión tienes tú de un pastor protestante?

—Un pastor protestante es casi siempre un miserable, cuando no es un idiota.

En su conversación soltaba una porción de máximas. Larrañaga le oyó éstas.

—Por los judíos y por los alemanes no se debe tener ni simpatía ni desprecio. Si tienen interés en hacer algo a favor de uno, lo harán sin hacer caso del desprecio; si tienen interés en hacer algo malo, lo harán también, sin tener

en cuenta la simpatía. Lo mismo el judío que el alemán, es inteligente e innoble. Los suizos son militares comprimidos. Como a los moros les gusta jugar con las armas de fuego; pero los moros tiran al aire y los suizos al blanco. El ruso es un burócrata, es un hijo del francés y del chino. Los italianos, unos son cómicos y otros fascistas; cuando se les ve juntos todos parecen cómicos. El argentino es muy europeo. Se le nota en lo roñoso que es. Es tan roñoso como el francés, tan roñoso como el italiano. es tan roñoso como el belga; con esto está dicho todo. Cuando se piensa en los holandeses se recuerda el queso de bola.

—Esto lo dicen por usted —le dijo la duquesa a Larrañaga.

—¡Bah! Yo vivo en Rotterdam y Rotterdam no es Holanda —contestó Larrañaga.

Las frases de Paquito, aunque la mayoría muy chabacanas, tenían su fondo de exactitud.

IV

Hay mujeres de naturaleza de albatros; se comprende en ellas los vuelos largos por encima de las tierras y de los mares. Tales mujeres dan la impresión de que han cruzado en la vida zonas llenas de peligros, como los preteles en los mares tempestuosos.

Aun en el mismo crepúsculo de su existencia, estas mujeres albatros son sugestivas.

Poder acompañarlas, piensa Joe, es demostrar el tener alas fuertes y poderosas.

Las mujeres albatros.—*Croquis sentimentales.*

NIHILISMO SANSCULÓTICO

En el grupo de aristócratas españoles hospedados en el hotel de los Tres Reyes, casi todos se creían enfermos, menos la duquesa de Paterno y el parásito; los demás, el uno tenía que ir

a algún balneario o sanatorio a engordar, a adelgazar o a recomponer el hígado.

La altura sobre el nivel del mar, la alimentación, el ejercicio, eran motivos de conversación principales.

La duquesa y Larrañaga no se ocupaban de estas cosas y discutían furiosamente. La duquesa defendía los prestigios sociales, fueran democráticos o aristocráticos. Larrañaga los atacaba.

Los americanos invitaron a Soledad, a Pepita, a Fernando y a Larrañaga a ir con ellos de excursión.

Larrañaga se excusó, dijo que no tenía tiempo, pero le demostraron que no tenía nada que hacer, y les acompañó. Fueron a Neuchatel y luego a Lausana, donde pasaron la noche.

En el hotel se encontraron con un militar francés, ciego de la guerra. Esto trajo al momento la discusión sobre la guerra, entre Larrañaga y la duquesa.

—Para mí, en esta guerra —dijo Larrañaga—, todo ha tenido un aire de comedia atroz; se ha jugado con las masas, se ha engañado a los pueblos de una manera cínica, y cuando se ha perdido la partida no se han podido ni siquiera disimular las faltas cometidas. Los que pasaban por héroes no han sabido más que echar a correr.

—¿Qué iban a hacer?

—Algo más decente, más digno. Esa familia real alemana, por ejemplo, no ha tenido un gesto noble. ¡El kaiser, que se escapa llevándose

sus maletas cargadas de oro! El más pobre histrión hubiera hecho algo más. Yo nunca creí en él. Siempre me pareció un comediante vulgar. Los franceses eran los que le tenían por un grande hombre, Llevándose su maleta con su brazo atrofiado ha demostrado lo que era.

—No sé por qué se le iba a exigir heroísmo.

—Si a él no se le podía exigir heroísmo, a los demás, menos. Ya los reyes no pueden durar. Ni uno solo se ha mantenido a la altura de su jerarquía. En muchos de esos pequeños reinos o ducados alemanes, si los reyes o los grandes duques se hubieran quedado en sus palacios, nadie se hubiera atrevido con ellos. La mayoría de los reyes de Europa han demostrado que no creían en la dignidad de su oficio, que eran unos impostores y que a lo más que hubieran podido servir hubiese sido para lacayos.

—¿Y el zar?

—Ah, eso fué otra cosa lamentable, tristísima. Yo he pensado en esa familia real como en una familia amiga. Yo en parte soy monárquico, pero un monárquico sin la menor simpatía por las personas reales. Nunca me produjo pena el suplicio de Luis XVI y de María Antonieta.

—¿Por qué no? Eso no es humano.

—Me ha dado siempre una impresión de retórica, de mala literatura. Esta tragedia rusa ha sido una cosa triste. Es raro que aquel desdichado de zar no viera el peligro.

—Era un perturbado, un alcohólico.

—Era como el avestruz, que esconde la estú-

pida cabeza para no ver el peligro. ¡ Pobre gente esta familia real rusa; él, borracho; ella, loca, histérica; el hijo mayor, hemofílico, desangrándose a cada paso; marchando por la Siberia en un medio hostil, lleno de amenazas, levantado por estos judíos siniestros hasta morir a tiros y a bayonetazos en la cueva de una casucha de Ekaterinemburgo! He visto una fotografía del zar y de su hijo en una azotea, no sé si en Tobolsk o en el último pueblo, donde murió, que da pena. Es un horror. Muchas veces he pensado yo cómo no veía aquel desgraciado que su palacio era como una jaula dorada colgada de un hilo próximo a romperse.

—Lo vió, pero cuando era tarde. No era inteligente. El kaiser no hizo lo mismo.

—Lo del kaiser fué una cobardía pobre, miserable; lo del zar, una locura.

—Es un demagogo —dijo riendo Paquito el parásito—, pero es de los míos.

—No, no soy demagogo, pero me gustaría serlo. Tener una fe fuerte debe ser agradable. Creer que el mundo y la vida tienen su objeto, que la Religión es algo serio, está muy bien. Hoy, la mayoría no creemos en nada de eso. La ciencia, la literatura y el arte nos empieza a parecer super-charlatanismo, y las únicas verdades que se nos imponen son la miseria, la enfermedad y la muerte.

—Yo no veo razón para ese pesimismo —dijo la duquesa.

—Al menos, antes de la guerra la mayoría nos habíamos dado francamente al diablo, en

vista de que toda la palabrería democrática no llevaba a nada. Toda esa charlatanería de los Víctor Hugo y de los Michelet, y en España de Castelar y comparsa en nuestro tiempo, era cosa desacreditada y, como digo, nos habíamos dado francamente al diablo.

—¿Al diablo?

—Aquí el diablo era la técnica, pero la técnica nos ha resultado tan mentirosa y tan falsa como la democracia. Sobre todo en política no hay técnica. Cuando nos aseguraban que la había, no había más que pedantería fanfarrona.

—¿Y la democracia le parece a usted sin valor?

—Cosa huera también. ¿Que viene el gobierno de muchos cada vez de más?, es indudable. Naturalmente, en una región y en una ciudad hay cada vez mayor número de ricos, de profesores, de altos empleados, de industriales y de comerciantes. Cada uno quiere mandar, y como esto no puede ser se unen todos en ciertos intereses comunes. A esto se llama democracia. Está bien; cuanto más ricos haya, cuanto más personas importantes e influyentes, se ensanchará más, prácticamente, esa manera de gobernar. Es algo automático, pero no es para producir grandes entusiasmos. Hoy la geografía tiene más entusiastas que la democracia; hay explorador que arriesga la vida por marchar al Polo o al Everest; por la democracia no muere nadie, y hacen bien. Es una cosa tan automática que marcha por la fuerza de los hechos económicos. Esta democracia, en momentos de peligro, tiene que

defenderse y que emplear procedimientos antidemocráticos. Cuando llega el momento de defensa, entonces abandona sus ideales. Así, su política es una mentira y una farsa. Lo único que se ha visto en esta guerra, es que ya no hay país que pueda cantar el aria de bravura, porque los demás le muelen a trancazos.

—Pero esta época es peor que las otras, según usted —preguntó la duquesa.

—Quizá en conjunto sea igual.

—Pero hay más capacidades.

—Es lo que no vemos. Es también una de las cosas que nos ha desilusionado de esta guerra. Esos políticos, sobre todo los alemanes, eran unos ilusos y unos falsarios; esos hombres que dirigían la guerra, que parecían tan terribles, eran unos pobres diablos, casi unos idiotas. ¿Dónde estaba la técnica de que tanto nos hablaron? Yo creí que los alemanes comenzaban la guerra submarina con mil o dos mil submarinos. Luego resultó que tenían sesenta o setenta. Todo bluff y fanfarronería.

—Eso se ve ahora.

—Naturalmente, esto se ha visto cuando han sido vencidos y han aparecido iguales o peores que los demás, por lo menos más indignos y más bajos. En la derrota es cuando se nota la fuerza de espíritu de un pueblo, y en la derrota los alemanes se han mostrado innobles y mezquinos. El entusiasmo por lo alemán ha pasado y probablemente no volverá jamás. Claro, eso no importa para que Kant y Alberto Durero, Beethoven o Mozart sean grandes hombres;

pero creer, como llegamos a creer, que como pueblo era un pueblo excepcional y genial, ya es imposible.

—Puede venir de nuevo un renacimiento alemán.

—Me parece muy poco probable. Como todos los pueblos civilizados, Alemania se va alejando de los valores puramente espirituales, y en fuerza mecánica nunca podrá competir con los Estados Unidos.

—Puede venir un resurgimiento del arte.

—No creo; la mecánica triunfa sobre todo. En otro tiempo, en una ciudad italiana, un cuadro de Miguel Angel o de Rafael, era un acontecimiento; hoy, aunque hubiera genios así, el pueblo no los comprendería y hasta los miraría con desdén; hoy triunfa la mecánica y el sport.

—Sin embargo, ¿usted no cree que los alemanes son todavía capaces de hacer muchas cosas? Es una raza privilegiada.

—¡Bah! No hay razas privilegiadas. Nos hemos engañado mucho con esas teorías de los arios y de los no arios, de los dolicocéfalos y braquicéfalos. Nuestro tiempo, que nos parecía tan firme, estaba basado como todos los tiempos, en ideas pasajeras sin valor eterno. Ariel, el dolicocéfalo rubio, y Caliban, el braquicéfalo moreno, eran disfraces de la época que no tenían valor. Este amigo suizo, que estaba con nosotros días pasados, me contaba su desilusión al ir a Suecia y al ver a los suecos altos, rubios, fuertes, muy desarrollados por el sport y la

gimnasia y, sin embargo, tan decadentes como los de los demás países.

* * *

—¿Y qué ideas cree usted que han de ser las del porvenir, señor Larrañaga? —preguntó la duquesa.

—Quién lo sabe. Hemos vivido con la pedantería germanófila y con la francófila. Los unos creían que los alemanes eran todos disciplinados serios, sabios, técnicos; los otros, que los franceses llevaban cada uno, en el bolsillo, la declaración de los derechos del hombre y rendían culto a la diosa razón.

—Pero alguna verdad tiene que haber.

—Es lo terrible, la verdad se nos escapa. Toda la organización y la disciplina del catolicismo, basados en una verdad, ¿qué hubieran hecho del mundo? La misma obra del jesuitismo, si en vez de basarse en fórmulas muertas, hubiera encontrado una verdad fuerte. ¿Adónde no hubiese llegado? Por ahora, la mentira tiene tanta fuerza, o más fuerza, que la verdad. Todas las invocaciones a la verdad, todas las oraciones delante de la Acrópolis estilo Renán, son ejercicios de profesores de retórica. Por ahora, es indudable que ni Kant, ni Darwin, ni Pasteur, han arrastrado a las masas como lo ha hecho el general Booth con su *Salvation Army,* o como lo han hecho otros generales y otros oradores.

La mentira produce siempre mucho más entusiasmo que la verdad; de ahí una confusión del demonio. Por otra parte, la religión, con todas sus huestes, mira con simpatía lo que sea confusión en el campo de las ideas no religiosas, cosa, después de todo, muy natural. Hay gente que cree que el espiritismo es científico y que la prehistoria es falsa; otros suponen que la metapsíquica es una ciencia y la microbiología, no; hay quien supone que el cubismo es un gran invento y que el darwinismo es una mixtificación.

—¿Quién va a orientar a la gente?

—Nadie. Además, ¿para qué? Lo mismo da que las masas vivan en el error. Sabíamos que éramos ridículos en una naturaleza seria, en un espacio inmutable. Ahora parece que somos grotescos en un espacio cómico-lírico-bailable. Cuando en pleno siglo XIX, un hombre como Guillermo Booth, puede crear el Ejército de Salvación en un país como Inglaterra, que se considera como uno de los más civilizados, está dicho todo. Este tiempo es el tiempo del misticismo y de la locura. Una época como la nuestra, que se ha pasado consultando a los veladores, ¿qué va a ser? Estos entretenimientos de militares retirados y de empleados de capitales de provincia que se creen muy espirituales, son típicos del tiempo. Kant, Pasteur o Darwin, yerran; los veladores, aciertan siempre.

—¿Quién sabe si lo que dicen esos Kant y esos Pasteur es la verdad?

—Nadie; es una verdad relativa, como todo lo humano, no una cosa absoluta. Toda la obra

de la humanidad, está dentro de lo relativo, menos la religión, que ha querido buscar lo absoluto. El hombre, en medio del progreso científico, duda, porque muchas veces se ha supuesto que los problemas vitales, místicos, no se resolverán, pero se suprimirán, y como a pesar de esto vuelven, el hombre se queda perplejo. Yo, como la mayoría de las gentes de mi tiempo que no sean dogmáticas, empiezo a pensar si una teoría religiosa o metafísica, valdrá tanto como un descubrimiento científico, porque si la teoría religiosa pasa y se olvida, al descubrimiento científico le ocurre lo propio; pasa también, se olvida y se sustituye por otro. Se avanza en la civilización; pero no en todos los sentidos. Lo que se gana en una dirección, se pierde en otra. Cuando se hace el balance de una época, no se ve que se haya mejorado íntegramente, sino que se ha avanzado en una dirección y se ha retrocedido en otra.

—¿Usted tiene simpatía por el protestantismo?

—Por el protestantismo actual, ninguna. Como hecho histórico, mientras sirvió para luchar contra la tiranía católica y afirmar la libertad de conciencia, estuvo bien; ahora, como queda sin enemigo, no es nada o casi nada. Y es que el origen en las religiones es lo que no tiene exactitud ni garantía de ninguna clase. ¿Cómo un partidario del libre examen se va a quedar en la Biblia? Porque es como si a uno le dijeran: "Recorra usted este valle y no mire usted más que él". No. Cuando le conozca querrá

reconocer el valle próximo vecino y si tiene tiempo y curiosidad, el mundo entero. Yo, actualmente, no tengo simpatía ninguna por los protestantes. Cuando estoy entre protestantes y judíos me siento católico; ahora, cuando estoy entre católicos me siento enemigo suyo.

—¿Usted cree en esas cosas de la transmigración de las almas?

—¿Por qué voy yo a creer en eso? Para mí son fantasías. Es el cuadrúpedo que quiere demostrar que tiene alas como la paloma y que vuela. Son ilusiones de cuadrúpedo... La metapsíquica, la visión no retiniana... majaderías para pasar el tiempo... es como si se dijera medición sin medida, suma sin sumandos. Hay una frase de Séneca, muy acertada, que puede referirse a esta clase de tipos crédulos. Les llama niños que quieren saltar por encima de su sombra. Es lo mejor que se puede decir de ellos. Esas necedades son buenos hallazgos para magos. Se toma una máscara de estupidez misteriosa, se habla en tono sacerdotal barajando lugares comunes, solemnes, y se gana dinero, que es lo que generalmente se proponen nuestros magos actuales.

* * *

—Es que tú no tienes ningún espíritu religioso —dijo Pepita, que escuchaba.

—Quizá más que tú... pero, en fin, la mayo-

ría de las cosas de las religiones dogmáticas no las siento profundamente... la idea del pecado... la necesidad de la confesión.

—Eres un orgulloso.

—Es posible. No me siento cristiano, porque no me siento pecador; no creo en el pecado. La verdad, no me cabe en la cabeza que yo pueda ser mejor ni peor. Mis condiciones morales me parecen tan fatales que encuentro imposible el modificarlas. Por eso no puedo envidiar a los demás, más que cosas materiales exteriores; pero no valores espirituales interiores. Envidiaré la fortuna, el éxito, cuadros o libros.

—¿Pero tú tienes seguridad de que no hay otra vida? —preguntó Pepita.

—¡Cómo la voy a tener!; tampoco tengo seguridad de que no hay hombres en la luna o en el sol.

—Pero bien, ¿no crees en otra vida?

—Yo, no.

—Pero sino hay otra vida estamos haciendo el tonto.

—¡Bah!; no tanto. Tú no lo has pasado tan mal aquí. Ya, desde hace muchos siglos, ha habido hombres que han comprendido que todas sus ideas y todos sus conceptos no eran más que medidas humanas. Así dijo un filósofo griego, que no sé por qué se llama sofista. El hombre es la medida de todas las cosas.

—No comprendo qué quiere decir eso.

—Quire decir que todos nuestros conceptos, todas nuestras ideas, provienen de la comparación que el hombre ha hecho de las cosas na-

turales con algunas condiciones suyas. Hoy, por ejemplo, cuando se mide por metros, parece que esta unidad del metro no tiene la menor relación con algo humano, pero seguramente la tiene y las primeras medidas lineales son siempre algo humano, como la pulgada o el pie. Todo lo que se hace está hecho por el hombre y para el hombre. Ahora, tener una gran idea del hombre, me parece una simpleza. Comprendo también que todo se haga para mejorar el planeta; pero a pesar de esto me parece muy difícil tener gran entusiasmo por este planeta y por la vida humana, que es lo que puede ser y nada más.

—Hablando contigo se siente el vértigo.

—Tiene usted razón —dijo la duquesa a Pepita.

—Es que todo es caótico. Nuestras ideas están hechas con la misma substancia de las locuras. Vamos cruzando sobre la cuerda floja por un abismo. Estamos rodeados de caos y no sabemos cómo saldremos de él.

V

Europa es lo clásico la belleza un tanto amanerada y rutinaria. Australia es la fantasía absurda: el kanguro, alto como una persona, con la cabeza pequeña y una bolsa en el vientre, donde lleva a sus hijuelos; el ornitorrinco, cuadrúpedo y ovíparo, que tiene olor a pescado; los loros con patas de gaviota. Parece que la Naturaleza, un poco aburrida de formar una fauna amanerada y rutinaria, una fauna para ser descrita en francés por Buffon, se lanzó en la Australia a la locura. En el mundo de la literatura y el arte la Europa actual pretende ser una Australia.

Europa y Australia.—*Fantasías de la época.*

LAS JERARQUÍAS

Al día siguiente los americanos alquilaron un vaporcito para dar una vuelta por el lago Leman. Visitaron, en Coppet, el palacio de madama Stael.

Después de recorrer la casa y el pueblo entraron en un café a orillas del lago. La duquesa tenía cierto entusiasmo aún por la autora de *Corina;* Larrañaga decía que le bastaba ver el retrato de David, que había en el palacio, para que le pareciera antipática. Llevado por su espíritu de negación, aseguró que la Recamier, la amiga de madama Stael, que tantas pasiones había producido en hombres y en mujeres en su tiempo, no le parecía nada de particular, a juzgar por sus retratos; la encontraba un tipo de modista guapa de las que hay en París a miles, con belleza y gracia vulgares y corrientes.

—Es la falta de sentimiento de respeto, la que le hace pensar así —dijo la duquesa a Larañaga.

—¿Pero se puede tener respeto por lo que no se aprecia? —replicó Larrañaga—. Siempre se está en un círculo vicioso. Si se tiene respeto, se aprecia; si se aprecia, se tiene respeto. Al contrario, sino se tiene respeto, no se aprecia, y sino se aprecia, no se tiene respeto.

—Usted no aprecia ni esta época ni la pasada.

—¿Qué quiere usted? El siglo XIX lo ha gastado todo a fuerza de manosearlo y violentarlo.

—¿Por qué? A ese pobre siglo XIX, ahora, todo el mundo lo desacredita y lo ataca.

—Es que ha dejado una herencia mermada y estropeada. La literatura y las artes han perdido prestigio. La ciencia, que parecía ir consolidándose y avanzar con seguridad, se ha di-

vidido y subdividido, y ha empezado también a cojear. El arte literario ha venido cayendo, hasta dar en una época en que los periodistas intentan dirigir la opinión y el gusto a fuerza de vulgaridades y de lugares comunes, y los críticos judíos a fuerza de mercantilismo.

—Pero eso no es toda la literatura, ni todo el arte.

—Sí, el arte y la literatura están industrializados; no puede ser de otra manera. A medida que la democracia aumente todas estas actividades espirituales, se harán dependientes de ella.

—¿Usted cree que en eso hay algún mal?

—Yo creo que sí. El escritor, para acertar alguna vez, tiene que ser independiente; el escritor asalariado nunca ha sido más que un adulador disfrazado. El escritor y el artista han vivido independientes en estos últimos tiempos. Esa época de burguesía del siglo XIX será una época que, pasado el tiempo, se considerará por los artistas como la edad de oro. Pero eso no puede volver.

—¿Usted cree que no? ¿Por qué?

—Por muchas razones. Primeramente, porque la burguesía decae y pierde los medios de tener palacios llenos de obras de arte. Por otra parte, el Estado va apoderándose de todo y no permitirá que el escritor o el artista, sobre todo el escritor, sea como un reyezuelo independiente.

—Es lástima.

—Hay que recordar esos pintores franceses

del siglo XIX, la mayoría medianos, ¡cómo han vivido! Festejados, condecorados, ganando mucho dinero, desdeñando a la burguesía; en verdaderos semidioses. Eso ha pasado ya y no puede volver. A la gente le interesa poco la literatura y las artes y no comprende la ciencia.

—¿Qué comprende entonces?

—Comprende las cosas que están a su alcance: a los toreros, cantantes, boxeadores, corredores.

—¡El vulgo!

—¡Quién no es vulgo! Indudablemente, la idea del progreso es una ilusión más. Unicamente la ciencia progresa, y eso es precisamente lo que la gente no puede comprender por demasiado complicado; así que la ciencia se va alejando tanto y tanto de los medios generales de conocer, que va a llegar a una altura inaccesible para la mayoría. Llegará el día en que una especie de magos tendrán toda la ciencia en su cerebro. El resto de la Humanidad será la manada de gentes estúpidas y vulgares a quien se conducirá como un rebaño. En cualquiera de estas ciudades, si nos preguntan a la mayoría de los que andamos por las calles cómo funciona este teléfono automático, el tranvía eléctrico, o la telefonía sin hilos, no lo sabremos decir. Un ingeniero calculará una cosa, el otro otra, un fundidor hará agujas, el otro volantes, otro armará el aparato, y así crearemos esos artefactos que están como por encima de nosotros, porque la mayoría no sabemos cómo funcionan.

—Eso ocurrirá en la ciencia, pero no en el arte, que comprendemos todos.

—No estoy muy seguro. Antes, al parecer, los prestigios artísticos y literarios tenían alguna garantía; hoy no ofrecen ninguna. Es muy frecuente oír decir que Beethoven es muy aburrido, que Velázquez es *pompier,* que en los Museos de pintura no se aprende nada, que Kant y Schopenhauer son pedantes; ¿se puede convencer de lo contrario al que no quiere convencerse, ni hacerle entrar en razón? Es cosa difícil. No se vé cómo. Hoy, el que posee más aspecto de tener razón, es el que más grita.

—Esto no puede ser.

—Sin embargo, así es. Todo esto nos lleva a unos al individualismo un tanto salvaje; a los otros, al charlatanismo. Unos dicen: Pondremos una barraca, gritaremos mucho y nos oirán hasta los sordos. Los otros decimos: Iremos lo bastante lejos de la barraca, para no oír el estruendo de los platillos y del bombo. ¿Quién puede sentir entusiasmo y confianza en la verdad en un momento así? Nadie.

—¿Y tú crees —saltó Pepita, dirigiéndose a su primo— que el arte tiene de verdad esa importancia? ¿Que puede dirigir a la gente?

—No tengo seguridad de ello; pero así parece. No sabe uno nada. Antes, indudablemente, el arte era mucho en la vida. Hoy, es poco; por lo mismo salen voceadores más desvergonzados. Un cubista es comparado con un inventor; un mamarrachista cualquiera, que tiene cierta audacia y que apenas sabe firmar, con un

sabio que se ha pasado la vida estudiando. Todo esto es completamente ridículo. Nos hablan de la inquietud del alma de los pintores. Es cosa cómica. Estos ganapanes de la brocha quieren demostrar que son espíritus selectos y que la estupidez del cubismo es como una locura sublime.

—Habrá también entre ellos inteligentes, no cabe duda.

—Sí, es posible; pero la mayoría no debían pasar de pintar puertas.

—Sin embargo, el cubismo es un adelanto —dijo la duquesa.

—Sí, es un adelanto ridículo. Es un adelanto para snobs, para gente vulgar, para profesores alemanes llenos de pedantería, para críticos judíos y para señoras marisabidillas. Llegar a trazar figuras más toscas y menos graciosas que las pinturas que hay en el fondo de las cavernas, dibujadas hace veinte o treinta mil años, es un progreso cómico.

* * *

—¿Pero eso de los dibujos de las cavernas es verdad? —preguntó Pepita.

—Completamente verdad.

—Pues en Bilbao un señor nos decía que no.

—¡Bah! Sería algún sacristán.

—No, no era ningún sacristán. ¡Qué tonto! —dijo Pepita.

—¿Pero no ha podido hacer esos dibujos modernamente algún aldeano para divertirse? —preguntó la duquesa.

—¿Pero cómo supone usted que un aldeano actual en una zona, por ejemplo la Cantábrica, se va a poner a pintar en el rincón obscuro de una cueva bisontes, elefantes o renos, sin haberlos visto nunca, y con tal perfección, que no los pintarán jamás la mayoría de los pintores, y menos si son cubistas?

—¿Y cómo antiguamente los pintaban, si tampoco los veían?

—Porque antiguamente, en la época en que los pintaron, los veían; los había en el norte de España y en el sur de Francia.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace treinta, cuarenta o cincuenta mil años.

—¿Pero hace tanto tiempo que el hombre vive en el mundo?

—Más, mucho más; doscientos, trescientos mil años; quizá medio millón.

—¿Y Adán y Eva?

—Eso es leyenda, literatura, mitología.

—Pues es lo que nos han enseñado —dijo Pepita.

—¡Nos han enseñado tantas tonterías!

—Ahora estamos en una época de negaciones. Todo se quiere destruir, todo se quiere hacer nuevo —repuso la duquesa.

—Sí, es lo mejor que tiene nuestra época: el gusto de la novedad y de la juventud. Claro,

la juventud actual no responde del todo, pero la de mañana responderá.

—O no.

—Nunca, hasta ahora, ni en la política, ni en la vida, ni en el arte, han influído como en este momento los jóvenes y hasta los niños. Me contaba un paisajista holandés que había expuesto sus cuadros en París. Una señorita americana había querido comprar uno, y cuando le señalaron el autor, y vió que era viejo, dijo que no lo quería. Hace algunos años hubiera pasado lo contrario: el ser viejo hubiese parecido una garantía.

—Esto me parece más lógico —dijo lá duquesa.

—¿Por qué? Hay épocas históricas de patriarcas, de solemnidad, un poco pedantescas, y épocas de juventud, de turbulencia, de infantilismo. También hay épocas en que mandan las mujeres. Ahora pretendemos estar en una época juvenil. Creo que la época de mi padre era época de viejos. La mía no era nada: época sin carácter; esta actual es época de jóvenes. Cada vez más el joven se impone. Cuanto más se imponga el predominio del joven, el viejo se hará más insignificante. Lo vemos en el teatro. Si las damas jóvenes no pueden resistir más que hasta los treinta años, las que pasan de esta edad tienen que hacerse características.

—¡Al menos, si estos jóvenes tuvieran un poco de cortesía y de amabilidad! —dijo la duquesa.

—No la tendrán. La cortesía y la amabilidad

son virtudes de viejo, de acomodación. El ser joven hoy es una ventaja, no sólo para vivir y para ser fuerte, como lo será siempre, sino para tener prestigio. El ser viejo hoy no supone nada: ni saber más, ni tener más experiencia. Es un tiempo éste en que se quiere mirar únicamente para adelante.

—Pero eso no puede ser; hay que mirar adelante y mirar también el camino recorrido.

—Lo que encuentro yo bien en esta época en que se está variando la forma del esnobismo. Llevamos cuarenta años con la misma moda, y para moda es demasiado. Ya la gente está cansada de France, de D'Annunzio, de Oscar Wilde, de Gauguin y de Cézanne. Que los que valgan pasen al panteón de hombres ilustres, está bien; pero la moda, para ser moda, debe ser algo cambiante y no una cosa pesada e inmóvil.

—Lo bueno debía de tener valor siempre.

—Y lo tiene. Riemann no borra a Euclides, Darwin no hace desaparecer a Linneo, ni Mendel y Hugo de Vries a Darwin. La fauna de Australia no impide que sea cierta la del viejo mundo.

* * *

—Algunas de sus ideas me recuerdan a las de Anatolio France —dijo la duquesa, pensando en halagar a Larrañaga.

—No creo que las ideas de Anatolio France,

ni las mías, sean exclusivas. Son de cualquiera, de todo el mundo.

—¿Ha leído usted ese libro *France en zapatillas?*

—Sí; lo he leído en parte.

—¿Y qué le parece a usted?

—France, como escritor, no me gusta mucho. Ahora, como hombre, me parece poco estimable.

—¿Y por qué?

—¡Un hombre como él, que en plena vejez frecuenta la prostitución! Para mí esto indica un hombre sin finura, sin delicadeza. A mí me parece mucho más digno, aunque más peligroso, robar.

—¡Qué disparate!

—No; robar siempre ha sido una cosa noble; conquistar y robar es lo mismo. En cambio, comprar el esclavo o la mujer, es indigno.

—Según.

—Para mí siempre es indigno. Se puede comprar una mujer prácticamente; si se la compra, a esto llama France poseerla. Si se pudiera comprar la sangre de un niño, la compraría también y haría la competencia a Tiberio y a Gil de Retz. Un amigo mío, escritor de Madrid, me decía que Galdós, el novelista español, era en este sentido igual que France. De estos que les parece lícito entenderse con la mujer del secretario o del escribiente, porque ella es una pelandusca y él un hombre sin medios y sin dignidad; de los que protegen a la señorita pobre, haciéndola su querida y pagándola lo menos posible. Sainte Beuve era también de la mis-

ma escuela. Yo conocí a la madre de una bailarina que era por el estilo; prostituyó a sus dos hijas y a su hijo de una manera consciente y deliberada. Tenía en el fondo la misma idea que esos escritores. Todo lo que puede comprarse está bien el comprarlo; todo lo que puede venderse está bien el venderlo. Si el mundo entero tuviera esta pauta, el mundo sería verdaderamente agradable. Los septuagenarios detrás de las busconas, las septuagenarias conquistarían con dinero a los limpiabotas y a los vendedores de periódicos. Las mujeres se ofrecerían al mejor postor y los hombres lo mismo. Sería el mundo delicioso.

—No tiene usted benevolencia.

—Yo, ninguna. El mundo actual ya nos repugna un poco por su bellaquería; pero si estuviera dirigido por los France y los Galdós, por las madres de las bailarinas y por los comerciantes judíos, sería una perfecta pocilga.

—¿Pero no ha leído usted todo el libro sobre France?

—No; la verdad. Me ha parecido desagradable.

—Pero usted lo mira todo desde un punto de vista moral —dijo la duquesa.

—Naturalmente. ¿Qué otro punto de vista hay para poder juzgar la vida? Ellos dicen: ¿Hay prostitución? Yo me aprovecho de ella. ¿Se vende la mujer o el cinedo? Pues yo los compro. Si hubiera esclavitud, dirían: ¿Hay esclavitud? Yo tengo esclavos. Y si se vendiera sangre de niño, y ésta sirviera para algo, di-

rían: ¿Se vende? ¿Sirve? ¿Por qué privarnos de ella? Es el egoísmo sin la dignidad. Además, estos viejos libidinosos quieren equiparar el erotismo senil, feo, de un sesentón que va a regatear con una prostituta que los acepta con asco, con el entusiasmo de un hombre joven por una muchacha joven. Estos viejos libidinosos son unos Landrús cobardes. A mí, entre France y Landrú, me parece más noble y más gracioso Landrú.

—De esa manera se va a la moral frailuna.

—Sí, hay mucha gente que cree que no hay más términos que estos dos. El de los viejos libilinosos, que consideran lícito explotar la prostitución, a pesar de su humanitarismo literario y retórico, o el de los curas de pueblo, que quieren medir la moral por los centímetros cuadrados de tela que llevan las muchachas sobre los brazos. Entre una cosa y otra hay un abismo. Dice en ese libro France, hablando de Dickens, que este autor tiene un sentimiento exagerado de su dignidad de escritor, y añade: Si una obscura golfilla de Picadilly ha sido maltratada por un borracho, la queja de la mísera chiquilla se elevará por encima del humo de la ciudad, hasta el radiante empíreo en que mora la justicia eterna. Envidio a Dickens, añade France, esa credulidad genial. Esa credulidad la sienten todos los hombres que creen en la solidaridad humana, sin pensar en empíreos ni en justicias eternas, porque el sentimiento de fraternidad humana está ya cuajado en nosotros. El Galdós, el France, o el Sainte Beuve no creen que la gol-

filla sea un producto humano tan intangible, tan incomprable como la princesa o como el sabio; ellos creen que hay criaturas humanas que se pueden comprar y utilizar en menesteres viles. Ellos creen que hay categorías dentro de lo humano, que hay Humanidad de primera, de segunda, etc.

—¿Y realmente no la hay? —preguntó la duquesa.

—No. Habrá jerarquías sociales, científicas; pero no humanas. Estamos en un pueblo sitiado, haciendo cola en una panadería, y hay en la fila un hombre sabio, una mujer distinguida. No le hacemos paso. Estamos esperando en la casa de un médico, y tampoco perdemos el puesto ni invitamos a pasar primero al más rico, al más sabio o a la mujer más guapa. Quizá renunciaremos a nuestro puesto y cederemos el sitio al más desdichado, porque tomamos para esto un punto de vista humano, que no tiene nada que ver con la categoría intelectual o social. Yo creo que no hay más que eso: o todos en lo humano iguales, no en lo legal, que es una cosa fría y sin valor, de programa político, o sino la sociedad con jerarquías, con policía que pega, con ejército que mata en las huelgas, con razón o sin ella, con política maquiavélica que puede anular a las gentes por motivos utilitarios.

—Pero en la práctica así es.

—¿Entonces, a qué ese humanitarismo ridículo de los libros de esos señores? En el fondo, esas gentes creen que hay hombres que son como obras de arte, copas artísticas, platos repu-

jados, tapices, cuadros, y otros son cacharros de uso vil, que se pueden aprovechar sin escrúpulos. Llegaría el caso, y nos preguntarían: ¿Se puede sacrificar personas que son tontas, de las cuales no se puede esperar nada, en beneficio de otros más inteligentes? Nosotros diríamos rotundamente: No.

—Yo estoy contigo completamente de acuerdo —dijo Soledad.

—Yo, no en todo.

—Es un romanticismo infantil —concluyó diciendo Fernando con sorna.

—Cuando se conoce a los hombres —dijo Larrañaga con dureza—, el que le comparen a uno con un chico, no sólo no le molesta, sino que le agrada.

VI

Al español que viaja por la Europa central, le da la impresión de que hay un interés extraño en ennegrecer la cara de los españoles. A esto han contribuído los franceses e ingleses como antiguos rivales; los italianos y flamencos, como antiguos vasallos; los protestantes, los judíos, los masones, los portugueses y los americanos.

El anti-españolismo natural.—*Las sorpresas de Joe.*

NOTICIAS DE ESPAÑA

La excursión en automóvil no tuvo nada de curioso, más que las discusiones entre la duquesa y Larrañaga.

A la vuelta a Basilea, entre los huéspedes del hotel de los Tres Reyes, Larrañaga conoció a un yanqui que pensaba ir a visitar España. En vez de marchar, ver y volverse quería

tener una idea anterior, quizá para no variarla, y estaba leyendo libros.

Primero había comprado el Baedeker y después un libro en francés recomendado por esta guía, que se titulaba *La España tal cual es.* De esta lectura había sacado muy mala impresión. Había consultado a Larrañaga, que leyó el libro por encima.

—No haga usted caso de eso —dijo Larrañaga—. Es el libro de un francés de cabeza dura, de esos que creen, sin duda, que son el ornamento del mundo y que se asombran de que no les admiren en todas partes.

—¿Así que el autor no es un águila?

—No, es un escritor francés como tantos otros. Tiene esa petulancia y esa fanfarronería muy clásica de los escritores franceses cuando hablan de los demás países, naturalmente mayor en los escritores vulgares y un tanto mediocres, como Paul Morand o Pierre Benoit, que en los agudos e inteligentes como Stendhal o Merimee.

El americano dejó a un lado el libro del francés y compró el de un crítico alemán, judío de Berlín, sobre España, que entre las muchas cosas que decía, aseguraba que Velázquez no era un pintor hábil, sino aparatoso y *pompier.*

El yanqui fué a consultar a Larrañaga. ¿Realmente, Velázquez era un *pompier?*

—*Pompier,* es decir, bombero —exclamó burlonamente Larrañaga—. ¿Qué quiere decir *pompier?* Nada. Lo mismo se puede decir de Homero, de Sócrates o del moro Muza.

—El autor parece inteligente.

—Sí, es un judío berlinés; todos esos tipos son mercachifles, que se las echan de geniales. Son las gentes más aparatosas y de menos probidad que se conocen; no debían de pasar de intérpretes y de proveedores de garitos.

El norteamericano preguntó entonces qué libro podría comprar para enterarse un poco de lo que era España.

Larrañaga no supo qué decirle.

El yanqui estaba un poco sorprendido, porque, al mismo tiempo que leía diatribas contra España, el historiador, amigo de los turistas aristócratas, le aseguraba que era el primer país del mundo por su clima, por sus costumbres y por su cultura.

Larrañaga le aseguró que era, indudablemente, muy difícil hablar de otro país con exactitud.

—¿Por qué este descrédito en los libros? —preguntaba el yanqui.

—El descrédito de España depende, en parte, de la pobreza del suelo; en parte, de nosotros, y en parte de una campaña metódica hecha por los protestantes, por los judíos y por los demócratas.

—Esta alternativa, esta diferencia tan grande de opiniones, no hay con relación a los demás países.

—Ah, claro. España es un país que ha figurado por casualidad. Lo principal de España es una meseta alta, árida y pobre. La gente sensual, comerciantes de tierra llana y húmeda de

otras partes de Europa, encuentran en España una manera de vivir áspera, que no es la suya.

—¿Y está realmente el país dominado por el clero y la aristocracia?

—¡Ca! Curas y aristócratas no son más que figuras decorativas. Arabescos. Adornos de cartón. Pura carrocería.

—Pero, ¿es un pueblo original?

—Yo creo que es un pueblo amanerado como todos los pueblos latinos. De ahí que siempre estemos hablando de estilo. Pero el estilo, para nosotros, no es más que un pequeño gesto, una pequeña rutina... todo lo que vale algo en España se escapa de este concepto del estilo. El *Quijote* nunca se consideró obra de estilo.

—¿Y usted cree que España es un pueblo extraordinario?

—No lo creo. Es como casi todos los pueblos modernos, un pueblo ramplón.

—¿Por qué?

—Yo supongo que lo es, porque ha perdido su norma de vida. Indudablemente, era antes un país quijotesco, que se creía a sí mismo distinto de lo que era. Arido, se creía fértil, pobre, se creía con grandes recursos, y tenía tal confianza en sí mismo, que realizaba cosas extraordinarias casi sin recursos.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no hay posibilidad de confusiones ni de ilusiones. Se van viendo las cosas claras. Nosotros, los españoles de hoy no tenemos la culpa de no poder tener fe en nosotros mismos. Antes, en el período de aventuras a Es-

paña, la dirigía Don Quijote; de ahora en adelante, la tendrá que dirigir Sancho Panza. Un Sancho Panza culto, desbastado y democrático.

—Es una lástima.

—Sí; es una pérdida en el capítulo de lo pintoresco, pero no puede ser de otra manera. Es evidente que la razón, el buen sentido, no han bastado para vivir a los pueblos; al menos hasta ahora, han necesitado la locura, la embriaguez de unos alcoholes espirituales. De aquí en adelante, ¿bastarán la razón, el sentido común? Es lo que no sabemos.

El yanqui preguntó a Larrañaga si se hacían estudios sobre el arte árabe de España.

—No sé —contestó Larrañaga—. Creo que sí. Hay mucho entusiasmo por eso. A mí es cosa que no me interesa nada.

—¿Por qué?

—No lo siento. A mí me parece una cosa que no está arraigada en el país que no lo siente el pueblo.

—Lo ha desnacionalizado la presión de la iglesia católica —dijo el americano.

—No lo creo. He leído que ese arte árabe no es árabe, sino una aportación medio persa; los árabes parecen que no inventaron nada, pero, en fin, sea lo que sea, yo creo que no está dentro de las entrañas del pueblo español. Es un arte de baratijas, un arte que maneja el yeso pintado y la escayola, que huye de la figura humana. Insignificancia. La Alhambra podría ser un buen kiosco de refrescos.

—¿Y la mezquita de Córdoba?

—Horrible. Es un sótano con arcos de herradura.

—¿Y el Alcázar de Sevilla?

—Sería un bonito modelo para un pabellón en una exposición de Chicago.

—Entonces, ¿qué les gusta a ustedes de España?

—Muchas cosas. Toda la huella de Roma es magnífica; los acueductos, los puentes, los anfiteatros como el de Mérida; luego, las iglesias románicas, las góticas, lo plateresco, lo barroco y El Escorial.

—Chateaubriand encontraba que El Escorial era un cuartelón.

—¡Bah! Chateaubriand era un jorobado petulante y no muy inteligente. No hay que hacer mucho caso de él.

—Pero, entonces, ustedes, ¿prescinden de la España árabe?

—Yo prescindo de muchas cosas. Para mí, por ejemplo, tiene más importancia la guerra de la Independencia y las guerras carlistas que la conquista de América. El Empecinado o Zumalacárregui me interesan más que Colón o que Hernán Cortés.

—Sí, pero esa no es la España para el mundo.

—Bien; pero es la España de un español. La España para el mundo es un lugar común que no vale la pena de tener en cuenta. Para la gente de fuera, en España, la región de más carácter, es Andalucía; a mí me parece lo más vulgar de España.

—Oh. No, no es cierto —dijo el yanqui, rechazando la idea como si quisieran engañarle.

—A mí me parece lo que tiene menos carácter. ¡Qué cantidad de pueblos ramplones, grandes, mediocres, insulsos, anémicos, sin tradición, hay allá! Parecen pueblos construídos ayer en un país colonial. ¡Y el campo andaluz! Es la monotonía absoluta. Cuando de Andalucía se va a Castilla, a León o a Navarra, todo toma un tono de violencia que asombra, un aire de tradición, de peligro, de guerra.

—Eso, para nosotros, no es nada.

—Ah, claro. Para el extranjero hispanófilo no hay más España que la del Mediodía. El aficionado al lugar común de la leyenda española quisiera que nosotros nos inmovilizáramos en esos viejos lugares comunes, que cultiváramos el *pastiche;* pero ustedes, por si acaso, no cultivan su lugar común, no son sólo tocineros, pastores y mineros, sino que tienen museos, universidades, poetas... no llevan sotabarba. Que los demás pueblos se dediquen a practicar su lugar común y nosotros nos dedicaremos a torear, a bailar y a llevar babuchas, y el mundo será un magnífico carnaval.

El yanqui oyó estas explicaciones con aire de mal humor, y como persistía en tener, antes de ir a España, una idea exacta del país, siguió comprando libros.

* * *

Se marcharon los aristócratas a Saint Moritz.

Charito, la hija del americano, comprometió a Soledad para que estuviera dos o tres días con ellos. Fernando se fué a Bilbao, y quedó en el hotel, sólo, el señor pequeño de los anteojos.

—¿Por qué se queda este señor aquí y no sigue con los otros? —preguntó Pepita.

—Este señor, al parecer, es especialista en la historia de España del siglo XIX. Ha visto que, en el teatro municipal de Basilea, se anuncia una comedia española que se llama *Maroto y su Rey,* y quiere ver esa comedia.

—Iremos también nosotros a verla —dijo Pepita.

—Muy bien.

Tomaron unos sillones altos y por la noche fueron al teatro, que estaba lleno.

* * *

Se levantó el telón.

Se encontraban en los alrededores de Madrid, en el Pardo, en la casa de Campo o en el Campo del Moro, entre árboles.

Salía un grupo de hombres del pueblo. Una mujer cantaba una canción, que lo único que tenía de español era que se oía de cuando en cuando decir olé, olé, y se hablaba en ella de Cabrera.

Entraba el pretendiente Don Carlos, el de la

primera guerra civil, hombre muy pálido, con patillas, envuelto en una capa azul y diciendo a cada paso: Ave María, y persignándose. El pretendiente venía acompañado de su amigo el barón de los Valles, francés que había tenido una librería de viejo en Madrid y hablaba con él.

Estos dos personajes se sentaban a la mesa. Un mendigo comenzaba a importunarles pidiéndoles limosna, y al cabo de un rato se tendía a pocos pasos en el suelo para espiar la conversación. Un sistema de espionaje, verdaderamente primitivo, cándido y sencillo, como el alma de un buen suizo.

El pretendiente Don Carlos tenía una cita con María Cristina, venía ésta y se sentaba con el pretendiente, y cuando estaba hablando Don Carlos y la Reina gobernadora, aparecía Muñoz, el duque de Riansares, vestido de papagayo, de verde y con pantalón corto. Celoso, amenazaba a la Reina y a Don Carlos con un puñal. Al marcharse todos, el mendigo se levantaba, decía su nombre al público y añadía: "Soy un conspirador".

Al caer el telón, Pepita preguntó a Larrañaga:

—¿Has comprendido algo?

—Poco, pero he comprendido lo bastante para comprender que esto es un absurdo.

En los otros actos, la hija de Maroto se enamoraba del conspirador; después, venía una escena en un salón, en donde se veía un telescopio que no servía más que para estar allá y dar al público la impresión de que los Carlis-

tas se dedicaban, como los caldeos, a la astronomía. En este salón prendían al conspirador.

Después aparecía la corte del pretendiente y en ella la caricatura de un duque español y otra caricatura de un obispo. Cosa pesada, grosera, de alemán. El actor, un judío de Berlín, se esforzaba en dar carácter grotesco y odioso al obispo, haciéndole echar bendiciones de manera ridícula.

—Es repugnante —dijo el historiador, indignado.

—¡Qué gente más bestia son estos alemanes! —exclamó Pepita—. ¡Qué raza más ordinaria!

—Si yo también me siento español monárquico, católico y hasta carlista, al ver estas estupideces —aseguró Larrañaga—. Ese Maroto, con un anillo en la oreja; el Fernando Muñoz, con su traje verde de papagayo y su puñal, y el obispo, son verdaderamente ridículos.

VII

El Rhin, en Basilea, es de noche imponente. Al borde del río, el paseo de la orilla derecha, tiene aspecto verdaderamente fantástico y romántico. En los bancos se ven algunas parejas de enamorados; en una institución católica próxima, suenan cánticos e himnos religiosos. El río corre con su terrible y amenazadora corriente. En la orilla opuesta se destacan, negras y sombrías, las masas de follaje y las torres de la catedral. Algunas luces brillan aquí y allá, los faroles del puente se reflejan en el agua y aparecen iluminadas las ventanas de un gran hotel.

El Rhin de noche.—*Las Estampas Iluminadas*.

PASEANDO Y RECORDANDO

Las explicaciones entre Pepita y Fernando no debieron de terminar de buena manera. Fernando dijo que necesitaba volver a Bilbao a pasar

unos días y que después iría a París, a reunirse con su mujer.

Soledad estaba en Davos, con sus nuevos amigos los americanos.

—¿Por qué no te trasladas a este hotel? —preguntó Pepita a Larrañaga.

—Es demasiado caro. A tu padre, a quien le parece muy bien que tú vayas a los grandes hoteles, le parecería muy mal que yo hiciera lo mismo.

—Pues ven más cerca.

Larrañaga se trasladó al hotel del Rhin, en la orilla derecha del río, cerca del puente antiguo. Pepita seguía muy incomodada y muy irritada contra su marido. Sin embargo, no le gustaba el desprecio profundo que tenía por él Larrañaga ni podía pensar tranquilamente que su primo calificara a Fernando de miserable.

Larrañaga no se lo decía, pero ella comprendía que lo pensaba.

Como para disimular y comprender el caso de su marido en el caso general, Pepita decía pestes de los hombres. Larrañaga, unas veces se reía, otras se mostraba completamente de acuerdo.

—¿Qué quieres? —decía él—; las mujeres se enamoran de los hombres más vulgares y más estúpidos.

—Eso mismo creemos las mujeres de los hombres —replicó Pepita con viveza—. Vosotros siempre os entusiasmáis con mujeres tontas e insignificantes.

—Pero las circunstancias son diferentes. En

la vida del hogar, la mujer no necesita, en general, tener ni mucho valor ni mucha inteligencia; en cambio el hombre sí; necesita tenerlos en algunos casos.

—No estoy conforme.

—¿Tú no habrás leído, por casualidad, esas memorias de María Bashkirtseff?

—No. ¿Quién era?

—Era una señorita rusa que vivió en París, de gran talento, que quería ser pintora y que contó su vida y sus aspiraciones.

—Y ¿por qué la recuerdas ahora?

—La recuerdo, porque pienso que vivir con una mujer genial, exaltada por las ideas artísticas, debe ser poco agradable.

—Eres un conservador.

—No, soy un observador, bueno o malo; la moral la dejo a un lado. Yo creo que una mujer puede hacer su hogar con un tonto, con un hombre mediano y con un hombre extraordinario. En cambio, un hombre puede hacer su hogar con la mujer tonta y con la mediana, pero con la extraordinaria, imposible.

—No veo por qué.

—Sí. Esos grandes hombres que llaman genios, lo han sido casi siempre para la calle. Dantón, Napoleón o Bismarck, eran genios para la calle, para la galería, pero la mujer de talento es el genio en casa, lo que debe ser antipático.

—¿Crees tú?

—Oh, una madama Stael, una madama Jorge Sand, o una María Bashkirtseff, de testigo de las vulgaridades de uno. Debe ser horrible.

—Tú consideras que la vida de la mujer es más baja que la del hombre.

—Te equivocas. No hay tal cosa. En general, la vida de la mujer es mucho más seria y más fuerte que la del hombre. Claro que esos hombres que citaba antes, Dantón o Bismarck, tuvieron una vida mucho más intensa que sus mujeres respectivas; pero en las parejas corrientes la vida de la mujer es mucho más seria, más dramática, con muchos más peligros y responsabilidades que la del hombre.

—¿Tú crees de verdad?

—Naturalmente; compara tú entre la burguesía, en cualquier matrimonio con hijos, el marido con la mujer. El papel de la mujer es mucho más alto, más serio; embarazos, partos, enfermedades de los hijos, placeres y dolores graves. Al lado de la vida de ella, la vida de él, del marido, no es nada; que va a la oficina, que va al café, que le quieren hacer votar por los negros o por los blancos... nada, insignificancias. De ahí que la mujer del empleadito, del cagatintas, cuando trata con la princesa o con la señora del ministro habla de igual a igual, de la enfermedad del primer chico, o de la lactancia del segundo. En cambio, ese empleadillo, al lado del príncipe, del banquero o del diplomático, aparece humillado.

—Sí, tienes razón.

—Yo estoy convencido de que el día en que se pueda hacer desaparecer la guerra y la aventura, viene el gobierno por las madres, el matriarcado.

—A mí, chico, no me importan mucho las teorías. Lo que me fastidia es engañarme, y nosotros nos hemos engañado. Mira nosotros dos; yo, casada con un hombre egoísta y presuntuoso; tú, enamorado de mujeres que no valían la pena.

—Eso no es verdad; mi pequeña Nelly era una muchacha encantadora.

—Sí; una muchacha pobre, abandonada.

—¿Y qué? Tú podías elegir; yo, no. Tú tenías gran posición; eras y eres mujer guapa y solicitada. Yo, modesto empleado y viviendo en el extranjero. ¿Dónde y cómo iba a elegir?

—A ti siempre te ha perdido la timidez y la cobardía. Y lo malo es que no sólo te fastidias tú, sino que fastidias a los demás. Si cuando me conociste hubieras tenido energía, hubiera sido mucho mejor para los dos.

—Pedir energía al que no la tiene, es como querer encontrar oro en unas arenas en donde no lo hay.

* * *

Después de las asperezas entre los dos, vinieron las suavidades

Paseaban por los alrededores de Basilea, por las avenidas anchas y modernas, donde los buenos burgueses han construído las casas con sus jardincillos delante.

—Es un jardín pequeño, probablemente como

sus aspiraciones —decía Larrañaga—. El buen burgués basileano, mirará contento el pino que le oculta la calle, y los dos o tres lilos que en primavera se llenarán de flores.

—A mí me gustaría vivir así —decía Pepita.

—Quizá este orden, este pequeño horizonte, es lo que puede dar tranquilidad y satisfacción al espíritu.

—A mí me gustaría vivir aquí, en una casa de éstas, con un hombre como tú...

—Bueno, bueno. Mañana te entenderás con tu marido —dijo sarcásticamente José.

—Olvida el mañana. Pues sí me gustaría vivir en una casa así, contigo; tú serías empleado o profesor...

—Me produce tristeza el pensar eso.

* * *

Por las mañanas iban los dos a la terraza de la Catedral a sentarse en los bancos; por la tarde oían la música en el parque y algunos días remontaron el Rhin en un vaporcito.

Por las noches paseaban por la orilla del río, por Oberer Rheinweg.

Hablaban de mil cosas: de la infancia, de la juventud, de sus cortos amores en Deva.

Discutieran o estuvieran de acuerdo, siempre se entretenían y pasaban las horas para ellos rápidamente.

—¿Pero, qué hora es? —preguntaba Pepita.

—Son las doce.

—¿Las doce ya? ¡Qué escándalo! Me voy al hotel.

—Yo te acompañaré.

Tomaban por el muelle y cruzaban el puente; pero encontraban un nuevo motivo de discusión o de charla y se paraban a hablar y se les pasaba el tiempo.

—Bueno; ahora ya va de veras. No me entretengas —decía Pepita.

—No haré más que acompañarte hasta la puerta.

A veces este acompañamiento hasta la puerta se convertía en una hora de charla.

Al último, Pepita decía:

—¡Adiós! ¡Adiós! Hasta mañana.

Y echaba a correr.

Larrañaga volvía por el puente al hotel del Rhin, y pensaba que nunca había pasado días tan agradables como aquellos.

CUARTA PARTE

PARÍS

I

El jardín del Luxemburgo, en agosto, es algo triste, lánguido, pesado. Caen las hojas amarillas de los árboles en la avenida polvorienta, duermen los vagabundos en los bancos, los gorriones revolotean entre las ramas y los tordos saltan en la hierba. Los chicos miran pararse sus barcos de juguete en el estanque octogonal por falta de viento, modestas viejas de cofia hacen media, un solitario lee un libro. Algunos buenos burgueses de caricatura juegan al criquet o a la pelota, y en los equipos de tennis, entre muchachas sonrosadas, hay japoneses pequeños y gesticulantes. El pintor melenudo pinta en su caballete un cuadrito casi siempre detestable, y el poeta melenudo —aún quedan algunos— lanza una mirada de orgullo a su alrededor. Es ambiente de sueño, de aburrimiento, de pesadez; parece que no han de volver nunca las praderas

verdes, los días frescos, el follaje húmedo, las flores de corolas brillantes.

Se recuerdan las llanuras de Castilla, las ramblas polvorientas de los pueblos del Mediterráneo.

Se sueña en sitios frescos, a orillas de los ríos.

Alrededor del jardín, las calles desiertas dan impresión de provincia, de letargo; los tejados grises, de pizarra, y las chimeneas se destacan en el aire azul.

El anochecer es largo, pesado, y se va uno acercando sin ganas al hotel, a encerrarse en el cuarto, de aire inmóvil y sofocante.

El Luxemburgo en Agosto.—*Las Estampas Iluminadas.*

IMPRESIONES DE PARÍS

—¿Dónde queréis ir a hospedaros aquí? —preguntó Larrañaga al llegar a París.

—A mí no me gusta vivir en un lugar bullicioso —contestó Pepita—. Ir a sitios animados, sí; pero luego prefiero volver a un sitio más tranquilo.

Larrañaga las llevó al hotel Lutecia, del bulevar Raspail. El fué a su hotel, de la calle Vaneau, para evitar toda murmuración, y para no ver a Fernando, si venía, pues le había tomado odio.

—Este hotel Lutecia está en un sitio tranquilo y al mismo tiempo animado. A mí todo París me parece un poco triste.

—Es raro.

—Para la gente que viene a una gran ciudad, va al teatro, a los museos y anda en automóvil, todo parece alegre; pero al que ha vivido mal en un pueblo, ya no puede contrarrestar esta impresión.

—Esta vida solitaria que tú haces —dijo Pepita— tiene que ser triste, porque es desinteresarse de todo cuanto pasa alrededor.

—Sí; pero esta vida tiene sus ventajas. Se hace uno más recogido, más individualista. Yo, muchas veces, cuando vivía aquí o en Londres, y pasaba al anochecer entre la gente, por delante de los escaparates iluminados, no pensaba más que en si encontraría encendida la estufa de mi cuarto y si la sopa estaría quemada.

—Creo que haces mal en aislarte.

—¿Por qué? Es natural que todo el mundo se quiera defender del contacto vulgar y desagradable. A mí no me divierte oír hablar a dos comisionistas, es una cosa tan vulgar; en cambio, me gusta oír a dos labradores o a dos marineros.

Larrañaga llevó a sus primas por sitios raros de la orilla izquierda del Sena. Les acompañó a los sitios donde él había ido a pintar cuando era joven y andaba en busca de lo curioso y de lo extraño.

Vieron el barrio que hay alrededor de San Severino, ya destripado, del que no queda apenas nada, pero en el que se advierte aún la vida pintoresca de antes.

Vieron también esas calles tristes que hay de-

trás del Panteón y la animación de prenderos y de traperos de la rue Mouffetard. Muchas cosas no eran como se figuraba Larrañaga. En veinte años todo había cambiado mucho.

—No sé qué encuentras de raro en esto, Joshé —le decía Pepita.

En los derribos, Larrañaga se paraba con entusiasmo. Estas casas viejas de París, un poco inclinadas por abajo hacia adelante y por arriba hacia atrás, con balconcillos, le gustaban. Cuando tenían una parte derribada se veían los sitios por donde pasaban las chimeneas, como una cinta negra en zig-zag, las cocinas y los papeles pintados.

El contemplar aquellos papeles con sus pastorcitos y pastorcitas, su Pablo y Virginia o su Hernán Cortés, conmovía a Larrañaga. Le recordaba la infancia y la literatura folletinesca leída por él en los primeros años de su vida.

Así miraba largo tiempo, enternecido, las viejas casas a medio derribar, con sus paredes sostenidas en el aire; algún árbol viejo en medio de un patio antiguo, las guardillas y las vallas llenas de carteles modernos con colorines.

Otro día Larrañaga llevó a sus primas por los alrededores de la iglesia de Saint Merry, a ver aquellas callejuelas antiguas, estrechas, negras, llenas de hoteles sucios y de burdeles, refugio de gente maleante y de mujeres de vida airada.

Recorrieron el barrio de un extremo al otro.

—No creí que esto fuera tan negro —dijo Pepita.

—Hay mucho negro todavía en París, mucho callejón triste, sombrío, ahumado. ¡Qué entrada la de estos hoteles! ¡Da terror! Estos pasajes comerciales, llenos de tiendas, tienen un aire siniestro.

Eran calles angostas, de aire medioeval, con casas vetustas, cuyo piso primero avanzaba con un voladizo por encima de las tiendas miserables.

En algunos puntos la calle se estrechaba de tal modo que se podían tocar las dos paredes al mismo tiempo con las dos manos.

De las tabernas salía gente y se veía en los fondos de aquellos tugurios una porción de hombres sentados a las mesas. Algunos golfos con la pipa en la boca miraban la gente que pasaba.

Hombres encorvados, lívidos, iban a comprar algo, llevando en la mano un plato o una botella. También salían de las casas mujeres pálidas y ajadas, con tipo descarado, que cerraban la puerta de la casa tras sí, y viejas prostitutas, grandes, gordas, adiposas, que hacían la guardia desde las puertas de los burdeles.

En alguno de aquellos tugurios tocaban un organillo de los antiguos.

—¡Oh, qué pena! —exclamaba Larrañaga—. ¡Qué triste! Parece que le duele a uno el alma al oír esto. Ya estos organillos no se construyen. Ahora es el gramófono y la radio, con su vulgaridad, lo que priva.

Estuvieron también en ese barrio, entre los Mercados y los bulevares.

—Nunca se me había ocurrido que hubiese tanto rincón pobre en París —decía Pepita.

—Pues todavía quedan. Hay aún en París calles obscuras, ahumadas, con casas grandes, tristes, que se tienden hacia adelante. En esas calles estrechas hay hoteles sospechosos, pasillos negros, patios húmedos, paredes desconchadas. Muchas de las casas echan vientre, parece que se quieren partir y tienen que ponerles grapas de hierro. Desde la calle, en los primeros pisos, se ven cuartos tapizados de papel marchito, con muchas cortinas. Los hombres que salen a los balcones tienen un aire cansado, derrengado; las mujeres viejas, un tipo horrible, parecen hombres.

Aquellas casas grandes, enormes, con el portal seguido de un pasillo que se dividía en varias galerías, eran imponentes. En los patios, llenos de humedad y de negrura, había lavaderos y tintorerías, y solía correr un arroyo de colores por el portal.

La vida en aquellos sitios debía de ser muy dura. El olor pesado, de comida barata, sin duda no desaparecería nunca.

—El olor es algo horrible. Contra lo feo y lo negro se puede reaccionar, pero contra los olores es imposible —decía Larrañaga—; cada pueblo tiene su olor. Este olor de los patios y de los pasillos parisienses, en donde se mezcla el vaho de la comida pobre, hecha con coles, con la humedad y las aguas que fermentan, es muy diferente al olor de pobreza mezclado al espliego de la casa de vecindad de Madrid, al olor de manteca y de agua podrida de Amsterdam, al de cerveza y alquitrán de Londres y a los olo-

res de productos químicos, agrios y penetrantes, de los pueblos industriales de Alemania. Al lado de esos, el olor irritante de aceite de los pueblos del Sur es casi un perfume agradable.

—Esto es lo que queda de viejo en una ciudad —dijo Pepita en uno de sus paseos por estos barrios—; pero lo nuevo no es así.

—Entre lo nuevo hay sitios también muy tristes.

Fueron al anochecer hacia la Villette, y a Pepita no le pareció el lugar muy agradable. Había un bulevar por encima del cual, sobre grandes columnas, pasaba el Metropolitano. Por detrás de las columnas salían mujeres y golfos de mal aspecto.

—Sí, esto no es tampoco muy alegre.

—Estos pueblos grandes son tétricos —dijo Larrañaga—; únicamente viviendo en el centro, y teniendo dinero, parece la vida alegre, pero no lo es. Todo es un espejismo. La vida en las ciudades grandes es triste.

—¿Y en el campo?

—En el campo es imposible.

—Pues sí que eres tú animador. Aquí debe haber grandes miserias.

—A mí, las grandes miserias de estas ciudades enormes, quizá porque estoy a salvo de ellas, no me dan tanto horror como las pequeñas miserias. ¡Se hace la vida tan pobre en estas grandes ciudades! He conocido a un hombre cuya única diversión era ir a una estación, a la sala de espera, para convencer a los demás, y convencerse a sí mismo, de que tenía que ha-

cer un viaje; conocí otro señor que hacía cola en la lista de Correos, sabiendo que no iba a recoger ninguna carta; otro visitaba los grandes almacenes, sin tener idea de comprar nada, ni siquiera de robar, y otros paseaban en los pasajes arriba y abajo, con las manos metidas en los bolsillos del gabán.

* * *

—Habrás conocido tipos raros aquí y te habrán pasado aventuras.

—No, no me ha pasado nunca nada de particular. Es decir, casi nada. Una noche me ocurrió, al volver al hotel y entrar en el cuarto, encontrarme con una mujer pálida, de ojos negros, vestida de negro, en la cama, que me miró atentamente.

—¿Y quién era? ¿O era una alucinación?

—No. El hotel tenía los pisos muy simétricos, y yo, equivocando el piso, había entrado en un cuarto del segundo, en vez de entrar en uno del tercero.

—¿La mujer gritaría?

—No. Me contempló tranquilamente, sin decir nada. Yo, al pasar la mirada asombrado por el cuarto, comprendí que no era el mío, y salí. Después me entró el pánico. ¿Quién demonio era aquella mujer? ¿Por qué no se había alarmado al ver a un desconocido entrar de noche en su cuarto?

—A nosotras —dijo Pepita— nos pasó, en un viaje que hicimos hace mucho tiempo a Burdeos, una cosa parecida. Yo me metí confundida en un cuarto en donde había en la cama un señor grueso, con un gorro de dormir, y al verle empecé a gritar, mientras él me decía:

—¡Señorita! ¡Señorita! No grite usted; no tenga usted miedo.

—Tiene gracia.

—Esto, en un hotel moderno, en donde hay criados en los descansillos de cada piso, es difícil. Y, a propósito: ¿Tú cómo estás en el hotel? ¿Bien?

—Sí. Muy bien. Ahora hay allá —dijo Larrañaga— una nube de chinos. Se los encuentra uno en el ascensor, en el rellano de la escalera, en el balcón de al lado. Hay uno que, al verme, sonríe amablemente; pero siempre me queda la escama de que si le tuviera a uno bajo sus manos no sería muy benévolo. Cuando lo veo, recuerdo que el geógrafo Eliseo Reclús asegura que ninguno de los europeos que viven en China, ni los misioneros, ni los empleados, puede decir: Yo he conocido a fondo lo que es un chino.

—¿Tan impenetrables son?

—Tienen alma distinta a la nuestra.

* * *

Larrañaga pasaba largo tiempo en el salón del hotel Lutecia.

El hotel Lutecia, donde se encontraban, estaba lleno sobre todo de familias yanquis. Solía haber concierto por las noches, y Soledad se sentaba con frecuencia a escuchar. En el salón, Soledad conoció a una familia de comerciantes ricos de Chicago, formada por los padres y por dos muchachas que se esforzaban en manifestar su personalidad de alguna manera, riendo alto, fumando, sentándose en los brazos de los sillones, haciendo todo aquello que hacía años se consideraba como propio de gente mal educada.

Las muchachas americanas quisieron hacerse amigas de Soledad, y la convidaron al teatro varias veces. Le presentaron también a un joven alto, elegante, muy bien vestido, a quien admiraban profundamente. Era un marino de guerra norteamericano que estaba en Europa con licencia.

—Es guapísimo —dijo Pepita al conocerle.

Realmente tenía muy buen aspecto y su acicalamiento contrastaba con el descuido de Larrañaga.

A pesar de su guapeza y de que comenzó a galantearla asiduamente, Soledad no se entusiasmó con él.

—¡Qué chica más tonta! —decía Pepita—. No le hace caso. ¡A un hombre tan guapo!

—Es que a Soledad no le basta que un hombre sea guapo —replicaba Larrañaga— para enamorarse de él. No es una ternera, que le ha de gustar por necesidad un becerro hermoso.

El marino era un poco petulante.

Contó a Soledad cómo su hermana quería ca-

sarle con una hermana de su marido, blanca, sonrosada, y con el pelo claro; pero a él no le gustaban las mujeres del Norte; las encontraba frías, sin expresión y sin interés. Para que a él le gustara una mujer, tenía que tener ojos negros, ojos como los de Soledad, por ejemplo.

Soledad se reía y le decía que todos los hombres eran insoportables por fatuos y presuntuosos, los españoles como los americanos.

—Puede que yo sea igual a los demás hombres; pero usted, desde luego, no se parece a las demás mujeres.

Siempre había oído decir que las españolas eran mujeres ideales, románticas y encantadoras.

—La señorita con quien quiere casarme mi hermana se parece mucho a mi cuñado —dijo el marino.

—Comprendo —replicó Soledad— que si se parece a su cuñado le sea antipática. No hay nada tan desagradable como los cuñados.

—Sí, yo tengo varios; todos mis hermanos y hermanas están casados; yo soy el más pequeño de todos y también me quieren casar. Me presentan una porción de amigas y parientes; yo me enamoro en seguida de todas, y sufro muchísimo sino me hacen caso.

—¿Si se enamora usted de todas no le debe durar mucho su enamoramiento?

—A los quince días normalmente se me pasa y estoy deseando escapar. ¿Usted cree que es posible querer a una persona más de un mes seguido?

—Yo creo que sí.

—Quizá para usted sea posible. Yo soy, en general, muy versátil. Además, tengo demasiada buena suerte.

—¿Siempre tiene usted buena suerte?

—Sí.

—Pues conmigo no la va usted a tener.

—¿Le parece poca suerte haberla conocido?

—Verdaderamente; ¿a ver si se va a enamorar de mí, durante estos días, entre un fox-troot y un shimmy?

—No me chocaría nada, y, además, presiento que me va a durar lo menos un mes.

—¡Por Dios! Siquiera hasta que nos volvamos a España.

El joven marino había quedado impresionado, y, al despedirse de Soledad, quiso que ella le permitiera escribirle.

—Escríbame usted, si quiere —le contestó ella—. Según lo que me escriba, le contestaré a usted o no.

II

Este salón de un piso bajo del faubourg Saint Germain tiene el aspecto de un fondo de estampa del siglo XVIII. Las puertas son altas, los techos son historiados, hay *panneaux* decorativos, espejos y arañas, todo muy rococó. Hay algún sillón Regencia, consolas y *secretaires*.

En este salón, una señora entonada y de pelo blanco, habla con sus amigas; las señoras jóvenes, toman el te y ríen, y se cuentan algo subversivo; las muchachitas se reunen y charlan; unos jóvenes toman posturas y un señor de pelo blanco, filosofa.

Todos hablan como si cada palabra se acabara de inventar en aquel momento, como si fuera un dulce que hay que saborear.

Esta tertulia es como un concierto en el cual nadie desafina, pero que quizá es un poco monótono.

En el reloj dorado, una musa espiritual y refinada quizá la musa del lugar común, sonríe complacida a sus adoradores.

La conversación francesa.—*Las Estampas Iluminadas.*

TERTULIA PARISIÉN

Unos días después, en uno de los grandes almacenes, Soledad encontró a una señora de Bilbao, con cuya hija había estudiado ella en el colegio.

Esta señora se llama Silvia; era alta, pomposa, vestía a la última moda. Soledad presentó a Pepita y a Larrañaga a Silvia, y hablaron largo rato.

Silvia contó que volvía de Suiza de ver a un hijo suyo, enfermo, que pasaba una temporada en un sanatorio, y en el tren, al volver a París, había conocido a la mujer de un príncipe del Afganistan. Hablaron mucho las dos; la afgana marchó a su palacio y Silvia al Gran Hotel; dos o tres días después, la afgana fué a buscarla, y le enseñó su casa, una casa rara, absurda, completamente oriental, con divanes y mosaicos por todas partes, y una alcoba como una mezquita, que tenía en medio un elefante de ébano y sobre el elefante una cama.

—¿Y se acostaba esa señora sobre el elefante? —preguntó Pepita.

—Sí; yo la pregunté, ¿cómo sube usted hasta ahí arriba?; y ella me enseñó una escalerita que había a un lado.

—¿Y no ha tenido usted miedo de estar en un sitio así? —le preguntó Pepita.

—Sí, a veces me parecía que iba a salir alguno con un sable corvo a cortarme la cabeza; pero luego decía, ¿gente tan rica, para qué me va a atacar a mí?

—Y esa señora afgana, ¿es mujer civilizada?

—Civilizadísima —contestó Silvia, riéndose—; no come carne, ni bebe vino, y ha estado enamorada de un eunuco durante muchos años.

Silvia, al contar todo esto, se reía a carcajadas.

Dijo que tenía parientes en París. Solía ir todos los viernes a una reunión que daba una tía suya que vivía en la calle de Babilonia, en una casa antigua, muy parisién y muy elegante.

—Esta reuniones de mi tía suelen ser muy célebres; vayan ustedes. Iré a buscarlas a su hotel en automóvil el viernes, a las seis.

* * *

Efectivamente, al siguiente viernes, Silvia se presentó en el hotel Lutecia, y fueron todos a la calle de Babilonia.

La casa era antigua, con fachada de estilo Renacimiento y un espacio pequeño delante, que en las novelas románticas se llamaba entre patio y jardín.

Cruzaron el patio y tomaron por una escalera

hasta el piso segundo, donde una criada vieja les pasó a un salón.

La señora de la casa, la tía de Silvia, les salió a recibir con gran amabilidad, y fué presentándoles a sus amigos. Siguió la conversación. Había una mujer rubia, casi roja, de ojos azules, boca muy pequeña, nariz fina, poca expresión y quizá poca inteligencia, era la mujer de un diputado.

A Larrañaga, el señor de al lado, señor que pretendía haber sido amigo íntimo del novelista Proust, le dijo que de esta señora se decía que tenía amantes y que el marido lo sabía; lo cual no era obstáculo para que la siguiera queriendo.

Otro tipo, que se destacaba en la reunión, era una mujer morena, de nariz fuerte, con ojos negros, y algo de prognatismo. Era una señora romana, casada con un viejo aristócrata francés. Tenía una manera de hablar enérgica y expresiva. El señor confidente dijo a Larrañaga que era violenta en sus simpatías y antipatías.

Como miraba con curiosidad a Larrañaga, el señor hizo que éste se acercara a ella a hablarla.

Esta señora contó que su chófer era un aristócrata, ex oficial del ejército zarista. El ex oficial vivía muy bien e iba a casarse con una muchacha rusa, también de la aristocracia, empleada en su almacén.

—El mejor día heredarán y los veremos a los dos en la buena sociedad —añadió la señora.

—¿Y por qué no? —repuso otra.
—A mí tampoco me parece mal.

* * *

Una gran sorpresa para Pepita fué el encontrarse con una mujer muy elegante, que le dijo que su padre conocía al padre de Pepita, de Bilbao.

Un poco asombrada Pepita, le preguntó su apellido y, al decírselo, recordó que, efectivamente, se había hablado mucho de esta familia y del padre, que de obrero de minas y capataz en Bilbao, había ido a Inglaterra y entrado, primero en la aristocracia del dinero y después en la aristocracia francesa.

Esta muchacha le presentó a su hermano, que era un aristócrata amable, sonriente, modesto. Nada de la satisfacción ni del empaque del plebeyo que sube, se sentía tan firme en su lugar, que probablemente no le hubiera importado nada hablar de su abuelo, el minero bilbaíno.

Cuando Pepita explicó a Larrañaga quiénes eran, éste dijo:

—Eso es subir. Hay que tener pulso, acierto para marchar así. Lo que me gusta comprobar es que cuando veo alguien que ha progresado, pero ha progresado bien, no me produce antipatía. Y eso que uno no ha hecho más que desatinos.

Había en la tertulia otra mujer pequeña, bonita y con los ojos grandes. Era, por lo que dijeron, de una familia de la gran nobleza francesa. Tenía el tipo de parisiense de teatro, vestía con cierta extravagancia, y su conversación estaba constituída por una serie de frases ingeniosas, acompañadas de gestos y de guiños.

—Ya en París —le dijo aquel señor confidente que se preciaba de haber sido amigo del novelista Proust—, la mujer mundana no tiene amante, sino un *gigolo*. Aquella frase de sentimentalismo un poco ridículo, de que una entretenida tenía un *amant de coeur*, se ha convertido en tener un *gigolo*, un querindango que no llega a querido.

* * *

Se habló de la duquesa de Paterno, a quien habían conocido Larrañaga y sus primas en Basilea. Se aseguró que aquella dama, que estaba en mala situación, cotizaba, según malas lenguas, el título de su marido entre rastacueros y judíos ricos, haciéndoles comprender que intimaban con una dama de sangre casi real.

Se burlaron de otra señora, a quien consideraban como muy snob. Esta señora andaba siempre buscando algo con que llamar la atención; había lanzado ya a la publicidad a un poeta y

a un pintor; echaba la sonda por los talleres y los cafés, de los barrios artísticos, para ver si luego podía sacar a flote alguna gloria, aunque durase un par de días, cuyo prestigio sirviera para ella.

El confidente de Larrañaga habló mucho de Proust y de su homo-sexualismo. La obsesión del homo-sexualismo, parecía respirarse por todas partes.

Se contó lo ocurrido con un príncipe de familia real, cogido por la policía en un cabaret de invertidos y llevado a la Inspección con unos supuestos marineros holandeses.

Un redactor de un periódico parisiense, quien en su vida había pecado por ingenuidad, habló del príncipe como de un héroe, e hizo su apología pintándolo como un valiente que se había pegado con unos matones para defender a un jovencito, hasta que se averiguó la verdad y se supo la clase de aventura que había corrido el príncipe y su secretario en un infame tugurio entre gentes envenenadas con éter y cocaína.

Se habló también de cierto político español, con aire de judío, que en París se dedicaba a satisfacer su erotismo de viejo semita, y de otro político español, de aspecto basto y satisfecho, que se las echaba de conquistador y de tenorio, y que había dicho a una duquesa:

—Perdone usted, duquesa, que no le haya hecho la corte —dando a entender, sin duda, que de intentarlo, el asunto hubiera sido pan comido.

Al oír esta historia, Silvia se reía, o a lo más, decía:

—¡Es insólito! Nunca lo hubiera creído.

* * *

Después, un joven elegante, muy amadamado, leyó una poesía, o algo como poesía, contando las impresiones de un viaje en aeroplano. Eran impresiones tan fugaces, que no se notaba la relación entre ellas. Se pasaba de una cosa a otra con rapidez telegráfica. Se hablaba, además, de la inmovilidad vertiginosa, de las desesperaciones alegres, de la ironía cándida, de las blasfemias benditas, de los terrores amables y de la santidad de los poetas malditos.

—Es el arte nuevo —dijo una señora, convencida.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Pepita a Larrañaga.

—Bien, muy bien. Es la estética del camelo.

Pepita se echó a reír y dijo la opinión de Larrañaga a Silvia, que se rió también a carcajadas.

* * *

Silvia habló a Pepita de una condiscípula de Soledad, llamada María Luisa, que vivía hacía

tiempo en París; Soledad la recordaba y decidió que tenía que ir a verla.

Silvia sabía la historia de esta muchacha y de su madre, historia triste, de desgracias y de mala suerte.

La gente comenzó a marcharse de casa de la tía de Silvia, y Soledad y Pepita hicieron lo mismo, acompañadas de Larrañaga.

III

La veíamos en el paseo de la capital de provincia, de niña aún, todavía no adolescente, el aire provocativo, la sonrisa burlona, los ojos brillantes, recogiendo las miradas de los chicos, de los hombres y de los viejos.

Era una mariposa de colores espléndidos, pequeña Afrodita vestida a la moda. Cada día constituía para ella una jornada gloriosa; el coro de entusiastas, de galanteadores, de golosos, le daba la impresión de vivir sobre una nube dorada. Imposible pensar que habían de llegar para ella las horas de las pequeñas miserias tristes de la vida...

Pocos años después, con el maridito de cara agria y dos hijos raquíticos, cruza el paseo. Se acabó la gallardía y la juventud. A la pobre mariposa, sino le han clavado con un alfiler en un cartón, le quitaron el brillo de las alas.

La Mariposa.—*Croquis sentimentales.*

LAS DECADENCIAS

Silvia había dicho a Pepita que había visto a la amiga de Soledad en un hotel bastante malo, el hotel de Tours de la calle Jacob, hacía un año o cosa así.

—Entonces vivía en un cuarto malísimo, infecto —añadió.

—¿Vamos a ver a esa chica? —preguntó Pepita a Soledad.

—Sí, vamos.

—¿Está lejos esa calle Jacob?

—No, bastante cerca —dijo Larrañaga—, es una calle paralela al bulevar de San Germán.

—Entonces, iremos si queréis, a pie.

Así lo hicieron. Salieron los tres del hotel.

—Qué cara más triste y más cansada tienes —dijo Pepita a Larrañaga—. ¿Te pasa algo?

—Nada.

—¿Sabes? Tienes la expresión de alguna gente de aquí, pero no de la gente rica y satisfecha de vivir, sino de la gente que pasa así, como triste, preocupada. Andas por el pueblo como una fiera. Parece que para ti los demás no son hombres, sino cosas que estorban.

—Claro. Es el sentimiento general de todos los rechazados que no tienen nada de santos. Más bien odian que quieren. En el pueblo rico, piensan: Esa casa será de algún canalla que se

habrá enriquecido robando; ese automóvil, de algún comerciante fraudulento; esa mujer se irá con ese hombre, porque la habrá pagado.

—¡Qué mundo más feo es el vuestro!

—Es el mundo de los golfos; el mundo de la negación.

—Muy bonito mundo.

—Es, sin duda, el común denominador de todos los miserables y fracasados.

—No veo por qué te consideras en esa clase.

—Porque lo soy.

—Comprendo que vivir solo debe ser muy triste, y comprendo también que, en estos pueblos grandes, a la persona que sea un poco rara, como tú, en vez de hacerla como a todo el mundo, la convierta en más recogida y reconcentrada.

—Es natural.

—Es lo que se nota en tu cara; vas pensando en tus cosas sin preocuparte de lo que pasa por delante de tus ojos.

—¿Crees tú?

—Así me parece. Tienes aire de ser del montón.

—Es para mí bonito esto de no tener aspecto de nada, no ser ni muy alto, ni muy bajo, ni muy rubio, ni muy moreno, ni llevar grandes barbas, ni grandes anteojos, ni grandes melenas.

—Ser una persona vulgar.

—Ser ciudadano de Europa, pasar inadvertido en París o en Londres, en Berlín o en Madrid. Ser para los demás una figura sin carác-

ter y sin color y, en cambio, ser para uno mismo, lo absoluto.

—La soberbia de Lucifer.

—¿Es que no es uno para sí mismo el universo entero? Uno es todo: el tiempo, el espacio, la causalidad, el mismo Dios si se tiene la veleidad de creer en él.

—¿Y los demás?

—Los demás son el Cosmos. Cosas que se mueven y que hablan.

—¡Qué absurdos!

* * *

Fueron a la calle Jacob, preguntaron en el hotel de Tours, y les dirigieron allí a otro hotel de la calle del Sena, el hotel del Volga.

Este día de domingo, día obscuro, lluvioso, caliente, la calle del Sena estaba desierta, las casas leprosas se alargaban a un lado y a otro; se veían los portales con sus pasillos negros. El hotel del Volga era una casa vieja, alta, cerca del pasaje del Instituto de Francia.

Entraron en el portal hasta el despacho. Salió a recibirles la dueña. Era una mujer grande, roja, abultada, de unos cuarenta años, de cara ancha, con pechos monstruosos y bajos, vestida con una bata y con muchas pulseras y anillos. Tenía ojos claros e irónicos y aire cínico y atrevido.

Les habló con acento desdeñoso y desvergonzado.

Les dijo que la María Luisa y su marido, se habían marchado hacía ya bastante tiempo del hotel, dejando a deber algunos meses, y que, al parecer, estaban en el hotel de la Esperanza, de la calle de San Dionisio.

Al bajar del primer piso al portal, se cruzaron con una vieja alta que parecía un cargador.

—Estas viejas francesas tienen un aire horrible —dijo Pepita—. Las viejas españolas parecen brujas, pero estas tienen aspecto de cargadores.

—Sí, tienen mal aspecto.

—Y pensar que quizá en la juventud esta mujer era guapa.

—¿Tú crees?

—Es muy probable.

—¿Está muy lejos la calle de San Dionisio?

—No; hay que cruzar el río, pero no está lejos.

* * *

Cruzaron el río y Larrañaga les dirigió a la calle de San Dionisio. Como no sabían el número, recorrieron casi toda la calle para ver si daban con el hotel, y no encontrándolo, Larrañaga preguntó en una taberna. El tabernero le indicó hacia dónde estaba el hotel, en una esquina.

Era una casa bastante grande, negra y siniestra. Tenía esa sordidez y esa mezquindad francesa que no está reñida con cierto aparato.

—Es difícil tener aquí esperanza —dijo Larrañaga.

La frase era demasiado cierta y demasiado triste para tomarla a broma.

En el portal, una mujer gruesa y roja hacía la guardia.

—Esto es desolado —exclamó Pepita.

—¿ Pues qué creías, que aquí era todo alegre ?

Siguieron un pasillo, a cuyo extremo estaba la oficina del hotel, con un llavero, y en el fondo, un cuarto iluminado por una luz eléctrica, en donde escribía un señor rubio de grandes bigotes.

Preguntó Soledad por su amiga.

—Esa señora —dijo el de los bigotes— está en el número 47, en el quinto piso.

Comenzaron a subir las escaleras despacio y llamaron en el número 47.

—¡ Adelante ! ¡ Entrad ! —dijeron de adentro.

Pasaron Soledad y Pepita, y después pasó Larrañaga.

El cuarto era pequeño, tapizado con papel marchito ; tenía cama, chimenea con espejo y un reloj parado, una ventana al patio, una alfombra raída y una butaca. Olía a comida y a perfume.

María Luisa, la francesa, reconoció en seguida a Soledad, le estrechó la mano y la besó.

No parecía muy contenta de que le vieran en aquel rincón. Tenía dos chicos ; el mayor, rubio,

con aire francés y gestos franceses; la niña, con más tipo de española. Ella estaba ya vieja; miraba, con envidia mal disimulada, los trajes de Pepita y de Soledad, y sin duda los comparaba con el suyo.

—Si tienen ustedes que hablar —dijo Larrañaga—, yo iré a dar una vuelta y volveré dentro de poco.

—No, no, puede usted quedar aquí.

* * *

María Luisa empezó a contar su vida. Durante la guerra habían sufrido una miseria horrible, sin carbón y sin medios de ninguna clase. Su marido, hecho un vago, se pasaba la vida en los cafés y en los bares.

En el período de la guerra conocieron a un aristócrata que negociaba en antigüedades y su marido se había asociado con él. En este tiempo, su marido parecía formalizarse, pero cuando comenzaban a marchar mejor, y estaban para establecerse, al socio aristócrata lo llevaron a la cárcel como cómplice de vender cocaína.

Desde aquella época, su marido, hundido en la crápula, no hacía nada, y ella se había separado de él.

Su marido era un canalla, estafador, vicioso, hundido en todos los vicios. Ella le odiaba profundamente.

El socio aristócrata estaba, por entonces, en la cárcel, en una celda sin luz; los meses de verano aún podía resistir, pero durante el invierno su vida había sido terrible. Lo malo era que, probablemente, lo expulsarían de Francia y con esto se acabaría el negocio de antigüedades, que todavía a ella le daba algo.

El aristócrata era más decidido que su marido. Ella no le tenía ninguna simpatía, porque era un cínico y a ella le había hecho proposiciones indecorosas.

—Ya ves mi romanticismo adónde me ha llevado —le dijo a Soledad—. No quisiera volver a España.

Soledad registró su portamonedas e iba a dejar, probablemente, su dinero sobre la cama, pero María Luisa le agarró de la mano y le dijo:

—No quiero nada; únicamente quisiera pediros un favor. Mi madre está, desde hace mucho tiempo, enferma en el hospital, y por un amigo he conseguido llevarla a una clínica. Quisiera que mañana o pasado viniérais aquí con un automóvil, fuéramos a buscar a mi madre y la lleváramos a esa clínica.

—Sí, con mucho gusto.

—Pues bien, entonces os telefonearé.

Después de charlar otro rato se dispusieron a salir.

* * *

En la escalera se les acercó a saludarlas el marido.

Este vivía en el mismo hotel, pared por medio, de su mujer. Se presentó a ellos.

Era un hombre pálido, calvo, casi harapiento, indiferente, la nariz larga, el bigote caído, la mirada burlona. Les acompañó un rato en la calle, hablando.

No quería más que justificarse.

Se veía en él al hombre caído en la crápula, sin voluntad, cínico, capaz de cualquier cosa. Su mirada y su sonrisa eran de lo más bajo y miserable.

El marido aseguró que él no tenía la culpa del desastre de la familia. Los asuntos no habían salido bien, él se arruinó y arruinó a su mujer. Había hecho todo lo posible para salir del atranco; María Luisa se consideraba con derecho a vivir bien, porque sí.

Se dedicaba a la venta de antigüedades, industria que no daba más que para mal vivir.

Se quejó de su suegra, la pintó como mujer de genio insoportable, capaz de deshacer, no un matrimonio, sino todos los matrimonios habidos y por haber.

María Luisa le odiaba por su fracaso; él pensaba que su mujer se hubiera marchado con un hombre rico, de encontrarlo, con todas sus alharacas de moralidad; lo que pasaba es que no lo había encontrado.

A pesar de esto, su mujer tenía un protector, amigo del socio, que era un invertido, joven

aristócrata, marqués, a quien llamaban el Marquesito.

Su suegra contaba cómo el Marquesito había aparecido una vez en el cuarto del hotel vestido de frac, a socorrerles y a llevarles dinero. La suegra lo comparaba con un ángel; era, según dijo con sorna el marido, el ángel del homosexualismo.

El cinismo del hombre produjo un movimiento de repulsión en Larrañaga.

Este advirtió que tenían prisa y que tenían que tomar un auto.

—Está bien, está bien, les acompañaré —repuso el marido, que comprendía la mala impresión que causaba, pero que, sin duda, no le importaba.

Seguía el marido marchando por el arroyo y hablando, cuando se le paró delante un tipo grueso, con la cara roja, ancha y brillante, de bigote pequeño y sombrero de paja. Parecía borracho, cínico y crapuloso.

El marido hizo una mueca de disgusto e intentó separarse, pero el otro no se dió por vencido y le agarró del brazo.

El marido, resignado, se despidió de Larrañaga y de sus primas, mientras el hombre gordo, saludando ceremoniosamente con el sombrero de paja, decía en tono melodramático:

—Perdón, señores y señoras. Yo no puedo permitir que un amigo me desprecie. Ustedes son españoles... Los españoles son orgullosos... pero la Francia está por encima de todos los países.

—Bueno, bueno. Has hablado demasiado —dijo el marido en francés, con mal humor—. Basta de necedades.

* * *

—Esto es lo peor de la miseria —dijo Larrañaga al quedarse los tres solos—. La miseria lo disuelve todo, no deja ni rastro de los resortes morales.

—¡Pobre gente! —exclamó Soledad.

—¡Qué pareja! —dijo Pepita—. Ella, cansada, fea, agria, y él, odioso, cínico.

—Ese desdichado —repuso Larrañaga— habrá sido un joven con ilusiones, con cierta dignidad y habrá ido cayendo, cayendo poco a poco, hasta sonreír de una manera cínica del horror y de la repulsión que produce. Yo no sé si el granuja se forma o surge de pronto. Es un punto que no he dilucidado. Realmente no se puede tener mucha confianza en la vida —añadió Larrañaga—. ¿Y era, de verdad, tan bonita esta María Luisa?

—Muy bonita —contestó Soledad—, muy alegre, muy coqueta.

—Pues ahora no lo parece.

—En el colegio le decían la Mariposa y a mí la Mosquita Muerta.

—¿Y era buena chica? ¿No era embustera?

—Sí. Era un poco embustera y fantástica. Hablaba de que tenía parientes entre la aristo-

cracia francesa, de que había viajado... Nos divertía mucho con sus ocurrencias.

—Sí, en general la vida es terrible para la gente de imaginación. Bueno. ¿Qué hacemos? ¿Queréis que comamos por aquí?

—Bueno.

—Antes había aquí tabernas siniestras; pero han desaparecido. Todos estos hoteles deben ser casas de citas.

En las puertas de los hoteles, las mujeres que hacían guardia avanzaban en la calle a detener al que pasaba. Algunas cantaban con voz ronca. Se veían grupos de chulos con trajes de mecánico o de chóferes.

—Este es el vicio siniestro —dijo Larrañaga.

—Nunca me ha parecido todo esto tan triste.

Cenaron en el Escargot d'Or.

Larrañaga hizo algunas reflexiones acerca de la vida de las grandes ciudades y de las sorpresas de la edad.

—Uno era el chiquito entre los grandes —dijo con aire melancólico—. Sus palabras hacían sonreír por ser dichas por un pequeño. Al cabo de algún tiempo se convierte uno en uno de tantos, hasta que un día, ¡extraña sorpresa!, es uno el más viejo de todos. Es la historia vulgar, la eterna historia, y que, sin embargo, sorprende como algo raro.

—Mira, cállate —le dijo Pepita—; yo prefiero ver la vida de manera superficial; tú todo lo intentas penetrar y no sacas a flote más que cosas tristes y feas.

—¡Qué quieres! Yo no tengo la culpa.

IV

Cuando se vé la clínica o el hospital de la gran ciudad del Norte, en una calle negra de un barrio negro, da la impresión de que los cristales deben estar horadados, desgastados por las miradas de angustia de los enfermos, que contemplan el cielo ansiando salir de allá.

Yo siempre pienso —dice Joe— que debe ser mejor morir como el salvaje al pie de un árbol, o a la puerta de una cueva, de cara al sol.

La clínica y el hospital.- -*Croquis Sentimentales*.

LA MADRE DE LA MARIPOSA

Telefoneó la francesa, María Luisa, para ir al hospital a buscar a su madre; fueron a la calle de San Dionisio, y, en automóvil, marcharon al hotel Lutecia, donde se quedó Soledad con los dos niños de la francesa.

De allí, María Luisa, Pepita y Larrañaga siguieron hasta el hospital.

Entraron por una puerta en una plaza grande, con árboles y bancos. Era el patio del hospital; allí, una serie de tipos de convalecientes, vestidos con gabanes y con gorras, paseaban lánguidamente. Las enfermeras, vestidas de blanco, con algún jersey o chaqueta puesta encima de la cabeza se defendían de la llovizna.

Aquellos grupos de hombres y mujeres astrosos, cojos y mancos, decaídos, sin fuerza ni para hablar, tenían un aire muy triste.

La francesa y Pepita entraron en el hospital y salieron media hora después, acompañando a la enferma, que se apoyaba en un bastón y en una muleta e iba doblada, encorvada.

La madre de la francesa era flaca, esquelética, con la cara blanca, amarillenta, los ojos claros, el pelo gris y una costra en el labio. Tenía expresión triste, huraña y desesperada, vestía un traje viejo y llevaba toca negra en la cabeza.

Sin duda, no esperaba nada bueno de la clínica adonde la llevaban, a juzgar por su gesto malhumorado.

Era una momia viviente, de color amarillo terroso; sólo los ojos, azules claros, brillaban con una energía un poco animal.

Parecía que no le sostenían más que sus dolores y su desesperación. Miraba con verdadero odio a todo el mundo, empezando por su hija.

La vieja habló en francés, dirigiéndose a Pepita. Se quejó de unas ofensas, seguramente imaginarias, que le habían inferido en el hospi-

tal, echando la culpa a su hija, que la abandonaba.

—No creas que me lleva a una clínica... —añadió—; no... me lleva a una prisión para que me maten allí.

—Por Dios, mamá. ¡Cállate!

—No, no me callaré. Quieren acabar conmigo... les estorbo.

—Bueno. Vamos —exclamó María Luisa con dureza.

Larrañaga ayudó a subir al auto a la vieja.

* * *

Se instalaron las tres mujeres en el interior y Larrañaga subió al pescante.

La vieja tenía tan mal aspecto, tan extenuado, que Larrañaga pensó que se podía morir en el auto.

La vida de esta pobre mujer había sido muy triste, si era cierta la historia contada por Silvia en la tertulia de la calle de Babilonia. Había sido muy guapa. Casi en la niñez, la sedujo un primo, hombre joven, donjuanesco y brillante; después había acompañado a una tía suya de la aristocracia, señora vieja, y luego la casaron con un español. El marido la abandonó por completo. Ella se enredó con un hombre que era un déspota, y así vivió, sin darse cuenta de nada, en completa inconsciencia, hasta la vejez, en que se despertó en la miseria.

Sus parientes españoles la acogieron en Bilbao, en donde, al parecer, iba arreglándose su vida; pero el matrimonio de su hija había sido desastroso.

—Qué desdicha la vida de algunas personas —pensaba Larrañaga, mientras iba en el auto cruzando calles y más calles.

La clínica estaba en una avenida larga del barrio de Montrouge, avenida larguísima, de casas altas y negras.

Era un edificio pequeño y gris, con dos pisos y uno bajo; en cada piso se abrían tres ventanas; daba a la calle y a un callejón estrecho.

En el callejón había un jardín de dos metros de ancho, con unos cuantos rosales miserables, en cuyas ramas se veían algunas pobres flores marchitas.

Sacaron a la vieja del automóvil y la llevaron a la clínica.

La entrada era negra, siniestra; no prometía nada bueno. Salió a recibirles una mujer flaca, de cara dura y ojos brillantes y maliciosos de rata.

—Esta mujer será capaz de cualquier cosa —pensó Larrañaga, y la supuso envenenando a algún enfermo o provocando abortos.

La vieja enferma se echó a llorar.

Larrañaga se acordó de una impresión de la niñez.

Había, en la infancia, acompañado al médico del pueblo a visitar un caserío.

En este caserío, el hermano del amo se hallaba tísico. El amo y la mujer indicaron al mé-

dico que dijera al enfermo que estaría mejor en la Casa de la Misericordia. El médico se lo dijo y el enfermo, hombre de gran tipo, alto, flaco, de nariz aguileña y de cara larga, volvió la cabeza sin decir nada y la cara se le llenó de lágrimas.

—Aquí te encontrarás bien —dijo la francesa a su madre—. Esto, con sol, será alegre.

—Sí, seguramente —dijeron Pepita y Larrañaga, aunque ninguno de los dos estaba muy convencido de ello.

Al volver al hotel Lutecia, María Luisa recogió a sus dos niños y se fué con ellos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Pepita a Larrañaga.

—Esa clínica da horror. Recuerda las clínicas del folletinista Montepin. Me parece que dentro no se pueden cometer más que crímenes.

—¡Qué exageración!

—Es la impresión que me ha producido. Indudablemente hay ocasiones en que la vida se parece al folletín, y ese momento en que llevábamos a la vieja a esa clínica tan sombría, era folletinesco. La naturaleza grande no recuerda nunca la literatura; pero el rincón ciudadano recuerda la literatura, no sólo la buena, sino hasta la mala. Estos sitios siniestros de París tienen aire para ser descritos por Montepin y Gaboriau.

* * *

A Larrañaga le entró al día siguiente la curiosidad de saber qué habría hecho la vieja en la clínica.

—¿Sí, iría por allá? ¡Eh!, ¿para qué? —se dijo.

Al tercer día, decidido, tomó el Metropolitano con intención de preguntar por la enferma.

Al pasar por el callejón con el jardincito estrecho en donde estaba la entrada de la clínica, se encontró con un joven elegante que esperó con él en el vestíbulo.

El joven elegante era de palidez extraña.

Larrañaga hubiese dicho que llevaba los ojos y los labios pintados.

Vino la conserje y dijo a Larrañaga:

—Esa enferma por la que usted pregunta acaba de morir.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas.

El joven elegante había preguntado también por la madre de María Luisa y quedó impresionado al saber su muerte.

—¿Es que quizá es usted pariente de esa señora que acaba de morir? —preguntó el joven efebo a Larrañaga.

—No; yo vine el otro día con una prima mía, amiga de la hija de esta señora, a traerla a la clínica, y ahora quería saber su estado.

—¿Vino usted con una señora española?

—Sí.

La conserje les dijo que podían subir a ver el cadáver, si querían.

Larrañaga vaciló, pero subió con el joven ele-

gante. Pasaron por un pasillo estrecho, donde olía a algo como iodoformo mezclado con éter y a alguna otra droga. Se hallaba la vieja muerta en la cama, en un cuartucho pequeño, tapada con una sábana. Ya no tenía la cara huraña y rencorosa de la vida. La muerte le prestaba serenidad y cierta belleza. Debía parecerse a lo que había sido en su juventud.

—Era una pobre mujer muy buena, muy desgraciada —dijo el efebo—. La vida es muy dura para algunas gentes.

* * *

Larrañaga y el joven bajaron al portal y salieron a la calle.

—¿Quiere usted que le deje en su hotel? —preguntó el joven.

—No, muchas gracias.

—¿Por qué no?

—Tomaré el Metropolitano.

—No, hombre; yo le llevaré a usted.

Larrañaga accedió y entraron en un automóvil elegante.

—Pobre mujer; ¡qué vida más perra ha llevado! —repitió el efebo—. ¿Usted la ha conocido?

—No. Hace unos días la vi por primera vez al acompañarle a esta clínica con una prima mía.

—¡Ah, sí, la española!

—Sí.

—En fin, la pobre mujer ha acabado.

El joven cerró los ojos y bostezó.

—¿Tiene usted sueño? —le preguntó Larrañaga.

—Sí. No me he acostado esta noche.

—¿Por capricho?

—Hace uno una vida absurda, ridícula.

—¿Pero no puede usted cambiarla?

—Lo que usted dice. No la puedo cambiar. Tengo buenos propósitos, buenas intenciones; pero no los realizo. ¿Usted cree que se puede dar ese caso de un hombre con ideas del deber, de pundonor, de nobleza y que sea un pervertido, un crapuloso?

—Sí se puede dar, teniendo poca voluntad.

—Pues eso me pasa a mí. Por mis deseos sería un caballero intachable, pundonoroso, digno... Bueno; pues por mis actos, soy un cerdo. ¡Y al menos, ya que soy un cerdo, si tuviera la moral del cerdo!... Pues no la tengo; no la tengo y no la voy a poder tener. Es lo peor eso de no ser hombre de una pieza. Yo a esos tipos los envidio. Es uno ladrón, pero tiene la moral del ladrón; es uno asesino, con la moral del asesino... Eso está bien. Lo demás es ridículo. Una cocotte que quiere ser novicia, un Landrú sentimental... Eso es despreciable. ¿No le parece a usted?

—Sí; es una ética literaria la de usted.

El joven suspiró.

—Mi vida ha sido también absurda —dijo.

—¿Pues? ¿Qué le ha pasado?

—Figúrese usted. Hasta los veintitrés años

he vivido en la mayor miseria, en la bohemia más terrible, y a los veintitrés años he heredado una fortuna y un título.

—Pero eso es una gran suerte.

—No lo creo yo así.

—¿Pues qué hubiese usted deseado? ¿Lo contrario? ¿Haber vivido bien de joven y luego de viejo pasar miserias?

—Eso hubiera sido mejor para mi alma.

—¡Bah! Eso es una broma.

—No, no. Para mí no es una broma. La salvación de mi alma no es una broma.

—¿Piensa usted de veras en la salvación de su alma?

—Sí... ¿Usted, no?

—Yo, no. Yo no creo en una vida futura.

—No. ¡Un español! Le compadezco.

—Sí, es lógico que un creyente compadezca al incrédulo.

—Pues yo creo, creo con toda mi alma, y creo que por muy pecador que haya sido, o que sea, obtendré el perdón de la misericordia divina. Un día abandonaré mi riqueza y me iré a un rincón a pedir a Dios que tenga piedad por mí.

El joven efebo, al decir esto, palideció más y juntó las manos temblorosas. Larrañaga se le quedó mirando asombrado. Indudablemente no bromeaba. El elegante sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos. Se los secó, indudablemente, con cuidado para no estropearse la pintura.

Llegaron hasta parar delante del hotel donde se hospedaba Larrañaga.

—Adiós, señor —dijo el joven—. Si le ve usted a María Luisa, dígale usted cómo se encontró conmigo en la clínica, con el Marquesito.

—Muy bien. Se lo diré.

Larrañaga pensó que aquel joven era a quien el marido de María Luisa había llamado con sorna el ángel del homosexualismo.

V

¡Cómo pesa el domingo en París!

Ese día tan deseado por los que trabajan durante toda la semana, y tan fastidioso para los que no hacen nada, en ese día ni en los demás, es abrumador.

El domingo en París es tan largo, tan desagradable y tan monótono como en los demás pueblos del orbe.

Sale de sus casas la gente, a paseo, a misa, a los museos, dejando por un día los almacenes y las tiendas. El buen burgués pasea con su esposa del brazo y lleva sus dos o tres retoños por delante.

Nada tan ridículo y tan triste como estos chicos de las grandes poblaciones. Con su pantalón corto, su cuello blanco y su bastón, parecen micos. Van serios, graves; hacen preguntas a sus papás; parecen viejecillos de cara joven.

Tras del corretear de la gente por calles y bulevares, viene la hora de la comida. Los restoranes se llenan hasta el tope, sin que quede una silla vacía. Un aire cargado, lleno de olores fuertes, se respira dentro, y en las mesas se aprieta la multitud y deglute de manera repulsiva.

Luego sale la gente de los restoranes y corre

aturdida, atareada, a tomar el tren en las estaciones, o el billete en la taquilla de los teatros. Se tropiezan unos con otros, se empujan torpemente; se vé que todo el mundo tiene el afán de llegar pronto, de gozar mucho: ansia feamente plebeya.

Después de esta hora, se produce cierta calma: los bulevares silenciosos, las tiendas cerradas; apenas cruza algún autobús o algún táxis vacío.

¡Cómo pesa el domingo en París!

Luego, a medida que la tarde avanza, el bulevar se convierte en paseo de gente endomingada. Pasan señores, alguno todavía de sombrero de copa, con sus mujeres; pasa un militar de tricornio, lleno de cruces, del brazo de su señora; pasa un soldado de caballería con su casco de gran plumero como perdido en la gran ciudad; pasa un borracho tambaleándose y lanzando discursos al aire; pasa un zuavo, pasa una vieja que lleva un perrillo en brazos.

Llueve un momento, y todo el bulevar se llena con la masa negra de paraguas. Al poco rato cesa de llover.

Un vendedor de periódicos trota a lo largo de la acera gritando algo que no se entiende; otro vendedor muestra sus nuevas canciones.

Empieza a obscurecer; en los balcones aparecen muestras de comercios con luces que se encienden y se apagan.

En los bancos del bulevar alguna gente pobre permanece sentada durante toda la tarde. Quizá ésta es su única diversión.

Y sobre estas pobres gentes cae, de cuando en cuando, como recuerdo triste, una hoja amarilla y seca de los árboles.

¡Sí, cómo pesa el domingo en París!

El domingo en París.—*Las Estampas Iluminadas.*

El domingo fueron a pasear Pepita, Soledad y Larrañaga.

Estuvieron primero en las Tullerías y en los Campos Elíseos.

—A mí, todas estas avenidas de París y de las grandes ciudades, con su monumento en el fondo, no me gustan —dijo Larrañaga—. Son cosas pensadas sobre el papel, por un arquitecto. Los pueblos así son pueblos sin sorpresas, pueblos en los cuales el instinto vital, popular, es sustituído por la inteligencia. Es curioso. A mí París no me parece un pueblo ligero, de gracia. Por el contrario, me parece un pueblo lujoso, pesado, ostentoso; un pueblo para sud-americanos.

—¿Pues qué otro pueblo te gusta más? ¿Berlín?

—No, no.

—¿Munich?

—No; aquello es un muestrario arquitectónico un tanto ridículo.

—Entonces, resulta que no te gusta París; pero no te gusta ningún otro pueblo.

—Es posible.

Este sol de la tarde, en el río y en las orillas, a Larrañaga le producía tristeza y molestia grandes.

—¿Por qué estos días de sol son para mí tan tristes? —dijo Larrañaga—; todo el mundo asegura que son alegres, y a mí, sin embargo, me pesan sobre el corazón. Durante el crepúsculo me parece que se me va la vida.

—Son locuras —repuso Pepita—. Todos las tenemos.

—Me pasaría meses narcotizado en la cama, matando el tiempo, hasta que viniera un acontecimiento agradable.

—¡Qué corta sería la vida entonces! —exclamó Pepita.

—Es verdad; tienes razón. Si pudiéramos suprimir las épocas desagradables, creo que dejaríamos la vida reducida a nada.

* * *

—Todas estas multitudes de los pueblos grandes son odiosas —exclamó Larrañaga.

—¿Pero qué gente es esta?

—Son tenderos, empleados en los almacenes; gente que tiene la alegría fácil... Muchos son de las afueras, porque los días de fiesta los parisienses se van al campo, y los del campo próximo vienen a París. Es notable. Cada uno de nosotros, considerándonos lo más importante del planeta, queriendo vivir, ser algo, un producto excepcional. Mirada así la vida en bloque, es de verdad poca cosa.

—Sí; pero nadie quiere morir.

—Sí. Es verdad. A pesar de todas las reflexiones pesimistas, a pesar de que se vé que no hay orden ni concierto, que todo va a la casualidad, se tienen ganas de vivir, de pasar un día más, de ver el sol, las nubes, el cielo, las estrellas. ¡Qué afán más miserable!

—¿Por qué miserable? Si somos unos desdichados bastante desgracia tenemos.

* * *

De las orillas del río fueron a la plaza de la Concordia y a la avenida de los Campos Elíseos.

La masa humana, que marchaba como un rebaño por el asfalto de la avenida hacia el portalón del Arco de la Estrella, excitó el sarcasmo de Larrañaga.

—Este sol fuerte, claro, cómo lo vulgariza y lo hace destacarse todo —dijo.

Y señaló el señor gordo, de chaleco blanco, en la terraza del café; la señora vieja, pintada; el soldado recién llegado, perdido en las anchuras de París; la familia sórdida de los tenderos, vestidos con trajes remendados y antiguos.

—Vamos a tomar un auto —dijo Pepita.

Entraron en un coche y avanzaron por la avenida, pasaron el Bosque de Boloña y salieron hacia el campo.

—Esto no dirás que no es alegre —dijo Pepita, señalando un restorán donde se bailaba.

—Así, así. Las meriendas y los bailes de los

dependientes de comercio y de las modistas, no me dan ninguna idea sonriente. He estado alguna vez aquí y en Rotterdam; la llegada es alegre; pero, a medida que avanza la tarde, la tristeza cae encima de uno. ¿Y la retirada? Cuando se van encendiendo las filas de los faroles y se corre por un camino obscuro en la bicicleta, con un farolillo de papel, es lamentable.

* * *

—Hay en la gran ciudad algo siempre siniestro —afirmó Larrañaga—. La gran ciudad es un fruto monstruoso de perdición y de vicio. Por arriba el lujo brillante, por abajo la putrefacción, parece que lo uno no se puede dar sin lo otro. La miseria hace fermentar.

—Bueno, Joshé —dijo Pepita—. No nos vayas a hacer fermentar a nosotras con tus reflexiones desagradables.

—Sois imputrescibles.

—¿Por torpeza?

—No; más por sabiduría innata.

—Ahora habría que saber si esa sabiduría innata es para ti algo bonito o algo feo.

—Eso sería querer saber demasiado.

VI

En la esfera del arte, el hombre que pueda lanzar una teoría absurda para los necios, como quien echa carne a las fieras, y trabaje después modestamente en su rincón, demostrará que es un sabio. Tendrá la obra y el éxito. ¿Pero hay alguien tan sabio y al mismo tiempo tan histrión que pueda hacer esto?

Histrionismo y trabajo.—*Fantasías de la época.*

DOS TALLERES

Silvia les había recomendado que fueran a visitar el taller de un pintor vascongado, que, según ella, era algo extraordinario. Silvia les dió las señas de su taller, en el barrio de Vaugirard.

El chófer no sabía a punto fijo dónde estaba la calle, y les dejó cerca del Instituto Pasteur.

—¿Qué calle es ésta? —preguntó Larrañaga.

—La calle Plumet —dijo Soledad, leyendo el rótulo en una esquina.

—¿Esta calle Plumet no os dirá nada a vosotras? —preguntó Larrañaga.

—No. ¿Qué quieres que nos diga?

—A mí me produce una gran melancolía.

—¿Por qué?

—Esta calle aparece en esa novela de Víctor Hugo, *Los Miserables*. ¿No la habéis leído?

—No. Mi padre, creo que sí —contestó Pepita.

—En esta calle viven Juan Valjean y Coseta. Cuando yo, de chico, leía ese libro, ¡cómo me impresionaba! Era el misterio romántico. Después le volví a leer y me pareció casi una tontería. ¡Qué lástima que se adquiera con la vejez ese sentido crítico inútil y antipático! Esta calle Plumet debía prolongarse mucho, porque salía cerca de la calle de Babilonia, y aquí debía de haber casas bajas con pabellones rodeados de jardines y de parques, casas de pequeños misterios y enredos.

Recorrieron la calle Plumet y otras adyacentes y dieron con el taller del pintor.

Era un barrio de estudios; cada casa tenía diez o doce pabellones metidos en un patio, con sus calles pequeñas correspondientes. En este ambiente gris todo parecía que debía estar húmedo; aquellos pabellones ofrecían cierto aspecto de pabellones de hospital.

Subieron unas escaleras de hierro hasta el estudio.

El pintor se les presentó. Larrañaga pensó en seguida que era un mal farsante. Los buenos farsantes le gustaban.

En el estudio pequeño había como un palco con la cama y algunos pocos muebles.

Con el pintor vasco se hallaban otro pintor joven, murciano, y un judío pequeño, harapiento, como un mendigo, que al parecer era corredor de obras de arte.

El pintor les mostró los tres o cuatro cuadros que tenía en el estudio. Ninguno le pareció comprable a Larrañaga. Todo era, según él, muy malo y muy vulgar.

El pintor enseñó sus telas y dió muchas explicaciones técnicas: por qué había empleado aquí colores complementarios, por qué allí no los había usado.

—Las razones son mejores o peores —dijo Larrañaga a Pepita—, pero los cuadros son feos.

—Sí. A mí tampoco me gustan nada.

El pintor, que vió que no tenía éxito, afirmó, dirigiéndose a medias a su compañero y a Larrañaga, como si fuera una idea que se le hubiera ocurrido en aquel momento, que la pintura no debía aproximarse nada a la Naturaleza, y que la técnica, modernamente, era lo que daba la personalidad.

—El que la pintura no se debe acercar a la Naturaleza —dijo Larrañaga— es sencillamente una tontería, porque fuera de la Naturaleza no hay nada. Respecto a que la personalidad la dé la técnica, me parece también falso. Es como

si se dijera que la simpatía nace de la forma de las corbatas; claro que hay una técnica inconsciente que nace del temperamento y que se puede encontrar y desarrollar; pero la técnica consciente, aprendida, no puede dar personalidad, sino la tiene el artista.

—Yo creo que sí.

—Yo creo que no. No entiendo mucho de pintura, pero tengo alguna afición. Muchas veces he estado contemplando los cuadros de Vermeer de Delft en los Museos de Holanda. ¿De qué depende el encanto de estos paisajes? ¿De que son realistas? No. ¿De que tienen un dibujo más exacto que los otros? No. ¿De que el colorido es mejor que en los otros paisajistas? Tampoco. Es un encanto inexplicable, una mezcla de sutilidad, de ingenuidad, de gracia amable, de amor ingenuo por las cosas, de voluptuosidad por la vida. Para eso no hay técnica que valga.

—Así, todo queda sin explicación —dijo el pintor.

—Y es natural. La explicación falsa es inútil. Si hubiera recetas, procedimientos en la literatura y en el arte serían del dominio común y, por lo tanto, no valdrán nada. No hay secretos. No hay más que los hombres son distintos, que el uno es como un naranjo y el otro como un chopo; no hay más que eso. Un pintor como Goya pinta en un día un retrato grande, otro como Gerardo Dou emplea un mes en pintar el palo de una escoba. Un escritor sabe perfilar una página, el otro es capaz de inven-

tar; pero casi siempre el que perfila no puede inventar, y el que inventa no sabe perfilar.

—Nada, nada. A la obscuridad, al misterio —dijo el pintor de mal humor, volviendo sus cuadros del revés y apoyándolos en la pared.

—Naturalmente, a la obscuridad y al misterio para lo que es obscuro y misterioso. Definir el misterio y deslindarlo en parte, es aclararlo.

—Yo creo que hay muchas cosas que la gente no entiende sino se le explican.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, los libros de Dostoiewski. También hay necesidad de explicar a la gente lo que son.

—No hay necesidad ninguna de explicar a Dostoiewski —replicó Larrañaga—. Lo comprende todo el mundo. Es más: para mucha gente es un folletinista genial.

El vasco y el murciano eran gentes de muy poco interés, amargados, y repetían con seriedad enfática una porción de ideas viejas, manoseadas, que ellos sin duda creían geniales, con una falta de gracia verdaderamente extraña.

Larrañaga encontró que los dos pintores eran demasiado aburridos para tomarlos en serio, e inició la marcha.

Al salir, dijo a Pepita:

—Estos pobres diablos no han dicho más que tonterías y vulgaridades. ¡Qué gente más petulante y más estúpida! Hoy un mecánico, un fabricante cualquiera, un empleadillo, es más inteligente y más interesante que estos tipos.

—¿Por qué te incomodas?

—No me incomodo; pero me desagrada ver estos lugares comunes vivientes. ¡Y hay gente que cree en la inteligencia, en la espiritualidad y en la generosidad de estos tipos que son torpes, obtusos y mezquinos! Es el entusiasmo por la inutilidad, por la majadería y por la petulancia.

* * *

Al bajar al patio vieron enfrente un taller grande de escultor, en donde se levantaba un monumento a los soldados de la guerra, con un campesino y una mujer llorando, y alrededor una serie de cabezotas pintadas extraordinarias.

—¿Qué demonio es esto? —se dijo Larrañaga, y se puso a contemplar desde un cristal el interior de un taller grande.

—Pase usted, si quiere —dijo una voz atrás, en francés.

—Perdone usted mi curiosidad —contestó Larrañaga—; ¿qué clase de taller es éste?

—Es un taller de caretas.

—¡Ah!

—Pero, pase usted, y que pasen estas damas un momento.

Pasaron los tres. Estaba el taller lleno de grandes moldes, manos gigantescas, pies enormes, narices, y había una estantería con toda clase de caretas.

El escultor trabajaba, haciendo moldes grotescos, y muchas veces de las estatuas clásicas sacaba las caricaturas.

—¿Este monumento conmemorativo de la guerra es también de usted? —le preguntó Larrañaga.

—Sí; es malo.

—A mí no me parece malo. Hay trozos muy bonitos, pero el conjunto es frío.

—Tiene usted razón. Yo no siento ese arte de cementerio.

—¿Con la escultura no se podrá vivir en París?

—¡Qué se va a vivir! Imposible. Somos muchos escultores. Hay una Sociedad, medio industrial, medio comercial, dirigida principalmente por marchantes judíos, artistas de poca aprensión, periodistas, coleccionistas, mundanos y críticos, que manejan esta cuestión del arte y la convierten en un gran negocio internacional. ¿No está usted dentro de ella? Pues se ha fastidiado usted.

El escultor era un tipo burlón, simpático, convencido de que no se podía hacer nada. Se despidieron de él, dándole la mano, y salieron a la calle.

Poco después se cruzaron con el judío que vieron en el estudio del pintor vasco. Era un judío caricaturesco. Marchaba encorvado, harapiento, con su hopalanda desteñida, y andaba despacio, con los pies planos.

—Esos pintores son como Pieles Rojas —dijo Larrañaga—. ¡Qué van a comprender esas

gentes del mecanismo de la vida moderna! Es natural que no digan más que tonterías.

—Pero el escultor era muy simpático.

—Sí, muy simpático y muy gracioso. ¡Qué idea el ponerse a hacer caretas! Está muy bien eso. Se vé que la careta, la máscara ha tenido que ser algo muy serio para el hombre. Yo creo que en el Carnaval hay algo respetable y digno. Tiene que estar relacionado con el culto antiguo de los animales con el totemismo y la zoolatría.

Larrañaga se extendió en su entusiasmo por el Carnaval en la historia, y contó cómo en Oyarzun había un círculo de piedras al que llamaban Mairu-baratza, jardín de las máscaras o jardín de los duendes, que es un antiguo cromlech.

Esta mezcla de lo prehistórico con las máscaras y los duendes daba a la imaginación de Larrañaga perspectivas lejanas.

VII

No hay en París con frecuencia los crepúsculos esplendorosos de los países del Mediodía, los horizontes con nubes redondas y pomposas incendiadas en sus contornos; pero hay, en cambio, noches dramáticas. En ellas el cielo es un lago de sangre con islas fuliginosas, un lago infernal de rojo negruzco. El humo de las fábricas y las luces dan un aire de consternación y de espanto al cielo de esas noches parisienses.

Cielo de París —*Las Estampas Iluminadas.*

NOCHES

Algunas noches, Pepita, a quien no divertían tanto como a Soledad los conciertos del hotel Lutecia, salía en compañía de Larrañaga por el bulevar Raspail.

Este bulevar nuevo, con su aire alemán, su andén en medio, estaba solitario y desierto. Algún vagabundo se veía sentado en un banco, alguna criada o portera paseaba al perro atado con una cadena. A veces se alejaban Pepita y José y cruzaban el bulevar de Mont Parnasse. Fueron también algunas veces por la calle de Vaugirard arriba hacia el barrio de los estudios de los pintores, donde habían estado días antes.

Entraban en cafetines y en bailes de acordeón, en los que había una pareja de guardias de orden público a la puerta.

Bailaban, y Pepita se divertía muchísimo. Al salir contemplaban el cielo y la torre de Eiffel, que se encendía con unos anuncios luminosos.

—Este cielo de París, de noche, es sugestivo por lo dramático —decía Larrañaga—. Se pone rojo, como si hubiera un incendio, y en ese rojo se destacan las nubes negras. La noche de París es extraordinaria; todo lo que tiene el día de vulgar y de burgués, lo tiene aquí la noche de trágico. Esta noche parisiense habla en tono grave y terrible.

A la semana de estar en París se presentó de nuevo Fernando.

Al parecer, Pepita y él se habían reconciliado o, por lo menos, tenían una tregua en su enemistad.

* * *

La tendencia al análisis es una tendencia fatal para todas las ilusiones. Inspira suspicacia,

inventa experiencias que hacer, experiencias que cuando salen mal persuaden, y cuando dan buen resultado no parecen convincentes.

El hombre maquinador y desconfiado no descansa, y si puede ensayar algo que le ha de hacer sufrir, lo hace. Hay casi siempre un fondo de masoquismo en estas experiencias.

Una noche Larrañaga salió de su hotel con intención de espionaje; marchó por la calle de Babilonia y llegó al bulevar Raspail. En vez de entrar en el hotel Lutecia, se fué a la acera de enfrente. Ya sabía cuál era el balcón del cuarto de Pepita.

Se veía el cielo gris, azulado; la fachada blanca del hotel y varios balcones iluminados por dentro.

El balcón de Pepita estaba abierto de par en par. Ella, vestida de blanco, iba y venía por el cuarto y se asomaba al balcón.

Larrañaga se dispuso a observar desde el portal. A él no le podían ver.

De pronto apareció Fernando en el balcón. Hablaban marido y mujer. Luego él le pasó la mano por la cintura.

Cerraron el balcón y después debieron correr una cortina por dentro.

—¡Pse! Si se entienden, mejor —murmuró Larrañaga, y tomó por la calle de Babilonia, en aquella hora desierta, para volver a su hotel.

Por la mañana siguiente Larrañaga creyó notar que había buena armonía entre Pepita y Fernando, y, en vez de alegrarse, tuvo un momento de rabia y de cólera.

—Es curioso —se dijo— la simpatía y el entusiasmo que sienten las mujeres por los hombres bestias, egoístas y puramente animales. Se vé que los legitiman; quizá porque les encuentran muy parecidos a ellas.

Hecha esta reflexión pesimista se marchó a su hotel y después a la estación para ir camino de Rotterdam.

FIN DE LAS VELEIDADES DE LA FORTUNA

Itzea, agosto 1926.

INDICE

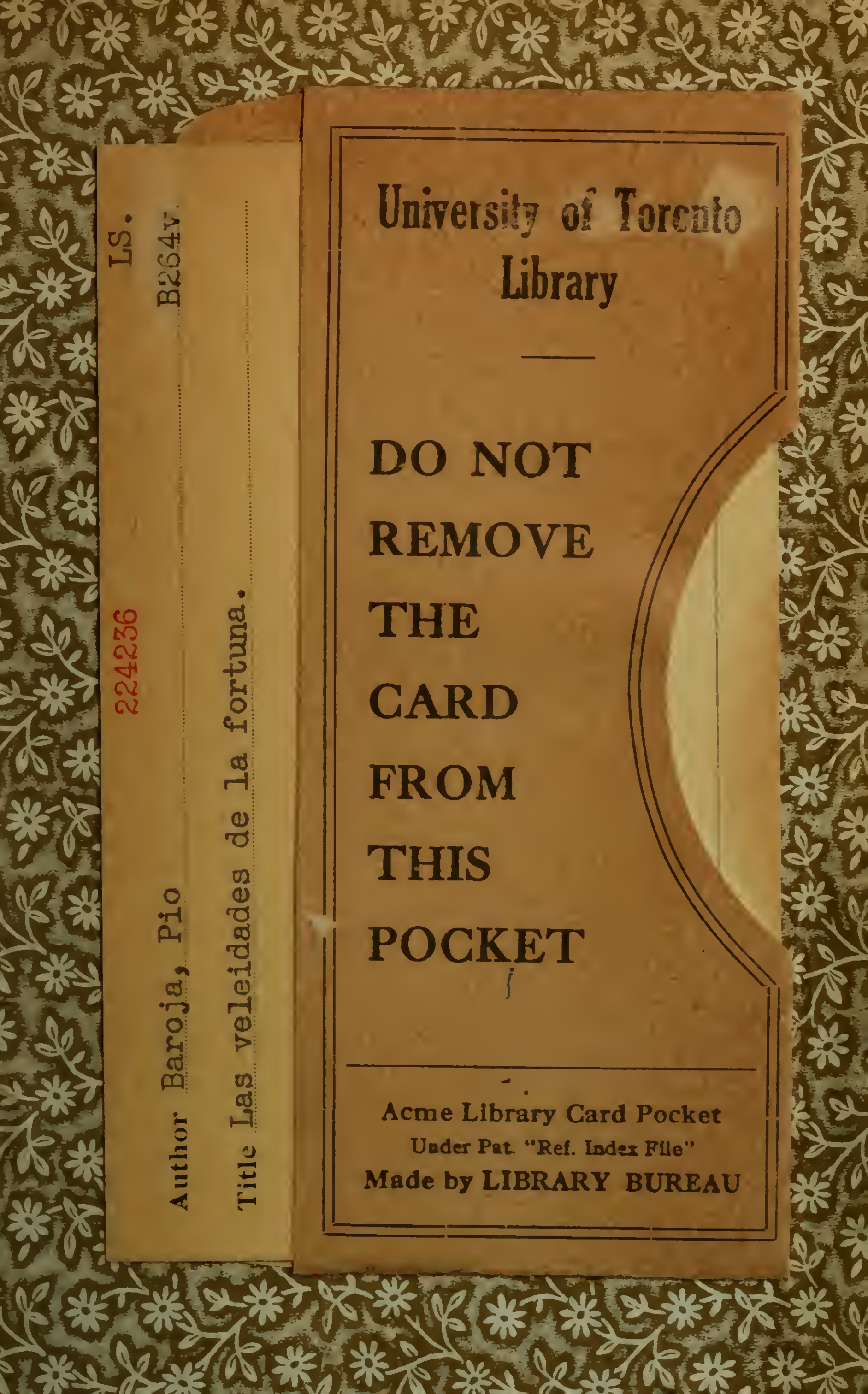
TERCERA PARTE

CONFUSIÓN

CUARTA PARTE

PARÍS





LS.
B264v
224236
Author Baroja, Pio
Title Las veleidades de la fortuna.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

